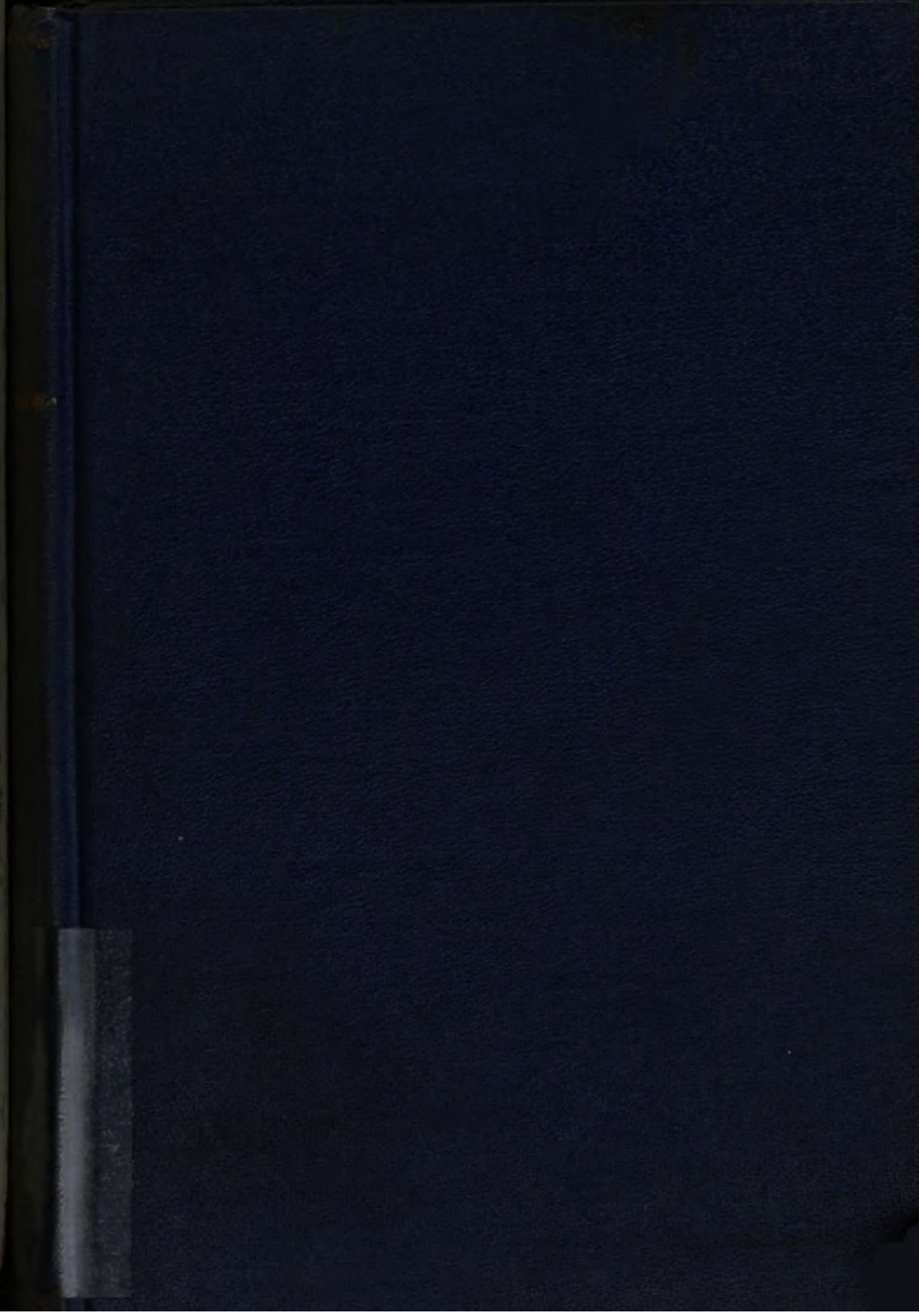




GIFT OF
J.C.CEBRIAN



EX LIBRIS

751 fo
Sa
v. 2

PUBLISHED IN SPAIN

LA ARGONÁUTICA

LA ARGONÁUTICA

P O E M A E P I C O

DE

APOLONIO RODIO

TRADUCIDO DEL ORIGINAL GRIEGO

EN VERSO CASTELLANO

POR

IPANDRO ACAICO

TOMO SEGUNDO

MADRID

TIP. DE LA "REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS"

1920

TO VIMU
ABORUAD

Ἀείδων ἐνόμει

CANTANDO APACENTABA SU REBAÑO

Moscho, Idilio III.

LIBRARY OF PA
CALIFORNIA
3272
Sg
1919
v. 2
MAIN

INTRODUCCIÓN AL TOMO SEGUNDO

CARTA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO
MAURA, DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ES-
PAÑOLA.

AL TRADUCTOR

*Excelentísimo señor don Ignacio Montes de Oca
y Obregón, Obispo de San Luis de Potosí.*

Madrid, 23 de octubre de 1919.

Venerable Prelado, ilustre compañero y distin-
guido amigo: Aunque ignoro si esta noche, al
ir por vez primera a la junta semanal de la Aca-
demia Española, tendré la fortuna de poderle
saludar a V. personalmente, me apresuro a
manifestarle en estos renglones cuán obligado
le quedo por los obsequios con que nuevamente
su bondad me abruma, al dedicarme su versión
poética al castellano de la ARGONÁUTICA de Apo-
lonio y al enviarme este ejemplar del libro con

que me hallo agasajado ahora que regreso de mi vacación de verano.

No sé si me sea lícito desear que el curso de los sucesos de Méjico le dejara a V. holgura que consintiese la terminación de esta obra, en la cual, una vez más, acredita V. que su espíritu selecto y cultivado pudo verse compelido, pero no ser aprisionado por ocio estéril. Bien ganado tiene V. el derecho a que posterguemos nuestro egoísmo literario a las grandes conveniencias públicas de que reasuma V. el pastoreo de su grey y a la consolación que hallará el ánimo de V. al reanudar sus desvelos episcopales. Como disponga y ordene Dios las cosas, ha de tener V. dondequiera la certeza del afecto cordial que los demás compañeros de la Academia y yo, sin dejarme por ninguno aventajar, le profesamos y guardaremos siempre para V.

Ojalá no necesite otra mano el remate de la traducción tan felizmente emprendida y adelantada por V., y si hubiera de asegundarlo otro, ojalá pueda aprovechar la pericia y el acierto con que V. ha abierto el camino.

Salúdale y b. s. a. p. su affmo.

A. MAURA.

Los benévolos deseos, tan elocuentemente expresados en la lisonjera carta que antecede se han realizado, y hoy presento a la Academia y al público la entera versión. Siento haber tenido que hacer la de los dos últimos libros con tanta premura, que apenas me ha dejado tiempo para corregirla y revisarla. Lo tuve, sin embargo, para cotejar el texto griego de Apolonio con el latino de Valerio Flaco, que escribió su poema casi trescientos años después, dedicándolo al emperador Vespasiano. Si cuando tenía frescos mis estudios sobre Píndaro juzgaba a Apolonio muy inferior al gran Lírico, al compararlo con Valerio me ha parecido sublime y tengo que devolverle su crédito como poeta épico de altísimos vuelos.

No era fácil superarlo al poeta latino de la época de la decadencia, como parece que intentó. Convertir a Medea en una nueva Dido y a Jasón en otro Eneas era imposible sin apartarse de todas las tradiciones e incompatible con su propósito de seguir de cerca a su modelo. Lo que encontró tan arduo en los libros 6.º y 7.º de su poema, habría presentado dificultades insuperables si la muerte no le hubiera impedido terminar su epopeya.

No es lo mismo tratándose de episodios aislados, como los que Virgilio y Ovidio tomaron de

la ARGONÁUTICA. El paso por Escila y Caribdis, la caída de Faetonte, el encuentro con las Harpías, ganaron en elegancia y dulzura en manos de aquellos esclarecidos poetas del Siglo de Oro. Otro tanto puede decirse del *Robo de Hilas*, cantado en griego por Teócrito y en latín por el mismo Ovidio. Valerio lo quiso convertir en un incidente *diplomático*, y con la innecesaria intervención de dioses y diosas echó a perder el sencillo idilio. Igual suerte corrieron en su poema los cantos mágicos de Medea, el adormecimiento del dragón y otras escenas en que no empleó las sobrias reticencias de Apolonio e hizo intervenir demasiado a las divinidades.

En algunos pasajes acertó; y quien tenga interés en comparar minuciosamente a un autor con otro puede consultar las eruditísimas notas de don Javier de León Bendicho y Quilty, en su traducción de Valerio Flaco publicada en Madrid en 1868.

Mucho me halagó encontrar en el prólogo del egregio granadino la misma admiración que yo tengo por las octavas reales como único metro propio de la epopeya. Las suyas son espléndidas; y teniendo, además de grande habilidad para escribirlas, la conciencia de saberlo hacer, no se comprende por qué introdujo en su traducción tanta variedad de versos de arte mayor y menor. Quizás opinaba (como yo en un tiempo) que sólo la *Iliada* y la *Eneida* merecen por completo los

honores épicos y que el poema nunca terminado de Valerio debería rebajarse a la categoría de poema heroico simplemente. Si es así, acertó al reducirlo a la forma de las *Leyendas* de Zorrilla y otros poetas modernos, tanto españoles como italianos. Pero al lector que no ha olvidado las satíricas observaciones de Hermosilla, sonará mal el lenguaje de los héroes y los dioses hablando en romance octosílabo, y no podrán concebir a la terrible Medea arrullando al dragón con una cancioncilla de niñera andaluza. Me permito aventurar estas observaciones para hacer resaltar mi preferencia por la octava real, que pierde mucho de su dignidad cuando se convierte en narrativa exclusivamente, dejando para los diálogos otra clase de metros o estrofas.

Al terminar este trabajo, fruto inesperado de mi segunda juventud, exclamo como el viejo luchador de Virgilio:

Hic victor cestus artemque repono.

Cuelgo como trofeo ante el simulacro de las Musas la zampoña, la lira y la trompa que me prestaron; pues con instrumentos míos propios no me habría atrevido a cantar. Espero que la generación venidera sabrá modular con los mismos instrumentos canciones de más brío y hará a las letras españolas servicios mayores que los que me glorié de haberles prestado desde mi temprana juventud hasta el año octogésimo de mi

edad. Al empezar el quincuagésimo de mi azaroso episcopado, y en vísperas de regresar a mi sede, después de más de un lustro de forzada ausencia, me despidió con lágrimas de la Real Academia Española y de esta Corte, en cuyo ambiente hospitalario, religioso y literario he pasado tan contento y agasajado años que para el poeta no se pueden llamar de destierro, aunque para el Obispo hayan sido de profunda amargura.

Madrid, 12 de marzo de 1920.

Ignacio Montes de Oca y Obregón,

Obispo de San Luis de Potosí,

(entre los arcades) Ipandro Acaico.

CARTA DEL BIBLIOTECARIO DE EL ESCORIAL.

*R. Monasterio de San Lorenzo del Escorial, 29 de
enero de 1920.*

Ilustrísimo señor Obispo de San Luis de Potosí:

Venerado señor Obispo: He concluido ya de saborear (más que leer) el primer tomo de la ARGONÁUTICA. La pluma se me va a darle el más completo y entusiasta parabién. Estoy realmente asombrado de que a su edad haya acometido tal empresa y llevádola a cabo con tanta perfección, con tales bríos y vuelos poéticos, que más parecen de un joven de treinta años. Tiene versos admirables y octavas enteras que parecen bloques de mármol arrancados de cuajo de las entrañas mismas de la *Atlántida* del inmortal Verdaguer, con la que en muchos puntos bien puede compararse esta española ARGONÁUTICA.

El *Vaticinio de Fineo* y, sobre todo, el *Paso de las Simplégades* exceden a todo elogio en la riqueza del léxico, en la variedad de la rima y en la inspiración del intérprete, que no puedo atribuir totalmente al original griego de Apolo-

nio en este poema, que tiene trazas de epopeya. V. E. I. ha honrado y enriquecido la ya rica literatura castellana con tan admirable traducción y adaptación.

Si en España se apreciasen ahora los estudios helénicos, sería cosa de echar a vuelo las campanas de todos los aplausos periodísticos, que no sé para cuándo se quieren, si no es en tan solemnes ocasiones. ¡Lo que hubiera gozado nuestro admirado Menéndez y Pelayo con esta traducción! Solamente V. E. I. podía llevarla a tan feliz término. Y es cosa de que en nombre de la literatura española se envíen a los revolucionarios de Méjico las gracias más expresivas por haberle empujado hacia estos lares para hacernos tan espléndido regalo poético, que de otro modo sería imposible disfrutar.

Si yo fuera competente, le dedicaría un buen estudio; pero confieso que no lo soy en estas materias delicadas de la poesía griega.

Sobre el *Rapto de Hilas* (que, a mi juicio, es el episodio peor tratado por Apolonio) hay en mi pueblo un preciosísimo e íntegro mosaico del tiempo de Augusto, descubierto hace unos quince años.

Me permito indicarle, sin son de crítica, que a las *octavas* 13 y 268 les falta un verso, no sé si con intención o por descuido; pero sin perjudicar al pensamiento total.

¿No le parece que en el segundo tomo encargaría muy bien un mapa geográfico del itinerario que siguieron los Argonautas? Mándelo V. E. I. hacer.

La ARGONÁUTICA de Apolonio está pidiendo a gritos otra *Argonáutica* sobre el descubrimiento de América.

Pero... *quis est hic?*...

B. s. a. p. su affmo.

P. MIGUÉLEZ.

RESPUESTA

Madrid, 1.º de febrero de 1920.

Mi querido padre Miguélez: La tempestad de elogios en que envuelve V. mi ARGONÁUTICA me ha sido doblemente lisonjera, conociendo, desde hace años, lo severo de su crítica y lo inexorable de su polémica. Mil gracias.

No fué, por cierto, intencional la omisión de los dos endecasílabos que me señala, y quedarán repuestos en un *Errata corrige* especial.

Quise desde un principio poner un mapa de la expedición argonáutica. Pero no me fué posible conseguir durante la guerra la edición griega que lo añade al texto, y de que poseo un ejemplar en mi biblioteca, entonces confiscada en Méjico y recientemente restituída. En una nueva edición española, que no sea simplemente *muestra*, como la presente, cabrá de seguro.

Agradecerá las nuevas observaciones que le hagan sus ojos de lince, acostumbrados a ver en la obscuridad de los manuscritos escurialenses, su afectísimo,

† I., OBISPO DE SAN LUIS DE POTOSÍ.

CLAVE ALFABÉTICA

PARA LOS DOS ULTIMOS LIBROS

ADRIÁTICO.—Aún no llevaba este nombre en la época de los Argonautas. Llamábase mar de Saturno, o sea Cronio, Saturnio o Saturnino. Todos estos nombres se le dan en el poema, según las exigencias de la claridad o de la rima.

AIA.—Además de la capital de la Cólquide, llamábase así la fabulosa isla de Circe. Escribimos *Haya*, o isla *Hayea*.

CELTAS.—Nombre de una raza que habitaba una gran parte de la Europa occidental. En la época de los Argonautas se daba este nombre a cuantos no eran Iberos en el Norte y Oeste de Europa.

CUPIDO, AMOR o EROS.—Era hijo de Venus, de seguro; la paternidad se atribuía a Marte, Vulcano o Mercurio. Hace un papel importante en el tercer libro.

ERIDANO.—Este río, que después se llamó Padum y ahora Pó, según la fantástica geografía de Apolonio comunicaba con el Rhin, el Ródano y varios lagos. También el Ister o Danubio tenía un ramal que desembocaba en el Adriático.

HESPÉRIDES.—Estas ninfas, con auxilio del dragón llamado Ledón, que mató Hércules, guardaban las manzanas de oro que la Tierra dió a Juno como dote. Su jardín se coloca ordinariamente en las islas Canarias o en las de Cabo Verde. Apolonio lo sitúa en las cercanías de Cirene.

JUNO.—Hija de Saturno y de Rhea, hermana y esposa de Júpiter, representa el principal papel entre las divinidades en la segunda parte del poema, como Minerva en la primera. Esta construyó la nave *Argo* y la llevó al Ponto Euxino; aquella la salvó en su viaje de regreso y, aunque movida por el deseo de vengarse de Pelias, condujo a Grecia a los Argonautas con el Vello de oro.

MEDEA.—Hija de Etas, rey de Cólquide, nieta del Sol, sobrina de Circe, sacerdotisa de Hécate, perita como nadie en las artes mágicas, es la principal heroína en la segunda parte del poema, y a su lado se ofusca el mismo Jasón. Las aventuras de uno y otro, después del regreso de la expedición a Jolcos, se cuentan diversamente; pero todas son trágicas y dolorosas. Medea, abandonada, mata a los hijos que tuvo de Jasón. Este muere, según unos, por su propia mano; según otros, aplastado por la nave *Argo*.

TRITÓN.—Hijo de Neptuno y Anfitrite, habitaba con sus padres en un palacio de oro en el fondo del mar.

TRITONIA.—La laguna de este nombre, que representa un importante papel hacia el fin del poema, es, evidentemente, el lago salado que, en parte ya seco, se encuentra todavía al Sur de la moderna Túnez. En sus riberas, según Apolonio y otros, nació Minerva.

ERRATA CORRIGE

Léase como sigue en el tomo I, libro I, octava 13:

El Titaresio Mopso, a quien el arte
De adivinar investigando el vuelo
Del ave enseñó Apolo, a tomar parte
Viene en la expedición. El patrio suelo
Y lago azul por el laurel de Marte,
Como su padre y su glorioso abuelo,
Trueca Eridamo. El hijo del difunto
Meneto, Actor, también llegó de Opunto.

Libro II, octava 171:

Un hálito glacial el antro exhala
Que cuanto alcanza contamina y hiela.

Libro II, octava 268:

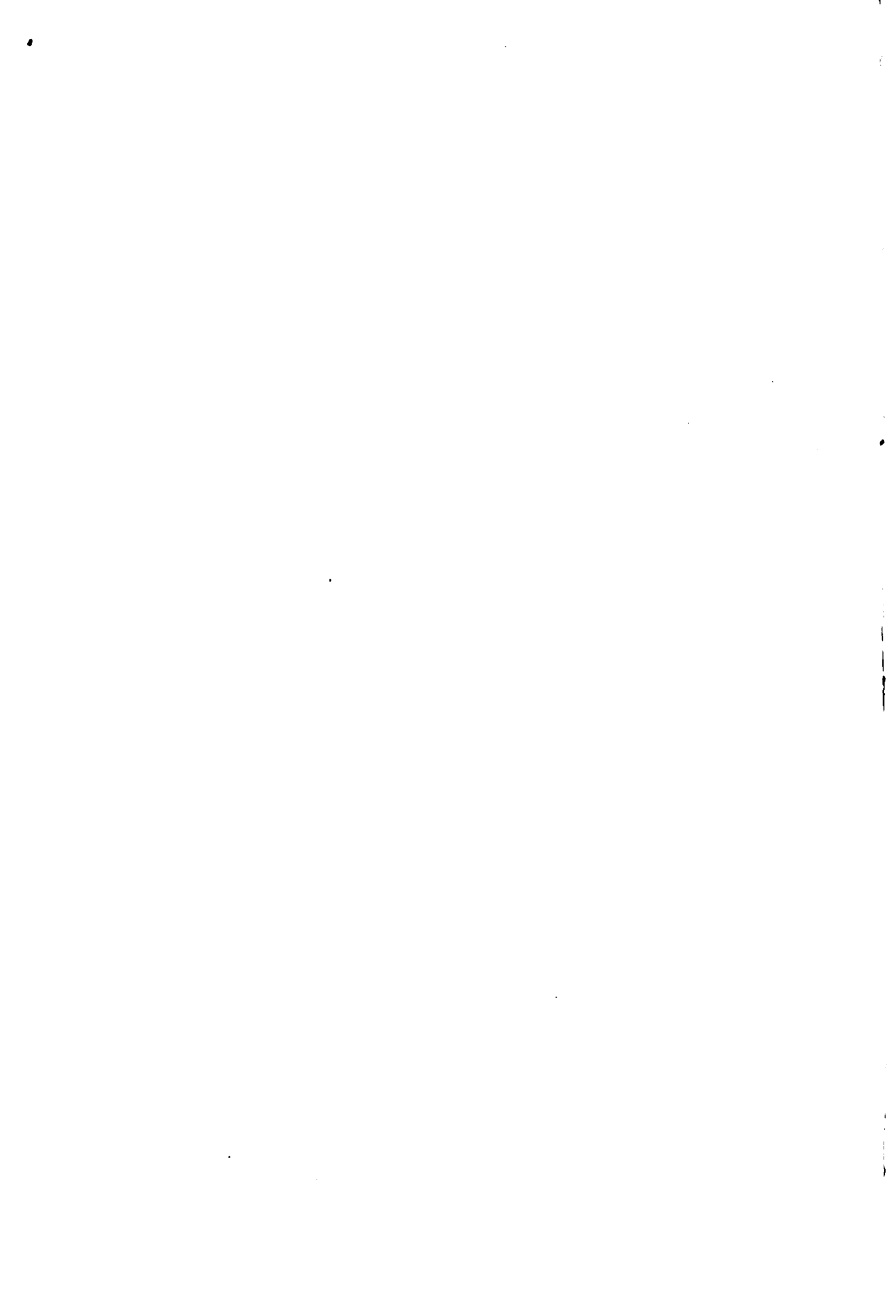
Si nuestro claro nombre, por ventura,
Saber quisiereis, éste es *Citisero*;
Frontis, aquel de la color obscura;
Melas se nombra el de cabellos de oro;
A mí me llaman *Argos*. Se apresura
Su estirpe al conocer y alto decreto
A abrazarlos cada uno de los nautas.
Jasón añade estas palabras cautas:



LIBRO TERCERO

SUMARIO DEL LIBRO III

Invocación a la Musa Erato (octavas 1 a 2). Visita de Juno y Minerva a Venus, en favor de los Argonautas (3-26). Promesa de Cupido a su madre Venus y recompensa que ésta le promete (27-36). Vuelo de Cupido a la tierra (37-39). Deliberación de los Argonautas (39-50). Jasón y algunos de sus compañeros en el Palacio Real (51-63). Cupido hiere a Medea con su flecha (64-67). Condiciones impuestas por Etas para entregar el Vello cino. Acéptalas Jasón (68-98). Angustias amorosas de Medea (99-104). Piden su protección los Argonautas, por consejo de Argos y por medio de su hermana Calciopa (99-134). Después de largas vacilaciones, consiente Medea en protegerlos con hechizos (135-184). Su entrevista con Jasón en el templo de Hécate (185-241). Etas entrega los dientes del Dragón (242-256). Sacrificio nocturno y preparativos para el combate (257-269). Impone el yugo a los toros, ara la tierra y siembra los dientes del Dragón (270-281). Nacimiento y matanza de los gigantes. Triunfo de Jasón (282-290).



LIBRO TERCERO

I

¡ Oh musa del amor, divina Erato!
Hoy más que nunca tu favor imploro.
De Medea el erótico arrebató
Revela, y dinos cómo a su decoro,
Del Argonauta prefiriendo el trato,
Pudo a Jasón del Vello de oro
Facilitar la mágica conquista.
¡ Musa gentil! Tu inspiración me asista.

II

A ti el Destino ha concedido en parte
Los altos privilegios de Citeres.
Ella contigo su poder comparte:
A vírgenes y férvidas mujeres
Sabéis entrambas el difícil arte
De avasallar con filtros y placeres.
Aun de tu nombre el celestial sonido
A *Amor* lo debes, a *Eros* o *Cupido*.

III

Tras la arboleda y las palustres cañas,
Bien escondida entre la agreste hierba,
Del enemigo el movimiento y mañas
Acecha de los nautas la caterva.
Pero a través de frondas y espadañas
Los aciertan a ver Juno y Minerva.
Se alejan de los Númenes presentes
Y aun de Jove recátanse prudentes.

IV

Se encierran en recóndito aposento
En el Olimpo, y Juno es la primera
Que empieza la opinión, con mucho tiento,
A explorar de su augusta compañera.
“Hija de Jove, de saber portento,
Háblame franca —dice zalamera—:
¿Qué debemos hacer? Dime qué ardides
Salvarán a esos bravos adalides.

V

”¿Cómo lograr que a la remota Acaya
Lleven el codiciado Vellochino?
¿Tendrá quien a Etas a pedirlo vaya,
Además de valor, astucia y tino?
Terriblemente audaz el Rey del Haya
Es, a la par que luchador, ladino.
Vencerlo en buena lid no está a su alcance;
Pero hay que procurarlo a todo trance.”

VI

Minerva le responde: “Excelsa Juno:
A mí también iguales pensamientos
Me agitan; y no encuentro medio alguno
De infundir en los próceres alientos,
Aunque voy ponderando uno por uno
Mil dolos y estratégicos intentos.”
Y los ojos, del suelo en las baldosas
Clavan, desconcertadas, ambas Diosas.

VII

Por fin exclama Juno: "Vamos, ea,
Juntas a visitar a nuestra grande
Amiga la graciosa Citerea.
Le rogaremos que a Cupido mande
A atravesar el pecho de Medea
Con una de sus flechas, y que ablande
A la hija de Etas, y con filtros haga
Que ame a Jasón la esclarecida maga.

VIII

"Así, con los consejos de su amante,
El vencerá". Minerva le responde:
"De las flechas de Amor nací ignorante,
Y cuanto le concierne se me esconde;
Pero tu plan me agrada, y adelante
Iré contigo hasta el alcázar donde
Mora Ciprina; mas en este enredo
A tu facundia la palabra cedo."

IX

Así diciendo, marchan de Ciprina
Al soberbio palacio que Vulcano
Labró para su cónyuge divina
Al concederle Júpiter su mano,
No obstante la cojera que lo inclina.
Detiénense en el pórtico cercano
A la nupcial estancia, en que el mullido
Lecho prepara Venus al marido.

X

Este se encuentra del Olimpo ausente.
A Lípari partió muy de mañana
Y de la ínsula errante, en la candente
Fragua y sus yunques, en forjar se afana.
Primores mil de bronce reluciente.
Sola ha quedado Venus, y a desgana
Su rubia copiosísima melena
Con peine de oro parte y escarmena.

XI

Sentada en incrustado taburete
Del brillante portal frente a las rejas,
El cabello, cual áureo mantelete,
Los hombros de marfil cubre en guedejas.
Trenzar en un momento se promete
Las hebras de sus fúlgidas madejas
Cuando a las Diosas a su puerta mira.
Arroja el peine, y deja la cadira.

XII

Las invita a sentarse: las saluda
Amable; en otra silla toma asiento;
Sin desenmarañar, graciosa anuda
La cabellera, que flotaba al viento,
Sobre su espalda cándida y desnuda.
Y con sonrisa dulce y blando acento
Las apostrofa así: "Señoras mías,
¿Qué os trae aquí después de tantos días?

XIII

"Muy grave debe ser, según barrunto,
Pues sois entre las Diosas las primeras
Y nunca hacéis visitas, el asunto
Que os conduce a mi puerta lisonjeras."
Juno responde: "Pon a bromas punto,
Que nosotras hablamos muy de veras,
Y si venimos a implorar tu gracia
Es porque nos amaga honda desgracia.

XIV

"Anclado al fin de Fasis en el río
Está, después de tanta peripecia,
Con Jasón y sus héroes, el navío
Que a caza del Vellón viene de Grecia.
Por el éxito tiemblo y desconfío;
La hora se acerca, la labor es recia,
Y si por todos ellos me intereso,
Mayor afecto a Esónides profeso.

XV

"Si navegar pretende aun al Infierno
Los hierros de Ixión a hacer pedazos
Y arrebatarlo a su castigo eterno,
Hasta donde la fuerza de mis brazos
Llegue, lo salvará mi afecto tierno
De los que le ha tendido infames lazos
El mismo Pelias, cuyo audaz insulto
A mí me niega víctima, honra y culto.

XVI

"Antigua gratitud también me liga
Al vástago de Esón. De los mortales
Bajé a la tierra, en forma de mendiga,
A probar la virtud y ver los males,
Y del Anauro en la ribera amiga
Me sorprendieron lluvias torrenciales.
La abundancia de nieve y de granizo
Intransitables los caminos hizo.

XVII

"Tornaba de penosa cacería
El apuesto doncel, y su estatura
Descollaba en la helada serranía.
Hirió sus ojos mi senil figura,
Que hundirse entre la nieve parccía.
Sobre sus hombros me llevó segura
Por riscos y barrancos, y su marcha
No interrumpió la nieve ni la escarcha.

XVIII

"Desde entonces está bajo mi amparo.
Y no permitiré que mi enemigo
Pelias se burle del varón preclaro.
Pero no lograremos su castigo
Si tú no ayudas a quien me es tan caro
En su proyecto audaz. ¿Cuento contigo?"
Venus escucha; en responder vacila;
Al fin dice, cortés, pero intranquila:

XIX

“¡ Oh Diosa venerada y venerable!
Si Venus tus proyectos no secunda
Que la llamen el ser más despreciable.
Pero, aunque en ganas de ayudarte abunda
Con hechos y palabras, deleznable
Sabes que es el poder que la circunda.”
Respuesta tan benévola le inspira
El gran respeto con que a Juno mira.

XX

Esta replica así, con gran prudencia :
“No te pedimos ni que enredos trames
Ni manifiestes bélica potencia.
Nos bastará que a tu muchacho llames
Y a la hija de Etas, cuya oculta ciencia
Sabe mil dolos, en amor inflames,
De tu hijo atravesando el mismo dardo
A la hechicera y al doncel gallardo.

XXI

"Una vez de Jasón enamorada,
A conquistar el áureo Vellochino
Sabrá ayudarle, y de él acompañada
Emprenderá de Jolcos el camino."
A entrambas Diosas, Venus, sonrojada,
Así apostrofa en su lenguaje fino:
"Augusta Juno, celestial Minerva,
Veréis de mi hijo la índole proterva.

XXII

"Con vosotras quizá más obediente
Que conmigo será, y a vuestros ojos
Querrá no aparecer tan insolente
Y vergüenza tendrá de sus arrojados.
Ni orden ni observación de mí consiente,
Y de romperle me han venido antojos
Su arco y aljaba y desplumadas flechas
Y de arrancarle las intonsas mechas.

XXIII

"En sus accesos de furor mil veces
Me ha amenazado ya con tono amargo.
Si por sus infantiles pequeñeces
Mi mano maternal sobre él descargo,
Jura que me lo hará pagar con creces."
Sigue a sus quejas un silencio largo.
En tanto, con sonrisa maliciosa
Dulces se miran una y otra Diosa.

XXIV

Venus, disimulando su despecho,
Prosigue: "A los demás mis desventuras
Suelen mover a risa: ¿qué provecho
Saco con revelar mis amarguras?
Bástame con guardarlas en el pecho.
Por daros de mi amor pruebas seguras
Procuraré ganar a mi Cupido.
Quizá no se me muestre empedernido."

XXV

Calló: Juno la tierna manecita
Entre las suyas acaricia y besa,
Diciéndole: "Carísima Afrodita,
Ven de una vez a acometer la empresa.
Exasperar a tu Cupido evita,
Aunque se irrite su índole traviesa.
Verás cómo te da su asentimiento."
Deja de hablar y se alza de su asiento.

XXVI

Sale con ella la gallarda Palas
Y entrambas se encaminan silenciosas
De sus palacios a las regias salas.
En tanto, la más bella de las Diosas,
Más linda aún con sus campestres galas,
Los valles atraviesa y las umbrosas
Colinas del Olimpo, diligente,
Buscando en ellas al rapaz ardiente.

XXVII

De Jove entre los árboles frutales
Lo halla, y no solo. Está con Ganimedes.
Prendado de la flor de los zagales
Júpiter, lo trajeron sus mercedes
A morar con los dioses inmortales,
Donde no cesa de tenderle redes
Amor. Con dados de oro, artero, juega
Con el garzón, cuando su madre llega.

XXVIII

En pie se yergue el rapazuelo ufano
Y de fúlgidos dados más que llena
Apoya al pecho la siniestra mano.
Su rostro, cual la flor de la verbena,
Del Sol matiza el fuego meridiano.
Sentado, en tanto, presa de honda pena,
El otro niño dobla las rodillas,
Sin enjugar las húmedas mejillas.

XXIX

Dos dados sólo tiene. Los arroja
Uno del otro en pos. La carcajada
De Cupido, procaz, al par lo enoja
Y le da a conocer que la jugada
Ha resultado, cual las otras, floja.
Se va, con la derecha desarmada
Y ambas manos vacías; ni siquiera
Ve que llega la Diosa de Citera.

XXX

Esta pellizca a su hijo la mejilla,
Y la carne teniendo entre sus dedos,
“¿De dónde viene —dice— esa risilla
Que deforma tus labios siempre ledos?
¿Abusando de la índole sencilla
De ese inexperto niño, con enredos
Y trampas la partida le has ganado?
Siempre el mismo serás, perro malvado.

XXXI

"Mas no vengo a reñirte. Grave empresa
Encomendarte quiero. Tú promete,
En asunto que tanto me interesa,
Ayudar a tu madre, y un juguete
Yo te daré si cumples tu promesa,
Que a Júpiter, cuando era mozalbete,
Su nodriza Adrastea, tan querida,
En la caverna le donó del Ida.

XXXII

"Es una esfera fúlgida y rotunda,
Esmaltada de azul, que ni Vulcano
Pudiera fabricarte una segunda
De más valor con su arte soberano.
En círculos partida, la circunda
Una lámina de oro, liso y plano.
Cada juntura, repujado anillo
Cubre, girando, con celeste brillo.

XXXIII

"Al arrojar la mágica pelota
Verás que brilla cual luciente estrella,
Y todo el tiempo que en los aires flota
Caudal de luz siguiendo va la huella
Que de su globo, cual cometa, brota.
Tuya será si de Medea bella
Lanzas al corazón agudo dardo
Que la enamore de Jasón gallardo.

XXXIV

"Parte sin dilación. De otra manera
El premio no será tan esplendente."
De Venus la promesa lisonjera
Colma los votos del rapaz ardiente.
Los juguetes arroja; a la ligera
Falda se cuelga, y pídele insistente,
'Acumulando halago sobre halago,
Que le adelante el ofrecido pago.

XXXV

La Diosa con amor abraza a su hijo,
Ambos carrillos le acaricia y besa,
Y exclama así: "Si el dardo que te exijo
Lanzas al corazón de la Princesa
Heredera de Cólquide, de fijo
Te cumpliré sin dolo mi promesa.
Por tu deidad querida lo aseguro
Y por mi numen a la par lo juro."

XXXVI

Sus dados, esparcidos sobre el heno,
Recoge el niño, y minucioso cuenta,
Y de su Madre en el fulgente seno
Colocándolos va con mano atenta.
Levanta su carcaj, de flechas lleno,
Que apoyado en un tronco se presenta;
Lo cuelga al hombro en tahalí dorado
Y empuña su arco, curvo y bien templado.

XXXVII

Con pie veloz el parque y los vergeles
Del alcázar de Júpiter traspasa:
Muy pronto del Olimpo los cancelos
Etéreos e invisibles rauda pasa.
Lo aleja aún de sus devotos fieles
Profundo abismo, que su andar retrasa:
Explora el rumbo que seguir anhela,
Abre las alas y hacia abajo vuela.

XXXVIII

Los dos polos, sostén y fundamento
Del orbe entero, y puntos culminantes
De los excelsos montes, que su asiento
Tienen sobre él, elévanse gigantes
En el obscurecido firmamento,
Y en sus agudos picos penetrantes
El Sol, que acaba de nacer, matiza
Las altas sierras con su luz rojiza.

XXXIX

De la tierra vivífica y fecunda
Aparecen campiñas y heredades
Y el agua, cual cristal, que las inunda
De los sagrados ríos; las ciudades
Y sus hombres; el mar que la circunda
Y aun el éter envuelve en tempestades.
Todo desde los aires ve Cupido
Más claro cada vez, y oye el rüido.

XL

Los héroes, entre tanto, en la apartada
Laguna que formara el mismo río
Acorados están en emboscada,
Surtos detrás del carrizal sombrío.
La legión delibera congregada.
Cada cual en su banco del navío
Sentado, silencioso, escucha atento
Del Capitán el vigoroso acento.

XLI

“Amigos: Voy mi parecer a daros
Con plena libertad; a todos toca
Ratificarlo con conceptos claros.
Común es nuestra empresa, y os provoca.
A dar vuestra opinión, héroes preclaros.
¡Ay del que cierre por temor la boca!
Si no retorna a Grecia la cohorte,
Culpa será de su cobarde porte.

XLII

“Oíd mi plan. A bordo de la barca
Sobre las armas que os quedéis prefiero,
Mientras vuestro Caudillo desembarca,
Con reducido séquito, el primero.
Con los hijos de Frijol del Monarca
Iré al palacio, y que me sigan quiero
Dos de vuestra cohorte; y, ante todo,
Hablemos a Etas con humilde modo.

XLIII

"Veré si mi palabra persuasiva
Lo mueve a dar el Vellochino de oro
Cediendo a la amistad, o bien si esquivaba
Convenios y la paz tiene a desdoro.
Pero que salga de él la negativa
Conviene a la justicia y al decoro;
Y aun así, permitidme que os persuada
A no desenvainar luego la espada.

XLIV

"Debemos meditar si en ese trance,
Antes que recurramos a Mavorte,
No habrá algún otro medio que al alcance
Ponga el áureo vellón de la Cohorte.
De lo suyo a privar nadie se lance
Al Rey sin tocar antes el resorte
De suplicar. Discursos lisonjeros
Más eficaces son que los aceros.

XLV

"El noble Frijó, cuando huyendo vino
De su madrastra y del furor paterno,
Al abrigo del solio purpurino
De Etas amparo halló y afecto tierno.
De Júpiter, patrón del peregrino,
¿Quizá al decreto hospitalario eterno
Osará resistir? Hasta un salvaje
Al extranjero ofrecerá hospedaje."

XLVI

Termina su oración, y no disiente
Uno solo en palabra o pensamiento,
Manifestando todos claramente
Su unánime adhesión y asentimiento.
Jasón, de la embajada presidente,
De Mercurio el bastón tremola al viento.
Lo siguen Telamón, Augías, hijo
Del Sol, y los dos vástagos de Frijó.

XLVII

Por entre el agua y verdes carrizales
Saltan a tierra, y van a un campo abierto
De cipreses y sauces colosales
En hileras densísimas cubierto.
Le llaman los piadosos naturales
Cementerio de Circe, porque al muerto
Reposo extraño en su recinto ofrece.
¿Uno en cada árbol tétrico se mece!

XLVIII

Aun hoy las leyes Colquias sepultura
Vedan dar a un varón bajo de tierra:
En una piel de vaca, cruda y dura,
Sin quemar su cadáver, se le encierra
Y con cadena férrea se asegura.
Ni un túmulo se le alza, ni se entierra,
Ni en lecho funerario se le tiende.
De un árbol extramuros se suspende.

XLIX

Pero no sólo sobre el aire pesa
De dar asilo a todo cuerpo inerte
La penosa labor. Se abre una huesa
Para toda mujer que hirió la muerte.
La madre Tierra así, por ley expresa,
Puede del aire compartir la suerte.
En este campo lo divisa Juno
Y socorro a Jasón presta oportuno.

L

Los muros de la Villa y las entradas
Envuelve en una atmósfera tan densa
Y niebla tal, que oculta a las miradas
De la de Colquios multitud inmensa
A Jasón y sus nobles camaradas.
Del cementerio salen, y la extensa
Ciudad cruzando, llegan al espacio
Cercado, enfrente del real palacio.

LI

Juno disipa la neblina entonces.
Detiénense a admirar el frontispicio
Del alcázar: los mármoles y bronce
Que adornan el espléndido edificio;
Las anchas puertas sobre enormes gonges;
Los vastos atrios, de opulencia indicio;
En derredor, columnas gigantescas;
En el centro, emparrados de hojas frescas.

LII

Sobre triglifos de metal luciente
De jaspe alta cornisa, el soberano
'Alcázar, en redor orna eminente.
En el fértil jardín cavó Vulcano
Cuatro veneros. Brota de una fuente
De rica leche chorro sobrehumano.
Vino sabroso corre en la segunda
Y balsámico aceite en la otra abunda.

LIII

Agua produce la última fontana,
Frígida en el estío más que hielo,
Pero que tibia, y aun caliente, mana
Cuando bajan las Pléyades del cielo.
De los gigantes en la guerra insana
Cuando Vulcano mismo cayó al suelo
El Sol su carro le ofreció benigno
Y él quiso del favor mostrarse digno.

LIV

De gratitud en prenda a su hijo dona,
A más de aquéllos, muchos monumentos.
Unos mágicos bueyes que en persona
En su fragua forjó, de arte portentos.
De bronce son sus pies, y su corona
De astas; de vivo fuego sus alientos.
El arado que arrastran, de adamante,
Irrompible, inmortal, de eterno aguante.

LV

Hay un patio interior, con ricas salas
Y pórticos y vastos corredores.
La arquitectura allí luce sus galas;
La pintura, sus sombras y colores.
Aquí y allí despliéganse dos alas
Que dan acceso, en pisos superiores,
A dormitorios de exquisito lujo,
Con sus puertas de artístico dibujo.

LVI

En la parte más alta y suntuosa
Con Idiya, la reina, Etas habita.
Antes que la tomara por esposa
Del Cáucaso en la ninfa Asterodita
Un hijo tuvo, cuya faz radiosa
De Faetonte el esplendor imita,
Y aunque Absirto se llama lisonjero
Ese apodo le aplica el pueblo entero.

LVII

Cerca tiene su cuarto. El otro lado,
Que del Rey a las hijas se reserva
Calciopa y Medea, está guardado
De esclavas por innúmera caterva.
Al penetrar Jasón, acompañado
Por los ilustres próceres, lo observa
Con asombro Medea desde arriba
Y un grito lanza al ver la comitiva.

LVIII

Pero ¿por qué en palacio anda a tal hora?
Sacerdotisa de Hécate, su oficio
Es al templo acudir desde la aurora
Y hasta la noche estar a su servicio.
Hoy Juno la detiene hasta deshora,
Del vástago de Esón en beneficio;
En la mansión paterna está la maga
Y de aposento en aposento vaga.

LIX

Aquel grito a Calciopa su hermana,
Que fué esposa de Frijó, pone alerta.
Arrojan sus doncellas rueca y lana
Y corren en tropel hacia la puerta.
Ella a sus hijos reconoce; ufana
Abre los brazos, y a entender no acierta
Cómo, si sólo ayer partieron juntos,
Han vuelto ya de tan remotos puntos.

LX

Se arrojan en los brazos maternos
Ellos también y escuchan esta arenga:
“¿Lo veis? No quieren ya los Inmortales
Que otra desdicha a mis hogares venga
Ni a desafiar vayáis los temporales
En nueva expedición, penosa y luenga.
¿Qué vale de Atamante todo el oro
De vuestra madre comparado al lloro?

LXI

"¡Desdichada de mí! ¿Qué amor funesto
Os infundió mi esposo moribundo
'A Grecia y a ese Orcómeno molesto?
¿En dónde está ese Orcómeno, en qué mundo?
Pero burló vuestro naval apresto
El Hado y seca el llanto en que me inundo
Trayendo al puerto vuestra triste barca."
Sus voces al oír, sale el Monarca.

LXII

Viene tras él de Tetis la marina
Y el Océano la hija Iduya noble.
Siguen los cortesanos, y se hacina
Toda la servidumbre en fila doble.
Pero no deja el hacha o sierra fina
El leñador que parte pino o roble,
Ni abandona el pastor vacas o bueyes.
Severas son de Cólquide las leyes.

LXIII

Y mientras otros siervos para el baño
Del Rey agua calientan sobre el fuego,
Baja del aire, ansioso de hacer daño,
Invisible Cupido, mas no ciego.
Como el tábano, azote del rebaño,
Que al humilde pastor quita el sosiego
Y a la tierna becerra vuelve loca,
Detrás de una columna se coloca.

LXIV

Ajusta al arco cuerda bien templada
Y saca del carcaj aguda flecha
Jamás por mano alguna disparada.
Ligero avanza; cauteloso acecha;
De Esónides apóyase a la espada;
Su izquierda tiene el arco; la derecha
Del centro de la cuerda fuerte tira,
Y en Medea el rapaz pone la mira.

LXV

Dispara al seno de la augusta dama.
Vuela derecho el abrasado dardo,
Que como tea el corazón le inflama
En vivo amor por el doncel gallardo.
Cupido, satisfecho de su trama,
Sale de la mansión con paso tardo
Y el atrio donde ha herido a la Princesa
Riéndose a carcajadas atraviesa.

LXVI

Ella quedó sin habla; pero luego,
Mirada tras mirada seductora
Lanza a Jasón de apasionado ruego.
Dulce dolor el alma le devora
Y la derrite deleitoso fuego.
De su sana razón ya no es señora;
La memoria perdió; lánguida y mustia
La hace anhelosa respirar la angustia.

LXVII

Semeja a la hacendosa campesina
Que hilando lana los inviernos pasa
Y con sarmientos áridos de encina
Cerca de noche la encendida brasa
Para poder, a la hora matutina
A que despierta, calentar su casa.
La llama en un instante cunde y crece,
Arden las ramas y el hogar fenece.

LXVIII

De su insensato amor la pesadumbre
Así consume el pecho de Medea;
Ya sus mejillas tiñe roja lumbre,
Ya palidez de muerte las blanquea.
Entre tanto, la activa servidumbre
Con baños a los huéspedes recrea,
Y con los ricos vinos y manjares
Olvidan los peligros y pesares.

LXIX

Acaban de comer. Desde su trono
Empieza el Rey su interrogar prolijo
A sus nietos, diciendo en dulce tono:
“¡Oh vástagos de mi hija y de aquel Frijol
A quien tanto encumbré, y en cuyo abono
Más generoso fuí, llamándolo hijo,
Que con ningún extraño en esta playa!
¿Qué os trae de nuevo a la Ciudad del Haya?

LXX

“¿Acaso algún terrífico accidente
Cortó el camino o abrevió la estancia?
Os advertí con tiempo que era ingente
Del proyectado viaje la distancia;
Que yo tuve ocasión de ver patente
Cuando mi padre el Sol, allá en mi infancia,
En su carro de luz, con prisa y furia,
Hasta las costas me llevó de Etruria.

LXXI

"Mi hermana Circe con nosotros iba
Por la colonia que fundó Tirreno
En la lejana Hesperia, la nativa
Patria trocando, y su feraz terreno
Al extranjero que a su puerto arriba
Acoge aun hoy su hospitalario seno.
¿Mas de qué sirven vanas digresiones?
Sin temor exponed vuestras razones.

LXXII

"¿De qué habéis menester? ¿Dónde ha quedado
El que os suministré raudo navío?
¿Quiénes son los que os han acompañado
Al territorio y al palacio mío?"
Avanza a responder apresurado
Argos, temiendo de Etas el desvío;
Como hermano mayor, juzga que debe
La palabra tomar, y a hablar se atreve.

LXXIII

Exclama: "¡ Oh Rey! La nave que nos diste.
No bien zarpó, fué presa de los mares,
No quedan ni pavesas: ya no existe.
Uno de nuestros Dioses tutelares
A los nautas salvó de fin tan triste.
Asidos a una tabla, a los azares
De horrible tempestad en noche oscura
Escapamos y a eterna desventura.

LXXIV

"De la Insula de Marte a los desiertos:
Arenales una ola bienhechora
Nos arrojó. Desnudos, medio muertos
De hambre y fatiga nos halló la aurora.
Al serenarse el aire, descubiertos
Fuimos, al fin, por los que veis ahora,
Hijos de Dioses, cuyo pecho amigo
Alimento nos dió, vida y abrigo.

LXXV

"O Júpiter ó extraña coincidencia
La mañana anterior hizo que sanos
Fondearan allí, la resistencia
Venciendo de los buitres, que a lejanos
Horizontes huyeron. Mi ascendencia
Al saber me abrazaron como hermanos,
Y oyeron con respeto y regocijo,
¡ Oh Rey!, tu propio nombre y el de Frijol.

LXXVI

"Porque a buscarte vienen. Si los fines
Quieres saber de su penoso viaje,
Nada te ocultaré. Son tus afines,
Gente de paz y rinden homenaje
A Júpiter cruzando tus confines.
Este que ves, augusto personaje,
Del gran Eolo regio descendiente
Se gloria de ser y armipotente.

LXXVII

"Un Rey celoso a perecer lo envía
En esta expedición malaugurada
Para salvar su trono y dinastía;
Y quiere en su ambición que te persuada
Que el castigo que Frijó merecía
Caerá sobre su raza, si aplacada
La indignación de Júpiter divino
No queda con el áureo Vellochino.

LXXVIII

"Para llevarlo a la remota Acaya
Aparejaron espaciosa nave;
No como las que ve desde la playa
Luchar aun con el viento más süave
El morador atónito del Haya,
Y cuyo casco resistir no sabe
A la menor tormenta que lo embiste,
Como pasó con nuestra nave triste.

LXXIX

“Es un bajel que con sus manos y arte
Divino fabricó Minerva augusta,
Trabando su armazón de parte a parte
Con clavos y madera tan robusta,
Que ni las olas, ni el furor de Marte,
Ni el huracán lo quiebra ni lo asusta,
Y que avanza lo mismo a toda vela
Que a remo contra el mar y la procela.

LXXX

“De todas las regiones y ciudades
Que se glorían de su sangre griega,
De los héroes de todas las edades
La flor y nata en el bajel navega.
Vencedora de recias tempestades,
Viene a pedirte por favor la entrega
Del que custodias áureo Vellochino.
De tu respuesta pende su destino.

LXXXI

"En uno de tus puertos ancorada
Aguarda la legión. Guerra no quiere,
Y si darle la prenda deseada
De buena gana tu bondad prefiere,
Recompensa tendrás proporcionada.
Que el Sauromata tus derechos hiere
Sabe por mí. Te ofrece su conquista
Y a domeñarlo para ti se alista.

LXXXII

"Si de saber los nombres y el linaje,
Como es muy natural, tienes deseo,
De los tres héroes que a tu Corte traje,
Este que ves, de cuerpo giganteo
Y que de convocar tuvo el coraje
A Grecia entera, nieto es de Creteo,
Hijo de Esón, Jasón tiene por nombre,
Y si es nuestro pariente no te asombre.

LXXXIII

"Creteo, hijo de Eolo, y Atamante.
El padre de mi padre, eran hermanos;
A un vástago del Sol tienes delante,
Augías; consanguíneos sois cercanos.
Por Eaco de Júpiter Tonante
Desciende Telamón, ¡oh cortesanos!
De otros Númenes son hijos o nietos
Los demás héroes a Jasón sujetos."

LXXXIV

Disimular su indignación no intenta
Airado el Rey con el discurso de Argos.
Accesos mil de cólera violenta
Su ánimo agitan e ímpetus amargos.
La idea de traiciones le atormenta,
Y al hijo de Calciopa hace cargos
De haber ido a buscar al falso Griego,
Y así habla, echando por los ojos fuego:

LXXXV

“¡Fuera de aquí, traidores! Si mis ojos
Os siguen contemplando un solo instante,
Tal vellón os daré, que los antojos
De otro vellón os quite en adelante.
No al Vellocino de oro: mis despojos
Son a los que queréis echar el guante.
Ni es aplacar a un Dios lo que ambiciona
Vuestra falsa piedad: es mi corona.

LXXXVI

”De la hospitalidad la ley venero,
Y acabáis de sentaros a mis mesas.
Si no, la lengua os arrancara fiero
Y las cortadas manos a pavesas
Redujera verdugo justiciero.
Sólo las plantas de los pies ilesas
Para escarmiento eterno os dejaría,
Raza falaz, sacrílega e impía.”

LXXXVII

Llamaradas arroja por la boca
Al terminar su reto furibundo.
De Telamón la cólera provoca,
Que a desafiar al Rey se alza iracundo.
Esónides en medio se coloca,
Y con el tono fácil y fecundo
Que dan los Dioses al que en jefe manda
Con notas suaves al Monarca ablanda.

LXXXVIII

“Etas —le dice—, calma tus furores
Ante esta nobilísima asamblea,
Ni tu imaginación conquistadores
En los que vienen a obsequiarte vea.
Debemos a mandatos superiores
De un Monarca y un Dios nuestra tarea.
El que sale a robar ajenos lares
¿Recorre, por ventura, tantos mares?

LXXXIX

"Pedímoste un favor, cuya memoria
Será a los siglos venideros grata.
A Grecia entera llevaré tu gloria
Y recompensa te daré no ingrata;
Si te pluguiere espléndida victoria,
Ganando sobre el fiero Sauromata;
Si no, venciendo en desigual contienda
A cualquiera otro pueblo que te ofenda."

XC

Mientras habla Jasón, Etas, reacio,
Inicuo plan en su ánimo medita:
¿Acertará si luego, allí en palacio,
A aquellos hombres la existencia quita?
¿Será más cuerdo proceder despacio,
Fingiendo lo que el Griego solicita
Darle con condiciones y reserva
Mientras sus fuerzas y poder observa?

XCI

El último proyecto prevalece,
Y así responde, pérfido: "¡Extranjero!
Si eres nieto de un Dios, como parece.
Y en alcurnia mi igual, negar no quiero
El precioso vellón: que lo merece
Tu valor personal prueba primero.
Si un Rey valiente en Hélade domina,
Según decís, su arrojo me fascina.

XCII

"La prueba de valor y fortaleza
A que os sujeto es un trabajo duro
Que con mi propio sacrificio empieza.
Dos toros, con los pies de bronce puro,
Pacen del campo Marcio en la maleza,
De vivas llamas es su hálito impuro:
Yo mismo el yugo a su cerviz impongo
Y a abrir la gleba indómita me pongo.

XCIII

"Con mi sólido arado de adamante
Cuatro yugadas, que el barbecho encierra,
Labro, sin detenerme en un instante.
Y a la hora de sembrar van a la tierra,
En vez del grano rubio, fecundante,
De Ceres, los que un tiempo como sierra
De la más colosal de las serpientes
Crecieron en la boca agudos dientes.

XCIV

"Nacer no puede ni dorada espiga
De tal simiente, ni jugosa caña.
En un guerrero, armado de loriga,
Tórnase cada diente, que con saña,
Unido a los demás, feroz me hostiga
Hasta que los derriba mi guadaña.
Salgo al amanecer. La noche llega
Cuando ya terminé siembras y siega.

XCV

"Cuando de hazaña tal hagas alarde
El vellón te daré. Pero si a cabo
No la puedes llevar, jamás aguarde
Tal prenda tu ambición. A un Rey tan bravo
No es lícito ceder ante un cobarde,
De su alta dignidad con menoscabo.
Dejémonos de vanas historietas.
Obras, palabras no, placen a Etas."

XCVI

Al terminar el Rey su arenga ruda
Estupefacto cae sobre su asiento
Jasón. Baja los ojos; se le anuda
La lengua; pierde el habla y el aliento;
Quiere deliberar, vacila, duda
Y nada resolver en el momento
Sabe, ni pronunciar vana promesa
De acometer tan arriesgada empresa.

XCVII

Astuto, al fin, replica: "Tu derecho
Me tiene sin resquicio ni salida
Acorralado en callejón estrecho.
Acepto ¡oh Rey! la desigual partida,
Y con tu yunta labraré el barbecho
Aunque me arranque tu dragón la vida.
Desde que Pelias me lanzó al camino
Persígueme la fuerza del Destino."

XCVIII

Calla Jasón, que de tristeza muere.
"Puesto que lides tu valor anhela
—replica el Rey, y amargo lo zahiere—,
Con tu legión a incorporarte vuela.
Pero si uncir mis toros ya no quiere
Y mi sembrar insólito recela
Tu mano, todo hará la diestra mía
Y admiraréis mi egregia valentía."

XCIX

Termina. De su silla se levanta
El vástago de Esón. Lo sigue Augías
Con Telamón; solo 'Argos se adelanta
Y detiene en las vastas galerías
A sus hermanos. Va con gracia tanta
Jasón pasando puertas y crujías,
Que entre los suyos sin rival descuella
Y en él sus ojos fija la doncella.

C

Tenaz lo mira, alzando el fino velo.
Enardecido el corazón le escuece;
Su mente, como sueño, en rauda vuelo
Los pasos de Jasón seguir parece.
Víctima de vivísimo recelo
Con sus amigos él desaparece.
Calcíopa a su cámara, entre tanto,
Llama sus hijos con profundo espanto.

CI

A la suya Medea se retira
Presa de los fantásticos dolores
Que a todo seno apasionado inspira
El suave revolar de los Amores.
Ante sus ojos sin cesar le mira.
Su juventud radiante; los colores
Ver de su manto y fúlgida armadura,
Su sentarse, su andar, se le figura.

CII

El eco de su voz y de su planta
Al retirarse en sus oídos suena.
No hay un hombre mejor. ¡Cómo le encanta
De ese varón la majestad serena!
Más dulce que la miel, de su garganta
Es el suave trinar que la enajena.
Mas ¡ay! el fuego que el rencor atiza
En el pecho del Rey la aterroriza.

CIII

En profanado féretro tendido
Ver le parece su cadáver yerto,
Bien por los toros mágicos herido,
Bien por la mano de su padre muerto.
Del pecho saca lánguido gemido,
Que degenera en lamentar abierto,
Y exclama así, postrándose de hinojos,
Anegados en lágrimas los ojos:

CIV

“¿Por qué me tiene mi dolor absorta,
¡Triste de mí! si el que a morir se apresta
Es el mejor o el último, qué importa,
De los héroes? Mi mente la funesta
Idea de que muera no soporta.
¡Hécate veneranda! Oído presta
A mi plegaria.—O si lo mata un toro,
Sepa que al menos yo su suerte lloro.”

CV.

Mientras enamorada la Princesa
A la Deidad con súplicas ablanda,
Jasón la Villa y calles atraviesa
Y los senderos que siguió desanda,
Argos, tímido, dice: "Hablar me pesa,
Quizá te desagrade mi demanda,
¡Hijo de Esón!; pero es preciso que hable
En una situación tan lamentable.

CVI

"Recordarás que alguna vez la historia
Narré de una beldad, parienta mía,
Que ante el ara velando expiatoria
De Hécate, hija de Perses, que es su guía,
Se ejercita en la magia. La victoria
Será de nuestra heroica Compañía
Si logramos poner de nuestra parte
Su protección, su afán, su ciencia, su arte.

CVII

"Serios temores en mi pecho abrigo
De que juzgue Calciopa quimera
Tantos peligros dividir contigo.
Pero es la situación tan lastimera,
Que si la ayuda ansiada no consigo
A todos por igual la muerte espera.
Del Rey que torne a la mansión permite
Y a socorrernos a mi madre incite."

CVIII

Termina así su bondadosa arenga.
"Argos querido —Esónides replica—,
No seré yo quien necio te detenga
Si tal es tu opinión. Corre, suplica
Y de tu madre tu prudencia obtenga
La protección que tu talento indica.
Es triste que dependan de mujeres
Vida, misión, retorno, pareceres."

CIX

Así deliberando, a la palude
Llegan los cuatro, donde está la nave.
'Alegre en torno la falange acude.
Pero del Capitán el aire grave
Hace que el gozo en aflicción se mude.
Exclama así: "Nuestra esperanza acabe.
Del Rey feroz, hostil abiertamente
Es a nuestra misión, la negra mente.

CX

"Oíd, oíd el que imponernos Etas
Atroz certamen quiere. ¿Hay quien soporte
Tal lucha entre los bélicos atletas
Que a mis órdenes van en la Cohorte?
—"Cuatro yugadas mide entre sus metas
"—Nos dijo— la llanura de Mavorte.
"Ha de labrarlas todas en un día
"Quien el áureo vellón ganar ansía.

CXI

"Ha de imponer el yugo a las cervices
"De férrea yunta con bronceína planta.
"Llama voraz respiran sus narices.
"El grano suministra la garganta
"De enorme sierpe de hórridos matices.
"De los sembrados dientes se levanta
"Mágica mies de innúmeros guerreros
"Que contra el sembrador se vuelven fieros."

CXII

"Tal, de la serie larga de patrañas
que dijo el Rey, es el resumen breve
Y tales son las ínclitas hazañas
Que consumir vuestro Caudillo debe.
Así lo ha prometido. ¿Quién las mañas
De un rey como Etas a eludir se atreve?
Y aunque la burla que nos hace es obvia,
Mi compromiso no cumplir me agobia."

CXIII

Los héroes califican de insensato
E inadmisible del tirano el reto,
Y permanecen mudos largo rato,
Viéndose, sin hablar, con ojo inquieto.
Peleo, al fin, con bélico arrebató
Se alza y exclama: "Del fatal aprieto
Hazañas de impertérritos varones
Nos sacarán, no vanas discusiones.

CXIV

"¡Hijo heroico de Esón, nieto de reyes!
Si tu palabra sostener decides
De Etas unciendo los temidos bueyes,
A combatir en desiguales lides
Corre, cumpliendo del honor las leyes.
Mas si tus fuerzas vacilante mides
Y temes que el vigor te falte acaso,
Entonces pára el atrevido paso.

CXV

"Mas tu valor el éxito no aguarde
En derredor mirándonos inerte.
Sangre de dioses en mis venas arde
Y no me asusta desafiar la muerte,
Que nos ha de segar temprano o tarde,
Sin que pueda haber más triste suerte."
Tanta elocuencia a Telamón inflama,
Que campeón ansioso se proclama.

CXVI

Idas salta a la liza, ardiendo en celos
Porque en tercer lugar las armas toma.
De Tíndaro se ofrecen los Gemelos:
El luchador y el que caballos doma.
Enides, gloria de ínclitos abuelos,
A quien, aunque ni el bozo aún le asoma,
Entre los más robustos se le cuenta,
Tras ellos, valeroso, se presenta.

CXVII

De los valientes próceres el resto
Estos avances en silencio escucha
Y sin envidia cédeles el puesto.
Argos observa: "Vuestra fuerza es mucha;
Pero aplacemos el marcial apresto.
No a sucumbir en temeraria lucha
Os expongáis. Dejadme a mí que corra
Y que a mi madre ruegue nos socorra.

CXVIII

"Hay una virgen que nació y habita
Como princesa en el palacio de Etas.
Sacerdotisa y ninfa favorita
De Hécate, en las virtudes más secretas
De plantas y de hierbas es perita.
La misma Diosa dictale recetas
Para mezclar y hervir medicamentos
Con cuanto nace en agua, tierra y vientos.

CXIX

"Los filtros y pociones de la maga
Todo lo pueden. Se transforma el mundo,
El fuego más indómito se apaga,
Se aplaca el vendaval más furibundo,
Tiembla la tierra y las ciudades traga,
Ejércitos devora el mar profundo,
Vuelven atrás los caudalosos ríos,
Sufre la luna insólitos desvíos.

CXX

"Mi madre, que es su hermana, si consigue
Que con su ciencia oculta nos asista,
Sin tardanza veréis cómo se sigue
Del Vellochino de oro la conquista.
Aunque temores de un fracaso abrigue,
Dejad, os ruego, que en tornar insista
En el alcázar a tentar fortuna.
Siento que un Numen a mi plan se aduna."

CXXI

Los Dioses inmediato asentimiento
'A la esperanza dan que Argos revela,
Mandando a confirmarla alto portento.
Blanca paloma perseguida vuela
'Al seno de Jasón. Cae sin aliento
Y de la prora clávase en la espuela
El gavilán que audaz la perseguía.
Mopso la ve, y así es su profecía:

CXXII

"¡ Amigos! La visión en favor vuestro
Viene del cielo. ¿ Puede, por ventura,
Otra interpretación dar el más diestro?
El triunfo y el regreso nos augura
Si de la virgen nos anima el estro
Y Argos a conquistarla se apresura.
Me dice el corazón que la doncella
No querrá desoír nuestra querella.

CXXIII

"Olvidado no habréis del ciego Vate
El claro vaticinio: *Sin Ciprina*
Temerario será librar combate.
De Venus es el ave blanquecina
Que, sin que el muerto gavilán la mate.
En el pecho del Jefe se reclina.
El agujero es seguro; pero, hermanos,
Hay a Citeres que elevar las manos."

CXXIV

Aplauden los guerreros, de Fineo
Dóciles al mandato. Sólo salta,
Lanzando chispas, Idas Afareo,
Y exclama con furor y voz muy alta:
"¡Oh Númenes! Lo miro y no lo creo.
Este baldón a nuestra infamia falta.
¿Somos, por dicha, tropa de mujeres
Que a encomendarse vienen a Citeres?"

CXXV

"En vez de tremolar el estandarte
Del Numen de la guerra, a una hechicera
Vais a acogeros y a su imbécil arte
Por no luchar; la Diosa de Citera
Recibirá las víctimas que a Marte
Debierais ofrecer. ¡Menguados, fuera!
No estéis mirando a tórtolas y halcones
Ni a niñas engañéis con oraciones."

CXXVI

Al terminar sus invectivas Idas
Sordo murmullo acoge sus arrojios.
A las calumnias, nunca merecidas,
De responder refrenan sus antojos.
Toma Jasón enérgicas medidas,
A todo indiferente, y sin enojos:
"Argos —le dice—, pronto desembarca
Y marcha hasta el alcázar del Monarca.

CXXVII

"Nosotros, pues parece inoportuna
La permanencia de la armada quilla
Oculta en la pacífica laguna,
Del río atracaremos a la orilla,
Siempre dispuestos a probar fortuna."
Calla Jasón. Corre Argos a la Villa.
Sale el bajel a impulso de los remos
Y ata a un peñón del cable los extremos.

CXXVIII

Etas, en tanto, a congregarse llama
Al pueblo Colquio, del palacio lejos,
En espaciosa plaza, donde es fama
Que antes se celebraban los Concejos,
Para ratificar la misma trama
De dolos nuevos y de engaños viejos
Que acaba de fraguar para exterminio
De la tripulación del barco Minio.

CXXIX

 Anuncia ante la pública asamblea
Que si algún toro enredan en sus lazos,
Al héroe que acometa la tarea
Convertirán en leña sus hachazos.
El vecino pinar, que abunda en brea,
De sus esclavos llevarán los brazos
Hasta la nave, haciéndola cenizas
Y a los marinos y su orgullo, trizas.

CXXX

 Jamás hubiera recibido a Frijó,
Aunque de Eolo nieto, en su morada,
Sentándolo a su mesa como un hijo,
Y no cual huésped, breve temporada,
Sino con lecho y aposento fijo,
Sin la que le llevó, clara embajada,
Con órdenes de Jove hospitalario,
Mercurio, de los Dioses emisario.

CXXXI

Mucho menos —arguye— aceptaría
En sus reinos a la horda de piratas
Que de sus nietos viene en compañía
En busca de rapiñas insensatas.
Por ellos se ve libre todavía
De los que las funciones poco gratas
Ejercen de colgar a aquel que roba
Tienda, choza, almacén, casa o alcoba.

CXXXII

A ellos también alcanzará el castigo
Debido al hombre que a su rey destrona
'Aliado con exótico enemigo.
Porque no quieren, cual Jasón pregonar,
El dorado vellón llevar consigo.
'A arrebatarse aspiran su corona.
Su padre el Sol, mirando hacia adelante,
Lo reveló a su vástago reinante.

CXXXIII

Tus males te vendrán de tu ralea,
El verídico oráculo le dijo,
De Calciopa nada, o de Medea
Hay que guardarse, ni de Absirto, su hijo.
El vaticinio a que cumplido vea
Torna la prole del difunto Frijó
Sin obtener lo que buscó en Acaya.
¡No sin motivo la alejé del Haya!

CXXXIV

La nave con sus pérfidos remeros
Toca a su pueblo vigilar activo.
¡Que ni uno solo de esos bandoleros
Del fuego o del acero escape vivo!
Sobre los invasores extranjeros
Tantos denuestos lanza vengativo,
Que pudieran llenar largo volumen.
Tal es el breve, pero fiel resumen.

CXXXV

Llega a palacio en tanto: en el materno
Aposento con ella Argos se encierra.
Ya lo esperaba su cariño tierno
Para ayudarle; mas pensar le aterra
Que pueda contrariar al Hado eterno
Y fracasar o suscitar la guerra.
Teme también que, ceda o no su hermana,
Resulte su gestión pública y vana.

CXXXVI

Reclinada la virgen en su lecho
Entre tanto, de penas amorosas
Sueño reparador le alivia el pecho.
Pero después visiones engañosas
De las que siempre vuelan en acecho
De cuantas sufren, vírgenes hermosas,
Ya con dulces imágenes la asaltan,
Ya con cuadros de horror la sobresaltan.

CXXXVII

Sueña en su regia cámara Medea
Que el bello huésped que con tal rüido
Osa aceptar la trágica pelea,
Por una piel de oveja no ha venido:
Su mano, su persona, es la presea
Que aspira a conquistar como marido,
Llevándola del mar por el espacio
A su patria, a su reino, a su palacio.

CXXXVIII

Se le figura que el arado toma
Y que, aunque de adamante, poco pesa.
Que entrambos toros fácilmente doma
Y da ella sola término a la empresa.
Pero su padre, con indigna broma,
Cumplir rehusa su real promesa,
Jurando que el trabajo que propuso
Para hombres, no doncellas, lo dispuso.

CXXXIX

Lucha que puede ser de muerte o vida
Entre el nauta y el Rey esto ocasiona,
Y ambos a que como árbitro decida
Designan de la maga la persona.
Ella, en amor de súbito encendida,
La causa de sus padres abandona.
Y decide en favor del extranjero,
Con él huyendo en rápido velero.

CXL

Oye a su padre grito tan violento
En el sueño lanzar, que se despierta
Y las paredes va del aposento
Escudriñando con mirada incierta.
Ni a concentrar su vago pensamiento
Ni a recordar lo que ha pasado acierta.
Se sienta, al fin, en la dorada cama
Y en alta voz, acongojada, exclama:

CXLI

"¡Desdichada de mí! ¡Qué pesadilla
Vino a turbar mi sueño! Grave daño
La nave que ha ancorado a nuestra orilla.
Temo que va a causar. Por ese extraño
Mancebo que a los héroes acaudilla
Ya tiemblo de pavor y ya me ensaño
Olvide a nuestras vírgenes y vaya
Esposa a conquistar allá en Acaya.

CXLII

"Yo con mis padres viviré doncella.
¿Pero de estos certámenes lejana
Permanecer me dejará mi estrella,
Cuando los hijos de mi propia hermana
Siguen de cerca de Jasón la huella?
De ir a su habitación me viene gana.
Ella disipará mi acerba duda
Y me dirá si debo darle ayuda."

CXLIII

Levántase: camina hacia la puerta
Descalza, con pisada vacilante;
Con una sola túnica cubierta
Atraviesa el dintel; pero al instante
Se pára en la antecámara desierta.
Impídele el pudor ir adelante.
Vuelve hacia atrás; avanza, retrocede
Por la segunda vez, y andar no puede.

CXLIV

Las piernas le rehusan su servicio.
Sin rumbo cierto mide el pavimento.
Tercera vez a dirigirse al quicio
De amor la mueve el ímpetu violento,
Y por tercera vez el sacrificio
Hace al pudor, de su amoroso intento.
Rendida, al fin, de pena y de trabajo
Se tiende sobre el lecho boca abajo.

CXLV

Como la virgen que a gentil esposo
'Acaba de entregar la parentela,
Junto al intacto tálamo espacioso
Al amado varón aguarda en vela.
Y en vez de aquel guerrero victorioso
'A quien domar su corazón anhela,
Llega fatal heraldo de Mavorte
La muerte a pregonar de su consorte.

CXLVI

Y la afligida virgen, que se llora
'Antes de ser esposa ya viüda,
Se sienta junto al lecho hora tras hora,
Sin permitir que a consolarla acuda
La turba de sus siervas, que la adora,
Pero envidia también; de quien ayuda
No espera, sino sátiras amargas,
Que hagan sus penas como nunca largas.

CXLVII

Así en la soledad sólo consueño
Busca Medea; cuando a alguna sierva
Mueve a acercarse su acendrado celo
Y la aflicción de su Señora observa,
A Calciopa corre, quien a vuelo
Afianza la ocasión que le reserva
El Destino propicio. De la esclava
Oye el anuncio y su presteza alaba.

CXLVIII

La madre, con sus cuatro hijos varones,
En su aposento estaba ponderando
Las que a su hermana sólidas razones
Persuadirían a abrazar su bando.
Vuela por corredores y salones,
Y a su mansión no bien penetra, cuando
En ambas sus mejillas desgarradas
Ve con la sangre lágrimas mezcladas.

CXLIX

“¿Qué es esto, mi Medea? —tierna dice—.
¿Qué llanto es éste? ¿Qué dolor te acosa?
¿El cielo, por ventura, te maldice
Con dura enfermedad? ¿A desastrosa
Muerte sabes que a mí y a mi infelice
Prole mi padre condenó? ¡Dichosa
La que mora entre pueblo tan feroce
Que ni el nombre de Cólquide conoce!”

CL

Calla. Medea por hablar ansía;
El virginal pudor su voz contiene.
De la lengua a la punta ya salía
La palabra que al pecho otra vez viene;
De nuevo asoma por la boca fría,
Pero en los bellos labios se detiene,
Hasta que al fin disipa sus temores,
Y habla porque la empujan los Amores.

CLI

“Calciopa querida: Si me apuro
Es por tus hijos; tiemblo por su suerte.
Mi padre les prepara de seguro,
Como a esos extranjeros, atroz muerte.
¡Qué sueños me atormentan! Un conjuro
Ojalá los disipe, antes que verte
Con ellos, como auguran mis visiones,
En patíbulos, tumbas y prisiones.”

CLII

Con estas frases a su hermana tienta.
Que salga de su afán la iniciativa
De una campaña en su favor intenta.
Calciopa, afligida, en quien aviva
Cuanto ha oído el temor que la atormenta,
Replica: “Aun antes de que hablaras iba
A pedir un remedio a tu talento
De mi pro genie contra el fin cruento.

CLIII

"Pero antes que te entregue mi confianza
Júrame por la tierra y por el cielo
Que guardarás secreta nuestra alianza
Y cuanto por tu bien hoy te revelo.
En los Númenes pongo mi esperanza
De salvación. Si no, morir anhelo
Para salir del Orco y a toda hora
Agitarte cual Furia vengadora."

CLIV

Llanto copioso baña sus mejillas,
Con que la veste de su hermana moja.
Con ambos brazos ciñe sus rodillas
Y entre los de ella lánguida se arroja.
Siéntanse juntas en doradas sillas
Y rienda suelta dando a su congoja
Kompen en coro en alaridos tales
Que parecen plañidos funerales.

CLV

Medea, perturbada, al fin replica:
“¡Por las Deidades! ¿Qué medicamento
Puedo hallar a tu mal? ¿Qué significa
La atroz imprecación y juramento
Que habla de Furias y venganza indica,
Cuando quiero servirte al pensamiento?
Si a tus hijos salvar está en mi mano
Mi protección no pedirán en vano.

CLVI

“Escucha el juramento (que inviolable
Para los Colquios es) con que me ligo:
Oyeme, Cielo santo impenetrable;
Tierra madre de Dioses, sé testigo
De la sinceridad de cuanto yo hable.
Yo tu progenie a defender me obligo,
Calcíopa, con mi arte, con mi ciencia,
Con mi oculto poder y mi experiencia ”

CLVII

“En socorrer a aquel advenedizo
—Calciopa responde— está el problema.
¿Para hacerlo vencer, algún hechizo
No puedes inventar, o estratagema?
Tal petición, a nombre suyo, me hizo
Argos aquí en mi cuarto. Dar no tema
Tu amor una respuesta afirmativa.
¡De mis hijos la vida en ella estriba!”

CLVIII

El corazón de gozo le palpita
A Medea gentil. Vivo sonrojo
Tiñe su faz, y negra sombra quita
Su acostumbrado resplandor al ojo.
Tierna responde: “Hermana favorita,
Que nunca de la aurora el suave rojo
Alumbre mi pupila, ni en el mundo
Viva me vuelva a ver tu amor profundo,

CLIX

"Si en mis afectos hay mayor tesoro
Que vuestras caras vidas. No sobrinos,
Hermanos son tus hijos. Lazo de oro
Me unió desde la infancia a sus destinos.
A ti como nutriz y madre adoro.
Jugo mejor que los mejores vinos
En tus pechos bebí. Mi madre tierna
Me lo contó para memoria eterna.

CLX

"Por tanto, cualesquiera sacrificios
Por vosotros haré; pero sepulta
Mis favores y sabios maleficios
En lo profundo de tu mente culta.
Para poder prestaros mis servicios
Debe mi intervención quedar oculta,
Sin que mi padre mis pisadas huela.
¡Ay, si algún imprudente las revela!

CLXI

"Adiós. Al templo de Hécate mañana,
Al alba, llevaré los ingredientes
Para mezclar la mágica tisana
Con que amansar los toros refulgentes."
Torna con buenas nuevas una hermana
Do sus hijos están. Mas de latentes
Remordimientos al quedarse sola
Agita a la otra un mar, ola tras ola.

CLXII

Era la noche, que en tiniebla densa
La tierra envuelve. La mirada ansiosa
Vuelven los nautas en la mar inmensa
A las estrellas de Orión y la Osa.
El centinela o el viajero piensa
Tan sólo en descansar, y aun reposa
La madre que sus hijos ha perdido.
Ni se oye de los perros el ladrido.

CLXIII

Silencio, obscuridad reinan doquiera.
Todo en la Villa y en el campo calla;
Mas ni un instante el sueño refrigera
La que en el pecho de Medea estalla
De penas y de amor flamante hoguera.
Mirar se le figura la batalla
Con los toros de bronce, y se imagina
Que Esónides su fuerza no domina.

CLXIV

¿Visteis en la fontana, que en el frente
Se abre de aristocrático edificio,
Un rayo penetrar del Sol naciente,
Reflejado en el blanco frontispicio?
Nuevo chorro al caer dentro la fuente
Nos maravilla el ímpetu ficticio
Con que, no el agua plácida y tranquila,
Sino el rayo de luz es el que oscila.

CLXV

Así en el pecho de la bella maga
El corazón oscila: llanto a mares
Sus párpados derraman; mas no apaga
El fuego de sus íntimos pesares,
Que la cabeza y el cerebro amaga
Y baja por las fibras capilares
Del cuello hasta los nervios inferiores
Do sus tiros asestan los Amores.

CLXVI

Ya empieza a preparar un bebedizo
Contra los toros, y ya ve con ira
Que lo empezado su furor deshizo.
Ora ella misma a perecer aspira,
Ora negar resuelve todo hechizo
Y no subir a la funérea pira,
Sino aguardar tranquila cuanto el Hado
Le tiene en sus decretos reservado.

CLXVII

Se sienta, y a sí misma hablando a solas,
Desfógase en fatídicos acentos:
"¡Triste de ti! Por encontradas olas
Siempre empujada y por contrarios vientos,
Antes de ver a aquel por quien te inmolas,
Antes que en pos de ajenos testamentos
Lanzáranse los hijos de tu hermana,
¿Por qué con su arco no te hirió Diana?

CLXVIII

"No sé qué hacer con él. Si su destino
Es perecer de Marte en la campaña,
Dejémoslo morir. Es desatino
Imaginar que la fatal maraña
Que tejo y que destejo de continuo
Pueda a mis padres ocultar mi maña...
Ni sé si podré darle mis consejos
Al Capitán, de su falange lejos.

CLXIX

"Pero ¿qué digo, miserable loca?
Es fuerza que yo misma me convenza
Que el fuego que su amor en mí provoca
No apagará su muerte. ¡Adiós, vergüenza!
¡Adiós, pudor! A mí mezclar me toca
Las drogas que he de darle. Cuando venza,
Colgada de mi umbral con soga impía,
O envenenada, me verá ese día.

CLXX

"Pero ¿qué ganaré? Mi cuerpo inerte
Devorará sin compasión la injuria.
Resonará por la ciudad mi muerte.
—*Mirad do la ha llevado la lujuria*
—Dirán las Colquias—; la deshonra vierte
De su padre en la casa y en la curia
Por la imbécil pasión al extranjero
Que nos trajo el exótico velero.

CLXXI

"Mucho mejor es que antes que la inquina
Pueda cebarse en mi honra y buena fama,
En esta misma noche repentina
Muerte me deje inmóvil en mi cama.
Así, de toda lengua viperina
A salvo quedará mi honor de dama,
Ni de mis padres mancharé el renombre
Con ese crimen sin perdón ni nombre."

CLXXII

Así diciendo, saca un cofrecito
De toda clase de redomas lleno.
Bálsamo salútfiero exquisito
Unas contienen; otras, tal veneno
Que recto lleva al infernal *Cocito*.
Inúndase con lágrimas el seno
Cuando, en sus faldas al ponerlo, advierte
Que ya se encuentra próxima a la muerte.

CLXXIII

Abierta ya la férrea cerradura,
Que oro bruñido con primor esmalta,
A destapar los frascos se apresura.
Sólo sorber el líquido le falta
Cuando la paraliza la pavora
Que del Infierno súbita la asalta,
Y estupefacta, atónita, anhelante,
De los venenos quédase delante.

CLXXIV

Recuerda de la vida las delicias
Y el placer de vivir; de tantos seres
Queridos en su infancia las caricias;
Los juegos de las niñas, hoy mujeres;
Sus burlas, sus afectos, sus malicias;
Y le viene la sed de los placeres,
Y mejor que del Orco los horrores
Le parecen del Sol los resplandores.

CLXXV

No, no quiere morir. De nuevo gira
Del cofrecito la preciosa llave,
Y de su falda ansiosa lo retira.
Vacilación en su alma ya no cabe,
Gracias a Juno, y ávida suspira
Por que la aurora de lucir acabe
Para volar al Templo y el pactado
Hechizo dar al semidiós amado.

CLXXVI

Abre de su balcón la celosía
Una vez y otra vez, con la esperanza
De que penetre ya la luz del día.
Al fin un rayo a vislumbrar alcanza
Y oye de la Ciudad la algarabía.
Argos, veloz, hasta el bajel se lanza;
Pero a sus tres hermanos, de la puerta
De Medea no lejos, deja alerta.

CLXXVII

A la Aurora gentil tierna saluda
La virgen: a su luz las trenzas blondas
Empieza a recoger, que en la desnuda
Cándida espalda, en descuidadas ondas
Dejó flotar, cuando la flecha aguda
De Amor quemaba sus heridas hondas.
Y sus mejillas, que la sangre empaña
Y el amargo llorar, con agua baña

CLXXVIII

Del cutis de su cuerpo la blancura
Hace brillar con perfumado ungüento
Que del néctar supera la dulzura.
Con ricos broches de bruñido argento
Sujeta la preciosa vestidura
Que en innúmeros pliegues flota al viento,
Y con velo sutil de blanco lino
Cubre su frente de esplendor divino.

CLXXIX

Así por el palacio se pasea
Airosa, sin pensar en las fatales
Horas que traerán ¡pobre Medea!
A ella misma y a muchos sendos males.
Coro de doce siervas la rodea,
En doncellez y en años sus iguales,
Que de noche la velan y defienden
Y de día a sus órdenes atienden.

CLXXX

A su carroza de ciudad les manda
Uncir las mulas y tenerla pronta
Para llevarla al ara veneranda
De Hécate poderosa. Mas no monta
Luego; que a solas en sus arcas anda
Buscando hechizos, hasta que uno apronta
Que la medida colma del deseo.
Se denomina *Unción de Prometeo*.

CLXXXI

Quienquiera que de noche a Proserpina,
La unigénita virgen, sacrifique
Y de la saludable medicina
Con unciones su carne purifique,
La tornará en muralla adamantina
Contra el acero, y contra el fuego dique:
Y cuando el nuevo Sol brille en Oriente
Será como ninguno armipotente.

CLXXXII

Del escarpado Cáucaso en la sierra
Nació de aquel licor sanguinolento
Que de la herida en que su garra entierra
Extrae el buitre, del Titán tormento.
Al caer unas gotas en la tierra,
Con doble tallo, bajo, amarillento,
Y del color del azafrán Coricio,
Brotó una flor, de su penar indicio.

CLXXXIII

A carne humana la raíz semeja,
Que acaba de cortar feroz verdugo,
Y a goma sin sabor, de encina añeja,
El que la flor destila negro jugo.
Entre las conchas que en la orilla deja
El Caspio mar, a la Princesa plugo
Una escoger en que, según el rito,
Mezclar pudiera el bálsamo bendito.

CLXXXIV

Por siete veces su gentil persona
En siete arroyos de caudal perenne
Bañando fué de noche. A su patrona
Con los diversos títulos que tiene
Invocó siete veces, de Brimona
Dándole el nombre, que a la tierra viene
Nocturna vagabunda, diosa errante,
Sobre espectros y espíritus reinante.

CLXXXV

Cuando, embozada en negra vestidura,
La Titania raíz cortó en secreto,
En las tinieblas de la noche oscura,
Rugió la tierra. El hijo de Japeto
Lanzó a la par un grito de amargura.
Allí también su temerario reto
Castiga el Cielo, y su furor lastima
Al alma en pena, que la flor anima.

CLXXXVI

Del mágico licor de Prometeo
Que así mezcló, la límpida redoma
Cuelga del cinturón, vistoso arreo
Que al seno da vigor y dulce aroma.
Sale del cuarto; pasa el propileo;
Monta; las riendas y el azote toma,
Y de la servidumbre una pareja
Que suba a diestra y a siniestra deja.

CLXXXVII

Las otras diez atléticas doncellas,
Asidas a la caja del carruaje,
Siguiendo van en derredor sus huellas.
La breve falda de ligero encaje,
Libres dejando las rodillas bellas,
Hace más fácil su pedestre viaje;
Las piernas, de color alabastrino,
Moviéndose a compás todo el camino.

CLXXXVIII

Seméjase a Diana cazadora
Cuando, después de baño delicioso
De Anfriso en la corriente bullidora,
O en las orillas del Partenio undoso,
En su carroza de oro, seductora,
Vuela, no en pos del jabalí o del oso,
Sino al olor de la hecatombe rica
Que en sus aras y honor se sacrifica.

CLXXXIX

De Ninfas con su séquito brillante,
De pies veloces, va por las colinas
Y montes. Otras de menor aguante,
Para verla pasar, ninfas vecinas,
De las fontanas páranse delante
Que nutren el Anfriso, o cristalinas
Brotan en las montañas: y las fieras
Asoman a sus negras madrigueras.

CXC

No de otra suerte la real infanta
Medea, con su linda comitiva,
Por las calles del Haya se adelanta;
Pero la multitud se aparta esquivando
Y aléjase. Parece que le espanta
De la Princesa la mirada viva.
Al llegar de la Villa a las afueras
Se pára y habla así a sus compañeras:

CXCI

"Amigas: Yo os confieso sin ambages
Que es gran pecado mi fatal descuido
En inquirir por qué a los personajes
Que de extranjeras playas han venido
La población, con ímpetus salvajes,
Teme y provoca. Mi funesto olvido
Nos hace hallarnos solas a la puerta
Del templo y ara de Hécate desierta.

CXCII

"Puesto que no aparecen las devotas
Que acostumbran venir todos los días,
Y ahora ni esperanzas hay remotas
De que otras se unan a las preces mías.
Nosotras, exhalando suaves notas,
Entonemos piadosas melodías.
Flores cortad que llenen vuestras haldas
Y con ellas tejed sendas guirnaldas.

CXCIII

"Espero recibir preciosos dones,
Que con vosotras partiré gustosa
Si secundar queréis mis intenciones.
Con sus hijos Calciopa me acosa
Para que de las sórdidas traiciones
Que urdir mi padre con los toros osa
Con mi oculto poder salve clemente
Al Capitán de la extranjera gente.

CXCIV

"Que sepultado quede en vuestro pecho
Cuanto os revelo importa. De otra suerte,
No sólo perderéis honra y provecho,
Sino que el Rey os mandará a la muerte.
Sabed que el Capitán está en acecho,
Atrás dejando su falange fuerte,
Y lejos de su vista y vuestra vista
Viene a tener conmigo una entrevista.

CXCv

"Por tanto, al observar que al Templo llega,
Salid hasta el vestíbulo prudentes.
Así, con libertad me hará la entrega
De los que prometió ricos presentes;
Y yo, como mi hermana me lo ruega,
Hechizo de variados ingredientes
En su mano pondré, que del alarde
De los toros de bronce lo resguarde."

CXCvI

De Medea y sus pasos oportuno
Aviso llevan a Argos sus hermanos,
Quien a Jasón, sin Argonauta alguno,
Hace cruzar los conocidos llanos
Hasta el santuario de Hécate. Sólo uno
Lo sigue: el sabio Mopso; en los arcanos
Misterios de las aves, agorero,
Y en la vida real, buen consejero.

CXCVII

¡Cuán bello está Jasón! La augusta Diosa
Del providente Júpiter consorte
Le da con la frescura de la rosa
Del Inmortal el arrogante porte.
Jamás se vió figura tan garbosa
Ni en los hijos de Jove o de Mavorte.
Deslumbra hasta los Minios su hermosura,
Y la victoria el adivino augura.

CXCVIII

Cerca del Templo, a orillas de la plaza,
Un álamo se ve de copa erguida,
En cuyas frondas la parlera raza
De las cornejas con placer se anida.
Una, que de inspirada tiene traza
Por Juno misma, y a escuchar convida
Sus trinos y su cántico imperfecto,
Así habla a quien entiende su dialecto:

CXCIX

“Menguado el vate que ni ve ni piensa
Lo que hasta el niño con la leche bebe.
Que inflige a una doncella atroz ofensa
Quien la requiebra ante la turba aleve,
Y ni esperanza a dar ni recompensa
Si no es a solas su pudor se atreve.
¡Idos, curiosos! Nunca con sus flores
Os coronen Ciprina o los Amores.”

CC

Las palabras sarcásticas del ave
De Mopso acoge la habitual sonrisa;
Pero dice a Jasón con aire grave:
“Señor: Entra en el Templo a toda prisa.
La virgen está ya, blanda y süave,
Que el profeta Agenórides avisa,
Y que tu triunfo deberás, no olvides,
De Venus al poder y los ardides

CCI

"Argos y yo de este árbol al abrigo
De vuestra decisiva conferencia,
En que Hécate ha de ser solo testigo,
Aguardamos el fin con impaciencia.
La Diosa de Citera esté contigo
E infunda a tu oración tal elocuencia
Que la anhelada protección alcance
En el que nos espera amargo trance."

CCII

Ambos escuchan sus consejos sabios;
Pero a Medea, en su penar absorta,
Su propio modular la causa agravios.
Calla a menudo, el cántico recorta,
Gime su corazón, trinan sus labios.
Ya bien o mal cantar nada le importa.
Y sin que al coro que dirige atienda,
Mira con ansiedad a cada senda.

CCIII

En cada paso que oye en lontananza,
En cada suave ráfaga de viento,
Ver se figura al Capitán que avanza.
No tarda en descubrirlo su ojo atento.
Penetra, de los Númenes a usanza,
Con majestad y bélico ardimiento,
Marchando a largos pasos de gigante.
Su faz semeja a Sirio fulgurante.

CCIV

Deslumbrador, tras delicioso baño
Del Océano, nace ardiente Sirio;
Pero peste letal lleva al rebaño
De ovejas pingües y al pastor martirio,
Así Jasón, al presentarse, extraño
Causa a la virgen síncope y delirio.
Fáltale el habla, núblanse sus ojos,
Resístense a doblarse los hinojos.

CCV

Vuelve la maga en sí: torna a su mente
La antigua calma, a su pupila el brillo
Y la frescura a su mejilla ardiente.
Ya de sus siervas se alejó el corrillo
Y mirándose quedan frente a frente
La enamorada virgen y el Caudillo.
Ella al hijo de Esón contempla muda.
A uno y otro el pudor la lengua anuda.

CCVI

Crecen dos pinos de elevada talla,
Casi juntando sus raíces hondas;
Si en el nativo monte el viento calla,
Callan también inmóviles las frondas.
Pero no bien el vendaval estalla,
A susurrar empiezan las redondas
Copas hojosas, y el murmullo ronco
Hace gemir hasta el robusto tronco.

CCVII

Así a las dos inmóviles figuras
Que la incipiente claridad agranda,
A hablar de sus fantásticas locuras
Impulsará de Amor la brisa blanda.
Pero de pronto inmensas desventuras
Esónides prevé que el Cielo manda
Por él a la Princesa generosa,
A quien apostrofar apenas osa:

CCVIII

“¿Por qué, virgen hermosa, así te obstinas
En negarme de tu habla los favores?
Ni soy el seductor que te imaginas
Ni nunca, entre sus mil conquistadores
De vírgenes, me vieron las colinas
Donde nací. Disipa tus temores,
Y pues, propicia, la ocasión lo quiere,
Pregúntame, responde, háblame, inquiere.

CCIX

"En este santo Templo, en que un engaño
Sería imperdonable sacrilegio,
Háblame sin lisonja y sin amaño.
Yo te conjuro, por tu padre egregio,
Por Hécate, por Jove, que al extraño
Tiene de proteger el privilegio:
¡Ampárame cual triste peregrino
Que trae a ti la fuerza del Destino.

CCX

"Tu hermana, como tú, de lindo rostro,
Me ha dado tu benévolo mensaje,
Y sé que para el riesgo que hora arrostro
Le has prometido mágico brevaje.
Yo de rodillas a tus pies me postro.
Dame el hechizo; la misión que traje
Sin ti, sin ella, consumir no puedo.
Es vano sin vosotras mi denuedo.

CCXI

"Mi inmensa gratitud haré patente,
Y cual conviene a quien de lejos llega,
Tu nombre llevaré de gente en gente.
La hueste que a mis órdenes navega
Tu fama esparcirá. Quizá un torrente
De prematuras lágrimas anega
A las madres y esposas, que en la playa
Nos aguardan en fúnebre atalaya.

CCXII

"Tú sola puedes enjugar su llanto;
Ellas también pregonarán tu gloria
Y ensalzarán tu misterioso encanto
Al par que nuestra espléndida victoria.
De Teseo permite que entre tanto
Las aventuras llame a tu memoria,
A quien de otra doncella los conjuros
Sacaron de gravísimos apuros.

CCXIII

"Era la tierna *Ariadne* hija de Minos,
Hija del Sol su madre *Pasifave*
Calmó a su padre airado, y los destinos
Siguió del héroe en su velera nave
Esa corona de astros argentinos
Que desde el cielo alúmbranos süave
Y que, como ella, *Ariadne* el mundo llama,
La anuencia de los Númenes proclama.

CCXIV

"Así tu estrella en lo alto de los cielos
Encenderán al lado de la Luna
Los Númenes, premiando tus desvelos
En pro de mi legión y mi fortuna.
Que colmarás mis férvidos anhelos
Me garantizan tu elevada cuna,
Tu hermosura sin par y acento blando.
¡Salva a los semidioses que comando!"

CCXV

Tanta lisonja oír la regocija
Y con dulzura celestial sonríe.
Entrambos ojos en el suelo fija.
Derrítese el alma, sin que fie
A torpes frases la oración prolija
Que condensar quisiera. Aunque la engríe
Verse rogar por el varón que ampara,
Lo mira silenciosa, cara a cara.

CCXVI

Antes de hablar, del perfumado seno
Saca y le da la mágica redoma.
El Capitán, de regocijo lleno,
Entre sus manos ávido la toma.
Quisiera darle, envuelta en el veneno,
El alma entera, y su sabor y aroma.
Mayores son del héroe los hechizos
Que lanza Amor desde sus blondos rizos.

CCXVII

Cuando su cáliz abre en la mañana,
Lleno de perlas, húmeda la rosa
Del Sol la lumbre entibia la temprana
Lágrima de rocío en que rebosa.
Así la luz que arroja sobrehumana
Del semidiós la cabellera undosa
Los atónitos ojos le cautiva
Y el corazón convierte en llama viva.

CCXVIII

Dos estatuas dijéranse, clavadas
Ante el ara del Templo solitario.
Ya se lanzan de amor mutuas miradas,
Ya ven el pavimento del Santuario.
Con palabras, por fin, entrecortadas
Empieza su discurso extraordinario
La maga así: "De mi difícil arte
Los hechizos a usar, voy a enseñarte.

CCXIX

"Cuando para sembrar el Rey te entregue
Los que arrancó al dragón dientes fatales,
Aguardarás a que la noche llegue
Al medio de sus dos partes iguales;
Al río sin tardanza entrar te plegue
Y bañarte en sus límpidos cristales.
El baño al terminar, tu cuerpo enjuto
Con veste cubrirás de negro luto.

CCXX

"Un pozo cava, de redonda boca,
Lejos de todos, solo y sin ayuda.
Una cordera en su interior coloca,
Que sacrificarás entera y cruda.
Arda en la pira; y entre tanto invoca,
La miel libando que la abeja suda,
A Hécate la Unigénita, que madre
A Asteria llama y al gran Perses padre.

CCXXI

"Aléjate después de aquella pira,
Y aunque oigas a tu espalda, ya cencerros,
Ya pasos de un pastor que se retira,
O ya ladridos de voraces perros,
Ni un punto vuelvas hacia atrás la mira.
Cuando la Aurora luzca allá en los cerros
Disuelve en agua el condensado hechizo,
Dejándolo aceitoso y pegadizo.

CCXXII

"Vacía el frasco entre plegarias santas,
Y úngete con el bálsamo que vierte
Desde la coronilla hasta las plantas.
Verás como en otro hombre te convierte,
Que con tu sombra al enemigo espantas,
Y que tu brazo, invulnerable y fuerte,
Puede vencer, no sólo a tus iguales,
Sino a los mismos dioses inmortales.

CCXXIII

"Cuida, te ruego, que no falte nada
De cuanto el rito misterioso implica,
O nuestra empresa quedará frustrada.
Unge también tu ponderosa pica,
Unge tu escudo y tu flamante espada;
Y cuando brote la falange inica
Verás que toda lanza se despunta
Y cae al suelo la cornuda yunta.

CCXXIV

"No te figures que será el encanto
Eterno: durará tan sólo un día;
Pero su brevedad ningún espanto
Infunda a tu probada valentía.
Un breve instante más, escucha cuanto
Va a sugerirte la palabra mía.
Quizá te valga más este consejo
Que los hechizos que mezclados dejo.

CCXXV

"Vencida de los toros la bravura,
Cuando el inmenso campo hayas arado,
Abierto surcos en la tierra dura
Y los colmillos del dragón sembrado,
Al ver de los gigantes la estatura
Surgir del suelo en batallón armado,
Sin que te observen, una piedra enorme
Dispara oculto a la legión deforme.

CCXXVI

"Como de hambrientos perros la jauría
A que un cadáver de animal se arroja,
Así a los hijos de la Tierra pía
Verás que combatir se les antoja
Unos con otros por la piedra fría.
En sangre tú también la espada moja,
Y cuando el caso llegue, la matanza
Consuma con la punta de tu lanza.

CCXXVII

"Del campo ya conquistador y dueño,
Dueño serás del áureo Vellochino,
De transportarlo a Grecia el dulce sueño
Realidad haciendo tu destino.
Ve do te lleva el temerario empeño
Que impúsote el oráculo divino."
Su arenga entre sollozos interrumpe
Y en llanto copiosísimo prorrumpe.

CCXXVIII

Se le figura verlo entre las olas
Ir navegando de remotos mares,
Mientras ella por él suspira a solas,
Ya en el jardín de sus ingratos lares,
Deshojando azucenas y amapolas,
Ya de Hécate rezando en los altares.
No puede contenerse, y la derecha
Del Capitán, apasionada, estrecha.

CCXXIX

La interrumpida frase así reanuda:
“Si la Fortuna hasta tu patria, Aquea,
A regresar incólume te ayuda,
Acuérdate del nombre de Medea,
Que yo de ti me acordaré sin duda.
Dímelo, por favor: ¿A la isla Hayea,
'A Orcómeno tal vez irá tu barca?
¿Dónde es tu hogar? ¿De dónde eres **Monarca?**”

CCXXX

Amor, en tanto, artero se desliza
Y oculto en los cristales de su llanto
En el hijo de Esón el fuego atiza.
“Háblame —continúa— del quebranto
De esa beldad, que el cielo inmortaliza
Y cuya historia me interesa tanto
Porque es mi consanguínea. ¿Quién no sabe
Que hermana de mi padre es Pasifave?”

CCXXXI

Respóndele Jasón: "Yo te lo juro:
Ni la pálida estrella de la tarde,
Ni de la Luna el brillo claroscuro,
Ni el meridiano Sol, me harán, cobarde,
Dar al olvido tu renombre puro,
Aunque nuevos certámenes me guarde
Etas feroz tras el combate fiero
En que, merced a ti, vencer espero.

CCXXXII

"Previene tu pregunta mi deseo,
Y en cuanto conjeturas no te engañas.
Surge opulenta en territorio Aqueo
Vasta región de altísimas montañas.
El hijo de Japeto, Prometeo,
Engendró de esa sierra en las entrañas
Al pío Deucalión, que a las Deidades
Erigió templos y fundó ciudades.

CCXXXIII

"Si honró a los Dioses antes que ninguno,
También fué de los hombres rey primero.
Henonia apellidaron de consuno
Los habitantes a su reino entero.
Jolcos allí se eleva, grata a Juno,
Ciudad que como patria amo y venero.
Pero de la isla Hayea no te asombre
Que en ella ignoren existencia y nombre.

CCXXXIV

"Pero sí es fama que en edad lejana,
Dejando Minias las Henonias glebas,
Salió a fundar a Orcómeno, rayana
Del viejo Cadmo con la heroica Tebas.
¿Pero a qué hablarte de tu prima hermana,
Si no te puedo dar las gratas nuevas
De que, cual Minos abrazó a Teseo,
Así a tu padre entre mis brazos veo?"

CCXXXV

Ella responde a sus melosas frases
Con palabras equívocas e inquietas:
"Quizás en Grecia respetar las bases
De los contratos se usa. Pero en Etas
No encontrarás ninguna de las fases
Que en Minos brillan; ni a las dulces metas
Que Ariadne conquistó con sus amores
Puedo aspirar del Rey con los rencores.

CCXXXVI

"Basta que en Jolcos mi recuerdo amante
Conserve fiel tu agradecido pecho,
Que yo de ti me acordaré constante,
De mis progenitores a despecho;
Mas si me olvidas, en el mismo instante
Venga a avisarme en el paterno techo
El público rumor, barca velera
O rápida paloma mensajera.

CCXXXVII

"Mas no: mejor que ráfaga de viento
A mí por esos aires me arrebate
Hasta que en tu palacio tome asiento
Y dicha y nuevo hogar te desbarate,
Huésped ingrata y eternal tormento.
En cara te echaré que del combate
Saliste ileso y con honor y vida,
Gracias a la mujer que no te olvida."

CCXXXVIII

Doblegándose calla como palma
Que postra el vendaval. Jasón replica:
"Deja a los vientos reposar en calma
Y a la paloma el palomar indica.
Recobra, por piedad, la paz del alma
Si vinieres a Grecia y a la rica
Morada de mis padres, ¡oh, Señora!,
Te acogerán cual diosa protectora.

CCXXXIX

"Las madres, las esposas, que el regreso
Te deban de sus hijos y maridos
A Jolcos y al natal Peloponeso,
Te aclamarán con pechos conmovidos;
Y yo, en las redes de tu afecto preso,
Veré los votos de mi amor cumplidos,
Y mi mansión, mi cámara, mi suerte,
Compartiré contigo hasta la muerte."

CCXL

Su rostro al escucharlo se ilumina;
Pero de horror la virgen se estremece
Al ver delante crímenes y ruina.
¡Desventurada! El viaje que aborrece
Hará muy pronto. Juno lo maquina
Porque su saña contra Pelias crece,
Y Medea de Cólquide irá, necia,
Para vengarla a establecerse en Grecia.

CCXLI

La prolongada plática a una hora
Tan avanzada alarma a las doncellas,
Que esperan en silencio a su señora.
Formidan de su madre las querellas
Si vuelven al alcázar a deshora.
Ella aguardar quisiera las estrellas,
De su hermosura y de su voz pendiente,
Si Esónides no hablara así, prudente:

CCXLII

“Es hora que partamos: no al ocaso;
Al descender el Sol quizá la pista
Nos siga algún extraño, que a su paso
Pudiera sospechar nuestra entrevista.
Te volveré a buscar si no fracaso
Del Vellochino de oro en la conquista.”
Parte Jasón, y en la ancorada prora
Del *Argo* a sus amigos se incorpora.

CCXLIII

Cerca también su séquito a Medea;
Pero ella ni lo mira ni lo siente.
Sube al carruaje, empuña la correa
Y riendas al azar. Maquinalmente
A través de la Villa se pasea,
Las mulas arrastrándola inconsciente,
Y a palacio al llegar no oye a su hermana
Que por su prole en preguntar se afana.

CCXLIV

Sube a su cuarto. Las doradas sillas
Aparta. Un escabel junto a la cama
Pone; se sienta; apoya en las rodillas
Los codos de alabastro; que su fama
Van a manchar del mundo las hablillas
Llora al pensar. Y por la inicua trama
Que da contra su padre armas y aliento
La devora tenaz remordimiento.

CCXLV

Al recoger a Esónides la nave,
Con Argos y con Mopso el adivino,
En sí de gozo la legión no cabe.
Pero al mirar el frasco cristalino,
Si indignación disimular no sabe
Idas, que de los próceres sin tino
Se aparta, con el alma hecha pedazos
Viendo que le echan a Jasón los brazos.

CCXLVI

Llega la noche, que a buscar invita
El lecho a los intrépidos remeros.
Pero al rayar el alba se medita
En elegir dos nobles mensajeros
Que hagan al Rey heráldica visita.
Van Telamón, espejo de guerreros,
Y Etálides, modelo de elocuencia,
Del genitor Mercurio por herencia.

CCXLVII

Difícil no resulta la embajada.
Los dientes de la aónica serpiente
Piden a Etas, que en la tierra arada
Han de servir de mágica simiente.
Donárselos al Rey no desagrada.
Que le serán mortíferos presente
Al Argonauta, aunque al primer ataque
A los toros flamígeros aplaque.

CCXLVIII

Tras de la ninfa Europa, cuando vino
A Tebas Cadmo, de lejana tierra,
De Marte hasta el venero cristalino
Condújolo la idéntica becerra
Que a Apolo un tiempo señaló el camino.
El manantial del Numen de la guerra
Guardaba una serpiente formidable.
(Que sólo a Cadmo exterminar fué dable.)

CCXLIX

A las quijadas del dragón de Aonia
Los dientes arrancó la mano augusta
De la gentil divinidad Tritonia.
Unos al matador regaló justa
Y origen fueron de la raza Jonia,
Que al mismo Marte desafió robusta.
A Etas otra porción, y es la que entrega
A los heraldos para siembra y siega.

CCL

Por las montañas de Etiopía inculta
VeloZ desciende el Sol al Occidente;
Al mundo en negra obscuridad sepulta,
Para lucir mañana en el Oriente,
Dando la vuelta con carrera oculta
Bajo la tierra en su carroza ardiente.
Y sus corceles a su propio coche
Unce entre tanto la estrellada noche.

CCLI

Duermen los héroes; pero allá en el polo:
Cuando la Osa Mayor rauda declina,
A guisa de ladrón, que inspira el dolo,
Jasón con herramientas se encamina
A un prado al aire libre, pero solo,
Donde Argos ya llevó de la vecina
Cabaña, leche y una pingüe oveja
Que para el sacrificio se apareja.

CCLII

Con actitud devota y las rituales
Preces, sumerge en el sagrado río
Su cuerpo, al de los Dioses inmortales
Igual en suavidad y noble brío.
De Lemnos en la cámaras reales
Hipsipilea, al par que su albedrío,
La que va a revestir túnica oscura
En recuerdo le dió de su ventura.

CCLIII

Un hoyo excava con un codo de hondo,
De Medea según las instrucciones,
De poca anchura y de brocal redondo.
La víctima degüella; en los montones
De árida leña que hacinó en el fondo
La arroja entre piadosas libaciones.
Y mientras arde el expiatorio fuego,
A Hécate llama con ferviente ruego.

CCLIV

Se aleja el héroe. La tremenda Diosa
Oye la invocación en sus cavernas
Y acude al sacrificio presurosa.
Mil víboras se enroscan en las tiernas
Ramas o arrastran por la selva hojosa
Entre el fulgor de innúmeras lucernas,
Y perros mil de la infernal jauría
Ladran con espantosa algarabía.

CCLV

Retiemblan a su paso las praderas.
Sus danzas interrumpen y su canto
Las ninfas que custodian las riberas
De los lagos y ríos de Amaranto.
A mirar hacia atrás tales quimeras
No mueven a Jasón, ni ruido tanto.
Ya la nave al llegar, del Sol la lumbré
Asoma ya del Cáucaso en la cumbre.

CCLVI

Etas, en tanto, al pecho de gigante
Ajusta la coraza regalada
Por Marte mismo, que mató a Minante
Flegreo en la titánica jornada
Y la quitó al cadáver. Relumbrante
Casco se pone, que lucir le agrada.
Sus cuatro conos de oro refulgente
Despiden rayos como el Sol naciente.

CCLVII

Empuña ufano el ponderoso escudo
Que robustecen incontables pieles
De toros de alta raza. Nadie pudo
Romper ese milagro de broqueles.
Blande la enorme lanza, cuyo agudo
Hierro le conquistó sendos laureles.
Con tal guerrero competir en lides
Sólo pudiera el rezagado Alcides.

CCLVIII

Uncidos con doradas guarniciones
A su cuadriga de batalla tiene
Faetonte, su hijo, los bridones,
Y con vigor sus ímpetus contiene.
Empuña de las riendas los cordones
De oro el Monarca; y con la escolta viene
Gran multitud de próceres y mucha
Gente del pueblo al campo de la lucha.

CCLIX

Como al salir Neptuno de los mares
De los Istmicos juegos a la fiesta,
O al Tenaro, o de Onquesto a los pinares
Por la acuática Lerna, hasta la enhiesta
Hemonia roca, síguenlo a millares
Al bosque de Calauria o de Genesta,
Por contemplar su carro y sus corceles,
A Etas siguen así sus pueblos fieles.

CCLX

Como Medea aconsejado había,
Bien diluída la encantada goma,
En su armadura Esónides vacía
El elixir que guarda la redoma.
Su escudo con el líquido rocía.
Con él su espada nuevo temple toma.
Su lanza, desde el cabo hasta la punta,
Hace inmortal el bálsamo que le unta.

CCLXI

Prueban las armas por Jasón ungidas
Y es de los héroes impotente el brazo.
'Ardiendo en ira, el Afareo Idas
Sobre la pica asesta atroz sablazo
Do la madera y punta van unidas.
El duro sable salta de rechazo,
Como martillo de forzado herrero
Sobre vigornia de templado acero.

CCLXII

Aplauso atronador al roto sable
Saluda, que victoria pronostica.
Con la loción que lo hace invulnerable
Esónides no bien se purifica,
Cuando una intrepidez le entra inefable
Que, hinchándole las venas, centuplica
Las fuerzas de sus manos, y siniestra
Sed de luchar lo empuja a la palestra.

CCLXIII

A semejanza del corcel de guerra,
Que ni la espuela aguarda del jinete,
Con sus relinchos al contrario aterra,
Y sin que rienda o freno lo sujete
Con la pesuña audaz bate la tierra
Y antes de tiempo impávido acomete,
Alta la oreja y elevado el cuello,
Así es Jasón, en su impaciencia bello.

CCLXIV

Cuando de fresno con su pica larga
Inquieto a saltos la ribera mide,
O vibra en varia dirección su adarga
Que vívidos relámpagos despide,
Rayo parece, que veloz descarga
Nube invernal; y Júpiter no impide
Que vague amedrentando a los mortales
De Fasis en los verdes matorrales.

CCLXV

No aguarda mucho la legión, que activa
Ancoras leva; en orden de batalla
Remando alineada río arriba,
Frente al campo de Marte presto se halla.
Atraca diestra, y prolongado ¡viva!
Entre la audaz tripulación estalla
Al ver desembarcar a su Caudillo.
¡Al Sol ofusca de su escudo el brillo!

CCLXVI

Poco de la Ciudad el llano dista.
En la época de regios funerales
Al diámetro equivale de la pista
En que giran los carros imperiales.
Cólquide entera, desde el alba lista,
Del Cáucaso vecino en los breñales
Está la multitud, y en las mesetas,
Junto al río, se eleva el trono de Etas

CCLXVII

Jasón avanza precavido y mudo;
Del tahalí la espada va pendiente;
Esgrime con placer lanza y escudo;
Dentro del casco lleva, cual simiente,
Los dientes de la sierpe. Su desnudo
Cuerpo, con el hechizo reluciente,
A Apolo flechador semeja en parte;
En fuerza y majestad parece Marte.

CCLXVIII

Gira en redor. De súbito tropieza
Con el yugo de bronce y el arado,
De sólido adamante de una pieza.
Clava en tierra su lanza, a que apoyado
Deja su casco. Libre la cabeza,
Sigue, tan sólo del broquel armado,
Las huellas de la yunta, que, instantánea,
Surge de su guarida subterránea.

CCLXIX

Llamas echando por nariz y boca,
Asaltan entre fétida humareda
Los toros a Jasón, que se coloca
Firme sobre las piernas, sin que pueda
El ímpetu doblarlo, como roca
Que ante el airado mar inmóvil queda.
Tiemblan los héroes al mirar la carga;
Despúntanse los cuernos en la adarga.

CCLXX

Como en el horno de fundir metales
A llama que una ráfaga de viento
Casi apagó, de expertos oficiales
El largo fuelle da mayor aliento,
Así los descornados animales
Fuego al tornar respiran tan violento,
Que tempestad de rayos más parece,
Y su mugir los montes estremece.

CCLXXI

Queda Jasón envuelto en una hoguera;
Mas de la maga el eficaz hechizo
Su invulnerable cuerpo refrigera.
Por la raíz del cuerno quebradizo
Ase a uno de los toros, de manera
Que hasta el arado de metal macizo
Lo arrastra como tímido cordero,
Sin que librarlo pueda el compañero.

CCLXXII

En actitud hostil éste se arrima;
Jasón del mismo modo lo asegura,
Y de su pie de bronce pone encima
Su propia planta, más que el bronce dura,
Sin que ninguno de doblar se exima
Al yugo férreo la cerviz madura.
Los unce el héroe y, aguijón en mano,
Se apresta, a arar el espacioso llano.

CCLXXIII

Los que a prestarle ayuda en sus anhelos
De preparar el desusado avío
Desembarcaron, ínclitos gemelos
Cástor y Pólux, vuelven al navío.
El fuerte escudo que arrojó a los suelos
Cuelga del hombro izquierdo; alza con brío
Su lanza colosal, que airoso esgrime,
Y con el yelmo su cabeza oprime.

CCLXXIV

Tamaña robustez a Etas sorprende.
Los toros recalcitran; se derrumba
El monte; el fuego en su nariz se enciende
Y como trueno su mugir retumba.
Es su respiración, que al cielo asciende,
El huracán que entre las velas zumba.
Jasón, como piloto al gobernarle,
Les hace abrir entre las glebas calle.

CCLXXV

Al peso del arado adamantino
Añade peso de Jasón la planta.
Con la velocidad del torbellino
Desgarrando la tierra se adelanta.
Arrolla cuanto encuentra en su camino.
Piedras y troncos y árboles quebranta.
Que zanja el sembrador cualquiera piensa
No surcos, sino fosos de defensa.

CCLXXVI

Cual labrador pelásgico, la yunta
De toros con la pica aguijonea.
Vuelta hacia abajo la dorada punta
Del casco, que sostiene la correa,
Los dientes del dragón (de la presunta
Gigantesca terrígena ralea
Aborrecido germen) va sacando
Y en la tierra prolífica sembrando.

IX

No de otra suerte la gentil Princesa
Su alcázar abandona a todo trance.
Salas y galerías atraviesa
Sin que nadie la estorbe ni la alcance.
Con la mágica ciencia que profesa
Manda a todas las puertas, a su avance,
Espontáneas girar sobre sus gonces
Sin que resuenen mármoles ni bronces.

X

Descalzo el pie, con el mantón de modo
Que le cubra la frente y la mejilla,
Camina de las calles entre el lodo,
La túnica al nivel de la rodilla.
Como toda hechicera, no hay recodo
Que no conozca en la poblada Villa,
Cifrando esas mujeres sus afanes
En raíces, cadáveres y canes.

XI

Al conocido templo se dirige
De Hécate, su Deidad y su patrona.
Ninguno ve la pena que la aflige
Y nadie reconoce su persona.
Ni el centinela contraseña exige.
Pero en el cielo, la hija de Latona,
Que empieza a iluminar la tierra fría,
La ve, y exclama así con ironía:

XII

“Ya no se atreverán a echarme en cara
Por el bello Endimión mi pasión tierna,
Ni a murmurar porque mi carro pára
En Latmio, frente a plácida caverna.
¡Cuántas veces mi luz, brillante y clara,
Vino a ofuscar tu mágica linterna,
Porque una oscura noche preferías
Para tus tenebrosas brujerías!

XIII

"El campo te cedí, de mi ventura
Corriendo en pos, merced a tus ardides.
Buscando vas idéntica aventura
Y a abandonar tu patria te decides.
El Numen que derrama la amargura,
Sin duda, entre sus nobles adalides
Ha escogido a Jasón, por quien pereces,
Para darte la suerte que mereces."

XIV

La enamorada Luna, que aun no llena,
Así en el alto cielo habla consigo.
La maga, espoleada por su pena,
Buscando corre en el bajel amigo
Remedio a la pasión que la enajena
Y a su terror hospitalario abrigo.
Al acercarse al Fasis, ve que brilla
Lumbre de hogueras en la opuesta orilla.

XV

Los fuegos son que el regocijo inmenso
Encendió de los héroes triunfantes.
Toda la noche su fulgor intenso
Iluminó sus pálidos semblantes.
Del otro lado llega el humo denso
Del Haya hasta los tristes habitantes.
Medea ve la nave; pero queda
Oculta su persona en la humareda.

XVI

Distingue de los vástagos de Frijol
Entre los nautas la gigante sombra,
Y con aguda voz al último hijo
Llama, y a Frontis por tres veces nombra.
No se interrumpe el fausto regocijo;
Pero tal grito a la legión asombra,
Y a Frontis y a Jasón se les figura
Reconocer su mágica dulzura.

XVII

'Al triple grito de dolor supremo
Tríplice voz de aliento Frontis manda,
En tanto que la nave a todo remo
Se esfuerza por cruzar a la otra banda.
Aun no ha atracado a tierra, y del extremo
De la cubierta a la ribera blanda
Salta Jasón con atrevido brinco.
Argos y Frontis siguen con ahinco.

XVIII

Ante los tres se postra la infelice.
Abraza sus rodillas dolorida.
“Buenos amigos, amparadme —dice—
Salvando vuestras vidas con mi vida.
El Rey, inexorable, nos maldice;
Étas todo lo sabe; fuí vendida.
En el bajel está nuestra esperanza.
¡Ay si con sus jinetes nos alcanza!

XIX

"La nave aparejad. El Vellochino
De oro, por que venís, prometo daros.
De ese dragón que vela de continuo
Yo cerraré los ojos, siempre claros;
Pero antes tú, guerrero peregrino,
Delante de tus próceres preclaros,
Has de ratificar el juramento
Que me hiciste en fatídico momento.

XX

"Júrame por tus dioses tutelares
Que cuando me halle en tu poder sumisa,
Siguiéndote por tierras y por mares,
De prisionera o de cautiva a guisa,
Sin padres, sin parientes y sin lares,
Será el honor nuestra única divisa,
Y nada harás que pueda de una dama
Manchar el nombre o empañar la fama."

XXI

La súplica impregnada de tristeza
Al terminar, del suelo la levanta
Jasón con exquisita gentileza.
Los brazos en redor de su garganta
Echa respetüoso, y esta empieza
Deprecación veraz y sacrosanta:
"De Júpiter apelo al testimonio
Y de Juno, que ordena el matrimonio.

XXII

"Señora: Del Olimpo al soberano
Con su consorte llamo por testigo
De que a tratarte sólo como hermano
A bordo de mi nave yo me obligo.
De esposo fiel te ofreceré mi mano
Si logro a Grecia navegar contigo,
Y de Jasón legítima consorte
Te aclamarán mi pueblo y mi cohorte."

XXIII

Así diciendo, tiende su derecha
A la doncella, cuya diestra pura
La mano de Jasón, tímida, estrecha.
Ella al sagrado bosque con premura
Quiere llegar, y ver si se aprovecha
Para hurtar el Vellón la noche obscura,
Y antes de amanecer dentro la barca
Tenerlo ya, a despecho del Monarca.

XXIV

“Sin descanso bogar”, es la consigna
Que dar a los perínclitos remeros
La prometida de Jasón se digna.
Del dicho al hecho pasan tan ligeros,
Que apenas ha embarcado la maligna
Maga, los esforzados marineros,
Luchando con la rápida corriente,
Se alejan de la orilla velozmente.

XXV

Cuando leván el áncora, un instante
De la Princesa el corazón flaquea.
Hacia la tierra mira vacilante,
Las manos restregándose, Medea.
A seguir impertérrita adelante
Dulcemente Jasón la aguijonea,
Y los temores que devoran su alma
Con sus palabras cariñosas calma.

XXVI

Es la hora en que los buenos cazadores
Destierran de sus párpados el sueño,
Confiados en los galgos corredores;
Velan por los que velan por su dueño,
Y en que no los sorprendan los albores
De la aurora gentil tienen empeño.
Borra su luz del jabalí las huellas
Y el olor desvanecen las estrellas.

XXVII

Esónides a esa hora determina
Saltar a tierra con la augusta dama
En un lugar en que la hierba fina
Alcanza, al par que la mullida grama,
Tal espesor, que el pueblo denomina
Aquel paraje "*del carnero cama*",
Porque es allí donde se echó primero
A' reposar el volador carnero.

XXVIII

Llevaba aún al hijo de Atamante,
Y el triste Frijo, al desmontar rendido,
A Júpiter, patrón del caminante,
Edificó un altar, agradecido.
Se puede contemplar, no muy distante,
El pedestal, que el humo ha ennegrecido,
De aquel prodigio de oro reluciente
Que hizo inmolar Mercurio reverente.

XXIX

Este es el sitio que a la nave marca
Para que atraque de Argos la pericia.
Apenas la pareja desembarca
Sigue, buscando la ocasión propicia,
Senda desconocida en la comarca,
De que la maga audaz tiene noticia
Y que conduce al colosal encino
De donde cuelga el áureo Vellocino.

XXX

¡ Con qué fulgor aquella piel esplende !
Parece blanca nube de verano
Que el matutino Sol tiñe y enciende.
De súbito, estridente, sobrehumano
Silbo fenomenal los aires hiende,
Que retumba en el Cáucaso lejano
Y desde el pie lo mueve hasta la cumbre,
Sembrando por doquier la incertidumbre.

XXXI

Es el dragón, cuya pupila fosca
En sus ojos sin fin, siempre despierta,
Descubre a la pareja que se embosca,
Y terrífico da la voz de alerta.
Ya alarga el cuello, ya la cola enrosca,
Con escamas innúmeras cubierta,
Y el que lanza feroz, grito iracundo,
Conmueve a la ciudad y a todo el mundo.

XXXII

Del Fasis ambas márgenes agita;
Lleva el sonido su veloz corriente
Adonde el Lico a Cólquide limita.
Alcanza a do se junta su afluente
El Araxo, y con él se precipita
Hundiendo entrambos la sagrada frente
Del ancho mar en las cavernas hondas,
Cual montes elevándose sus ondas.

XXXIII

En el bosque de Marte y en la Villa
El pánico es mayor y el cataclismo.
El hombre fuerte dobla la rodilla,
Creyendo que a sus pies se abre el abismo..
La joven madre envuelve en su mantilla
A su recién nacido, que en el mismo
Lecho reposa, y hora ve convulso
Perder la sangre y el calor y el pulso.

XXXIV

¿Visteis en bosque de incendiados pinos-
Salir el humo en densas espirales
Y de los troncos de árboles vecinos
Subir al par en ondas colosales
Que, mezclándose en negros remolinos,
Disípanse en el éter desiguales,
Sin que jamás la incinerada selva
A recobrar su florescencia vuelva? .

XXXV

No de otra suerte el que enroscado vela
Sobre la encina consagrada a Marte
Fiero dragón, a fuer de centinela
Parapetado en alto baluarte,
De todo teme, una traición recela.
Vuelve sus ojos a una y otra parte.
Ya sus inmensos círculos retuerce,
Ya alarga la cabeza y se destuerce.

XXXVI

La maga ante sus ojos se coloca.
Su dulce voz espera que lo ablande.
Con cánticos armónicos invoca
Al Sueño, dios entre los dioses grande,
Para que paralice su honda boca
Y alto sopor a sus pupilas mande;
Y a la nocturna vagabunda acude,
Reina del Orco, a que también le ayude

XXXVII

Jasón la sigue; mas su pie vacila
Como su corazón. Pronto el encanto
Surte su efecto, y del dragón oscila
El flexible espinazo con el canto.
De círculos sin número la fila
Se va alargando rápida entre tanto,
Hasta que todo al fin se desenreda,
Cubriendo muchas leguas de arboleda.

XXXVIII

A la ola gigantesca semejante
Que en el piélago surge, y mar afuera
Rodando va, y arrasa en un instante
El litoral y la comarca entera,
'A poco retrocede vacilante
Secos dejando campos y ribera,
En el nativo ponto se adormece
Y al fin espejo límpido parece,

XXXIX

Así el dragón; mas su furor no apaga
El que lo abate insólito letargo,
Y con abiertas fauces a la maga
Quiere engullir y al capitán del *Argo*.
Corta la virgen con flamante daga
De floreciente enebro un ramo largo,
Que cuidadosa mira hoja tras hoja
Y en narcótica droga empapa y moja.

XL

De mágico cantar al eco blando
El centenar de párpados rocía,
Que uno del otro en pos se van cerrando
Y una sobre otra cae la seca encía.
Del tósigo que aduerme, acá, al infando
Monstruo llena el olor la selva umbría,
Y con el jugo, precavida, baña
Medea la cabeza a la alimaña.

XLI

Manda a Jasón que al encantado encino
Trepe ligero, mientras ella vela,
Ungiéndole la frente de contino,
El sueño del dormido centinela.
Esónides el áureo Vellochino
Descuelga audaz, y hacia la nave vuela.
Apenas llega a bordo, también parte
Ella del bosque lóbrego de Marte.

XLII

Cuando la luna llena desde el cielo
Acierta a penetrar por la ventana
Del aposento en donde el tenue velo
Y túnica sutil de blanca lana,
Frutos de su trabajo y su desvelo,
Luce la desposada, y mira ufana
Que aquella luz, ya clara, ya rojiza,
Su vestido nupcial tiñe y matiza,

XLIII

Así Jasón, llevando se divierte
La ponderosa piel de oro radiante,
Que parece doblar su brazo fuerte,
Que le alumbra el camino por delante
Y en sus mejillas sonrosadas vierte
Y en su frente una luz pura y brillante.
De oveja no, de ciervo es su tamaño,
O de becerro que ha cumplido el año.

XLIV

Su dorso es de oro puro, y cae su lana,
Como trenzas de fúlgidos cabellos,
Cuelga de su hombro izquierdo, y lo engalana,
Cual manto, hasta los pies, con sus destellos.
Que a algún hombre o un dios venga la gana
De robar a un mortal dones tan bellos
Turbando mil temores al Caudillo,
Dobra la piel para ocultar el brillo.

XLV

Cuando a los Argonautas se incorpora
Medea tras Esónides, la orilla
Empieza suave a iluminar la aurora.
A ver la piel que como el rayo brilla
De Júpiter acude bullidora
La juventud que el prócer acaudilla.
Cada uno hacia el metal la mano tiende
Y aquel prodigio acariciar pretende.

XLVI

Prohíbelo Jasón, y en fina ropa
Recién tejida envuelve su presea.
A la cubierta llévala de popa.
A celebrar unánime asamblea
Invita luego a su gallarda tropa.
Preside majestuoso con Medea.
Y así les dice: "Amigos, la partida
A Grecia no hay obstáculo que impida.

XLVII

“La que nos hizo desafiar los mares
Y peligros sin fin, audaz empresa,
Merced a los afanes singulares
De la que veis espléndida Princesa,
Cumplida está. Conmigo, hasta mis lares,
Ella también el piélago atraviesa.
Para marido a vuestro Jefe elige:
La gratitud que la salvéis exige.

XLVIII

”Temo, no sin razón, que si Etas nota
Que con nosotros en el *Argo* embarca
Y logra averiguar nuestra derrota,
Impedirán que salga nuestra barca
Del Fasis con su ejército y su flota.
No sea, pues, en precauciones parca
La gente ni un instante. Los remeros
Por turno han de luchar como guerreros.

XLIX

"Mientras una mitad al remo acude,
La otra mitad embrace sus broqueles,
Y cada cual a su vecino escude
Con su rodela, de robustas pieles.
En vuestra mano está que nos salude
Grecia al volver cubiertos de laureles
O que maldiga y llore la ignominia
De los marinos de la nave Minia."

L

Entre entusiastas vítores, la cota
De malla ciñe y fina cimitarra
La desenvaina, y de un fendiente rota
Deja en la popa del bajel la amarra.
Pone a la virgen cerca de la escota.
Anceo cuida del timón la barra,
Y entre los dos, perpetuo centinela,
El vástago de Esón por ambos vela.

LI

En tanto que camina a todo remo
Río abajo la nave fugitiva,
Violento acceso de furor supremo
A Etas asalta y de razón lo priva.
El y los Colquios saben ya a qué extremo
Condujo insana su pasión tan viva
Por el extraño huésped a Medea,
Y el Rey convoca a pública asamblea.

LII

En la plaza vastísima, de punta
En blanco armados, Rey y ciudadanos
Acuden presurosos a la junta
Cual ondas que hacia el fin de los veranos,
Cuando en el mar borrasca se barrunta,
Ruedan sobre la playa en copos canos,
O cual las hojas secas que aglomera
El otoño en el bosque o la pradera.

LIII

¿Quién acertó a contarlas? Ese cuente
La multitud que de uno y otro lado
Del Fasis se desborda cual torrente.
Entre la turba resplandece armado
Etas en su cuadriga reluciente.
Va Absirto manejando a su costado
De los corceles rápidos la rienda,
Que el Sol le regaló, de amor en prenda.

LIV

Su redondo broquel el Rey embraza.
De pino resinoso roja tea
Esgrime con la diestra en vez de maza..
Enfrente está su lanza de pelea;
Mas ¡ay!, en vano quiere darle caza.
La nave en que se aleja su Medea
Salió a la mar, y apenas se divisa,
Rauda volando en alas de la brisa.

LV

Del Fasis al llegar a la ancha boca
Alza las manos, pára sus bridones
Y a Júpiter y al Sol el Rey invoca
Y llama a presenciar tantas traiciones.
Frente a la turba luego se coloca,
Y amenazas sin fin e imprecaciones
Contra su reino furibundo lanza
Si no le ayuda en su feroz venganza.

LVI

Ya esté ancorada en abrigado puerto,
O ya bogando con hinchada lona
Vaya la nave por el mar abierto,
Hay que salvar de su hija la persona
Y al seductor llevarle vivo o muerto.
Si no, de su justicia y su corona
El peso sentirá, temprano o tarde,
Esa generación baja y cobarde.

LVII

Tal amenaza a la nación entera
Hace correr del Fasis a la orilla,
Y en un día no más bota y apera
Y saca al mar espléndida escuadrilla.
Ver tanta barca sólida y velera
Surcar el ponto a todos maravilla.
Parece más una bandada de aves
Que no una flota de veloces naves.

LVIII

El *Argo* por el reino de Neptuno
Sobre las ondas, más que boga, vuela
Merced al fuerte viento que, oportuno,
Empuja sin cesar la hinchada vela.
Lo hacen soplar los ímpetus de Juno,
Que del Rey Pelias por vengarse anhela
Y quiere que hasta Grecia desde el Haya
La augusta maga en un momento vaya.

LIX

Tan rauda marcha, que al tercero día
El litoral de Paflagonia toca.
En el lugar do la corriente fría
Del Halis en el ponto desemboca;
Manda atracar Medea, a fuer de pía
Sacerdotisa que a su Diosa evoca
Y quiere mantener siempre propicio
Su numen con incienso y sacrificio

LX

Los que para aplacar a la tremenda
Hécate formuló ritos y preces
Ni yo supe jamás ni hay quien entienda.
Lo misterioso a revelar no empieces,
Musa; pon a tus labios una venda.
Pero aun hoy día puede cuantas veces
Quiera el viajero visitar el ara
Y el templo que la maga edificara.

LXI

Esónides la tierra apenas pisa ;
Recuerda que hizo el ciego de otra ruta
Para el retorno indicación precisa.
Que así vaticinó nadie disputa ;
Pero convienen que dejó indecisa
Toda derrota su palabra astuta.
Argos, que ha tiempo por los mares boga,
Responde así a Jasón, que lo interroga :

LXII

“La proa enderecemos desde luego
A Orcómeno; verídica lo indica
La predicción de vuestro vate ciego.
Hay más arriba una región muy rica ;
Un río navegable le da riego :
Que lo sigáis, su dicho significa
Débense sus noticias, nada nuevas,
A sacerdotes de la antigua Tebas,

LXIII

"De las que giran por el ancho cielo
Entonces no brillaba estrella alguna,
Ni iluminaba de la noche el hielo
La suave luz de la argentada luna.
Aún ocultaba impenetrable velo
De los Danaos la sagrada cuna.
Sólo de Arcadia en la montaña ignota
Comía, raza bárbara, bellota.

LXIV

"De Deucalión la ilustre dinastía
En la tierra Pelasga aún no reinaba.
Egipto entre misterios florecía,
Comarca de la aurora se llamaba
Y del linaje humano madre pía;
Aunque sus lluvias Júpiter negaba,
El gran río Tritón, que aun hoy la inunda,
Se desbordaba, haciéndola fecunda.

LXV

"Cuenta la tradición que de allí vino
Acaudillando innúmeras falanges
Un rey de alto valor y mayor tino,
Que el Asia toda recorrió hasta el Ganges
Y Europa más allá del mar Euxino.
Confiado en su estrategia y sus alfanjes,
Fundar estados y ciudades supo,
A que diversa suerte y vida cupo.

LXVI

"De unas no quedan ya ni los cimientos.
Otras, del tiempo la guadaña a raya
Teniendo, población y monumentos
Conservan con afán. En atalaya
Dos obeliscos hay, de arte portentos,
En la que aquél fundó ciudad del Haya,
Con imágenes, mapas e inscripciones
De las que recorrió vastas regiones.

LXVII

"El agudo buril con estupenda
Arte y exactitud grabó fecundo
Límites y fronteras, cada senda,
Cada vía en la tierra y mar profundo.
Quien lo conozca, sin temor emprenda
El fácil viaje por el ancho mundo.
En un rincón del piélago bravío
Se ve desembocar un largo río.

LXVIII

"Es ancho y hondo, tanto, que semeja
Brazo de mar, que naves de alto porte
Subir sin riesgo por sus aguas deja.
Uno es su cauce; pero más al Norte
Bóreas sus fuentes una de otra aleja
Y a su corriente da múltiple corte.
Por uno sale al más lejano cuerno
Que agudo forma nuestro mar interno.

LXIX

"Por otro rumbo su caudal desvía
Y hace salir al golfo prolongado
Que cierra la Sicilia al Mediodía.
Con vuestro Jonio mar está ligado
Y os abre a vuestra patria fácil vía;
Volcanes hay por uno y otro lado.
Apellidaron al mayor Vesubio.
Al río llaman Ister o Danubio."

LXX

Así habla. Que es el Ister su camino
Indicales portento soberano.
Por las bocas entrar del mar Euxino,
Por las bocas salir del mar Sicano.
Así lo manda el ángulo argentino
Que con estrellas dibujó la mano
De Juno en el sereno firmamento,
Y acogen todos llenos de contento.

LXXI

No ocultan los marinos su alegría
El hijo augusto al entregar a Lico,
Que hasta Cólquide fué en su compañía;
Ni Carambín ni el Paflagonio pico
Segunda vez mirar alguno ansía.
Derechos van al territorio rico
Que el Ister baña. Los empuja el Noto,
La milagrosa luz guiando al piloto.

LXXII

De Cólquide divídese la flota
En doble escuadra que a Jasón persigue;
Por las rocas Cianeas su derrota,
Sin darle caza, la primera sigue.
Del Ponto va a la orilla más remota
La otra, y al Ister arribar consigue
Antes que el *Argo* se aperciba de ella
Por la barra que llaman *Boca Bella*

LXXIII

Del río colosal cierra la entrada
Isla feraz, de triangular figura.
Su fino cuello y punta prolongada
En el cauce penetran con holgura.
En el frente que mira a la ensenada
Por millas hay que calcular su anchura.
Firme entre dos canales se coloca:
La Boca Bella y la Narecia Boca.

LXXIV

Por la primera, que es la más cercana,
La armada de que Absirto es almirante
Entra veloz y gran ventaja gana.
Aunque salió después, marcha delante,
Porque el *Argo* escogió la más lejana.
De calado mayor, aunque distante,
La flota de los Colquios, más ligera,
Lleva siempre a Jasón la delantera.

LXXV

Al ver las naves huyen asustados
A esconderse en el bosque los pastores,
Dejando en las praderas los ganados.
Monstruos se les figuran destructores
Que acabarán con reses y sembrados.
Nunca los primitivos pobladores
Escitas o de Tracia y en Laurio
Los que hoy habitan, vieron un navío.

LXXVI

Los Colquios, sin parar, siguen de frente
Río arriba remando. El monte Anguro
Dejan atrás y el promontorio ingente
De Caulia, que divide como muro,
En dos brazos, del Ister la corriente.
Río abajo bogar es menos duro,
Y saliendo al Adriático la armada,
Corta al Minio bajel la retirada

LXXVII

De Absirto allí la vigilancia crece.
Un grupo de islas hay en la bahía
Que puntos estratégicos ofrece
Al que asaltar o defenderse ansía.
A todas el ejército guarnece;
Sólo de dos islotes se desvía
Por reverencia a Diana, de Latona
Y de Júpiter hija, su patrona.

LXXVIII

Las islas son que llámanse Brigeas.
En una se venera el santuario
De Diana, con espléndidas preseas.
En la otra dan refugio hospitalario
A los héroes sus rocas gigantes
Contra el audaz ejército contrario.
Y apenas llega el *Argo*, allí se agrupan.
Fuertes los Colquios, las demás ocupan.

LXXIX

Crítico instante es éste para el Minio.
Del Salangón a la región Nestida
Todo de Absirto está bajo el dominio.
¡Del número mayor es la partida!
Para evitar la muerte y exterminio
De un bando u otro en lucha fraticida,
Un tratado de paz celebran juntos,
De que éstos son los principales puntos:

LXXX

Al Capitán de la falange griega
En hacer del dorado Vellochino
La que solicitó, solemne entrega,
Saliendo vencedor, Etas convino.
Lo que el Rey prometió ninguno niega;
Siga con él tranquilo su camino.
Si lo ganó con armas o con dolo
Al que lo ha conquistado importa sólo.

LXXXI

Con otros ojos miran a Medea.
La lucha, en realidad, es por su hermana.
Absirto quiere que entregada sea
A la sacerdotisa de Diana
Hasta que el tribunal de reyes vea
Su causa, y la justicia soberana
Si a su padre ha de ser restituída
O con los héroes proseguir decida.

LXXXII

Llega al oído de la maga en parte
La que se está fraguando negra trama.
El corazón de angustia se le parte,
Y desatentada al jefe llama.
Lejos de los demás con él departe;
Y a solas, ya su cólera derrama,
Ya con sollozos se interrumpe débil,
Y al fin su pena así desfoga flébil:

LXXXIII

“¡Hijo de Esón! ¡Qué pronto la memoria
Se borra de los grandes beneficios!
¿Te basta un rayo efímero de gloria
Para olvidar mi amor y sacrificios?
¡Cuán otro aquella noche perentoria
En que mi intervención y mis servicios
Solicitabas de rodillas, antes
De tu lucha con toros y gigantes!

LXXXIV

”¿Adónde tu solemne juramento
Por Júpiter, patrono del que implora
Mercedes, se llevó maligno viento?
¿Adónde tu promesa seductora?
¿Adónde fué la miel de aquel acento
Que mi decoro de gentil señora
Me hizo olvidar, y alcázares y honores,
Padres y patria y regios esplendores?

LXXXV

"Aquí me tienes, como alción marino
Que a caza de algún pez los mares mide,
Posada en mástil de flotante pino.
Que de cuanto ha adorado se despide
Por conquistarte el áureo Vellochino,
Para que infiel tu corazón olvide
Que sin mis prendas y mi ciencia rara
El insomne dragón aun hoy velara.

LXXXVI

"Los que únenme contigo, íntimos lazos,
De hija, de hermana y prometida esposa,
¿Podrá la ingratitud hacer pedazos?
Del tribunal que amenazarnos osa
No me abandones en los regios brazos.
Si de enemigo juez sentencia odiosa
A volver a mi padre me condena,
Muerte me aguarda o infernal cadena..

LXXXVII

"Sé tú mi defensor. La ley te ampara;
Te obligan el honor y la justicia,
El crimen a los dos nos equipara.
De entrambos es el yerro o la impericia.
Si no, mi cuello de una vez separa
Del tronco. Así castiga mi estulticia.
Si el galardón me da tu propio acero
De mi ardiente pasión, contenta muero.

LXXXVIII

"¡Morir! ¿Bajar al Tártaro profundo
Yo sola, o afrontar de un rey tirano
Y cruel genitor el iracundo
Semblante, mientras tú vuelves ufano
Con el laurel de vencedor del mundo?
No lo permita, no, del soberano
Júpiter la consorte bienhechora,
Que dices ser tu diosa protectora.

LXXXIX

"Torna a la patria, sí; pero agobiado
Por penas y recuerdos de mis males.
Trague el Averno tu Vellón dorado
Y olvídenlo cual sueño los mortales.
Vayan doquier que fueres a tu lado
Vengándome las Furias infernales.
Tendrá mi maldición su cumplimiento;
Lo exige tu violado juramento.

XC

"Haced mofa de mí. No será largo
El tiempo que gocéis de vuestra alianza."
La voz le apaga su rencor amargo.
Quemar la nave quiere en su venganza
Y entre las llamas perecer del *Argo*.
Esónides, con miedo y desconfianza,
Así responde: "Cálmate, ¡oh Princesa!
Cuanto ha pasado a mí también me pesa.

XCI

"Dura necesidad a hacer el pacto
Que tanto te enfurece nos obliga.
Muy pocos somos, y al primer contacto
Nos cercará la audaz nube enemiga,
Mandándonos al Tártaro en el acto.
¿Cuál tu suerte será, mi dulce amiga?
Volver cautiva a la paterna corte
O sin gloria morir con mi cohorte.

XCII

"El pacto es un ardid para salvarte.
No es tratado de paz, es tregua sólo
Para que ejerzas de tu magia el arte.
A falta de estrategia, impere el dolo.
Ya que su protección nos niega Marte,
Haz que nos salven Hécate y Apolo.
Marañas en urdir eres perita:
A Absirto el modo de perder medita.

XCIII

"Pueblan el litoral tribus serviles.
Creen a tu hermano capitán experto
Y a nosotros y a ti muéstranse hostiles;
Pero una vez el Almirante muerto,
A mi cohorte se unirán por miles,
Y en emboscada, o bien en campo abierto,
Combatiré yo mismo con ventaja
Si el enemigo el paso nos ataja."

XCIV

Estrepitosa réplica provoca
Del Capitán la conciliante arenga.
"Contra loca agresión, defensa loca.
Presente esta verdad tu pecho tenga.
A ti librarme de los Colquios toca
Y yo haré a Absirto que a entregarse venga.
—Dice la maga—; tú los ricos dones
Le ofrecerás, que ablandan corazones.

XCV

”Si quien tramó la red tan complicada
Para hurtar el Vellón y el plan tan vario
• Merece tu confianza ilimitada,
Manda a mi hermano algún parlamentario
Que con hábil palabra lo persuada
A venir a mi estancia solitario.
Armas yo te daré con que asesines
A tu rival. ¿Secundarás mis fines?”

XCVI

¡Qué red sutil de engaños y traiciones
Se tiende en esta inicua conferencia
Al jefe de los Colquios escuadrones!
De sagrada amistad bajo apariencia
Se han preparado hospitalarios dones,
Regalo de los Númenes o herencia,
Y túnica de púrpura le ofrece
Jasón, que como un astro resplandece.

XCVII

Con sus dedos de rosa las tres Gracias
Lo tejieron en la ínsula de Día
Para Dioniso. En las riberas Tracias
A Toante, su hijo, la cedía
Baco gentil. Después de sus desgracias
En Lemnos lo guardó la reina pía
Y allí donó la espléndida presea
A Esónides la tierna Hipsipilea.

XCVIII

Portábala feliz Baco divino
Cuando cayó vencido por el sueño
Que causa aún a los Númenes el vino,
Y olor de suavidad le dió su dueño.
Que aun hoy exhala el peplo purpurino
Y de Ariadne recuerda el vano empeño
Con que de Cnoso a la lejana Día
A Teseo ingratísimo seguía.

IC

La astuta maga, sin perder momento,
Con los embajadores se apersona
Que con Absirto van a parlamento
Y a lo que han de decir los alecciona:
Venirse con Jasón no fué su intento;
A Cólquide tornar sólo ambiciona.
Los vástagos de Frijo —bien lo sabe—
Por fuerza la trajeron a la nave.

C

Conforme a lo pactado, ya de Diana
Llora frente al altar su desventura.
A visitar a tu cautiva hermana
Ven al abrigo de la noche oscura.
Juntos, será la vigilancia vana
Del Griego y tramaréis hábil conjura
Para robar el Vellochino de oro
Y devolver al Haya su tesoro.

CI

Mientras así de hipócritas mensajes
De los heraldos la barquilla carga,
Mágicos filtros, drogas y brevajes
En las aguas y atmósfera descarga,
Cuyo perfume hechiza a los salvajes
Y los sentidos del Caudillo embarga.
Su fuerte olor atrae hasta las fieras,
Por remotas que estén sus madrigueras.

CII

¡Monstruo de perdición, Amor perverso,
Origen y fautor de cuantos males
Osan turbar la paz del universo!
De Medea los ímpetus fatales
Narrar no puede mi cansado verso,
Si tú a infundirle inspiración no sales.
Y pues los dedos del cantor se entumen,
Pulsa mi lira tú, funesto Numen.

CIII

Tú, que avezado estás de las mujeres
A transformar en odios los amores,
Contra los hijos ármate, si quieres,
De nuestros aguerridos agresores.
Tú, que el horrendo crimen le sugieres,
Narra de la celada los horrores
Que, coronada de laurel y mirto,
Tiende la maga al engañado Absirto.

CIV

A la ínsula de Diana manda el pacto
Que custodiada lleven a Medea;
Le dan los héroes cumplimiento exacto.
Después cada bajel lejos fondea,
Evitando entre sí todo contacto.
Sólo Jasón, sin que ninguno vea
Do va, del Templo queda a poco trecho,
De Absirto y de los suyos en acecho.

CV

Este, al amparo de la noche opaca,
Confiado en las promesas engañosas,
De la dispersa escuadra se destaca,
Cruza del mar las olas borrascosas
Y en la Isla sacra en su bajel atraca.
Hollando sin escolta las baldosas
Del santuario, a solas, de Medea
Los falaces propósitos sondea.

CVI

¡Sondear a la maga! ¡Hombre sencillo!
Al niño se asemeja, que inocente,
Atraído del agua por el brillo,
Pretende vadear fiero torrente.
Traman allí la muerte del Caudillo
Y el exterminio de la extraña gente.
A sus proyectos fácil se doblega
Su hermana, y si es traición nada le niega.

CVII

¡Oh Templo! ¡Quién creyera cuando el *Brigo*,
Que en el vecino continente mora,
Te construyó piadoso, para abrigo
De la imagen de Diana cazadora,
Que de tamaños crímenes testigo
Sería la Deidad que en ti se adora!
De súbito Jasón de su emboscada
Sale blandiendo la desnuda espada.

CVIII

La vista en torno, cauteloso, gira.
Como de reses matador gigante
En el toro mayor pone la mira
Y le descarga golpe fulminante,
Así el hijo de Esón, ardiendo en ira,
Del hijo de Etas párase delante,
'Alza el acero, hiere y de un fendiente
En dos lo parte, del altar enfrente.

CIX

Vuelta la faz, que oculta bajo el velo
Para no ver el desigual combate,
Está Medea, cuando cae al suelo
Su víctima en el atrio. No lo abate
El vencimiento o de la muerte el hielo;
Y aunque su corazón apenas late,
Entrambas manos en su sangre moja
Y al rostro de la pérfida la arroja.

CX

Del blanco velo que el carmín empaña
Ella sacude el líquido tranquila.
En el cadáver el feroz se ensaña
Y las extremidades le mutila.
La sangre con los labios le restaña.
Tres veces en lamerla no vacila
Y tres veces la escupe. Así redime
Su honor el que a traición el hierro esgrime.

CXI

La Furia vengadora, del Averno
Sale y contempla con enjutos ojos
La triste escena de rencor fraterno.
De Absirto da a los húmedos despojos
Sepultura Jasón, y el sueño eterno
Duerme do lo llevaron sus arrojós.
Llámanse desde entonces Absirtinos
Los nuevos insulares peregrinos.

CXII

Del *Argo* el vigilante centinela
Ve que una luz en la ínsula fulgura.
Es la ansiada señal que les revela
El éxito feliz de la aventura.
Del contrario bajel, do nadie vela,
En llegar al costado se apresura
El *Argo*, cuyos nautas su coraje
Muestran al empezar el abordaje.

CXIII

Para matar bandadas de pichones
De gavilanes basta una pareja.
Si cae una familia de leones
No queda del rebaño ni una oveja;
Así de los contrarios escuadrones
Un puñado de nautas ni uno deja.
De sangre lleno, sí, de hombres vacío,
Flota al azar de Cólquide el navío.

CXIV

Cuando ya empiezan a notar su falta
Viene a ofrecer su innecesaria ayuda
Jasón; a bordo de la nave salta
Y a su legión, incólume, saluda.
Pero aunque la victoria fué muy alta,
'Antes que el resto de la flota acuda
En su persecución, que el *Argo* tuerza
Su rumbo y zarpe sin demora es fuerza.

CXV

¿Qué camino seguir? Quiere la maga
Su opinión expresar; pero Peleo
Habla y la voz de la doncella apaga:
"Esta noche partir es mi deseo
Antes que venga el enemigo en zaga.
Rumbo opuesto llevad. Si, cual preveo,
La flota Colquia se dirige a Oriente,
La prora enderezad hacia Occidente.

CXVI

"Al verse de su Príncipe privados,
Unos seguirmos pensarán la pista;
Otros renunciarán, desanimados,
Del Vellón a la vana reconquista.
Buscarnos no podrán por todos lados,
Y cuando de alcanzarnos se desista
Podremos, sin temer demanda necia,
Virar de bordo y regresar a Grecia."

CXVII

Con su prudente hablar de Easo el hijo
A la marina juventud conmueve,
Y cada cual sobre su banco fijo
Con tanta robustez el remo mueve,
Que en pocas horas de bogar prolijo
Cruzan el mar; y, tras pasaje breve,
Frente a la isla de Electra, ya a la entrada
Del Eridano, el *Argo* está ancorada.

CXVIII

La muerte de su Príncipe alborota
La hueste Colquia y a vengarlo incita.
Recorrerá el Adriático su flota.
Y ¡ay de Jasón si resistir medita!
Pero que siga la única derrota
Por que alcanzarlo puede, Juno evita,
Lanzando con furor rayo tras rayo,
Que la sumerge en fúnebre desmayo.

CXIX

No habrá persecución. Pero la furia
De Etas que a más desgracias los arrastre
Temen, si se presentan en su curia
Con sus bajeles frágiles sin lastre;
Sin el Vellón, perdido por su incuria;
Sin Medea, causante del desastre;
Y prefieren fundar vasta colonia
En derredor de la feraz Ausonia.

CXX

Un grupo en la isla que la sangre inunda
Del pobre Absirto, sus cabañas planta;
Del Ilírico río en la fecunda
Ribera una ciudad otro levanta,
Y con muros y torres la circunda.
Allí de Cadmo está la tumba santa.
Otros van a habitar entre los Faunos
De los llamados hoy montes Ceraunos.

CXXI

Cuando observa Jasón que ya no viene
La chusma a retaguardia, al fin reposa.
Del río en la entrada se detiene.
Es su navegación muy peligrosa
Por el número de islas que contiene,
La espesa niebla y la corriente undosa.
A los Hilenos pedirá un experto
Piloto que los guíe con acierto.

CXXII

No es tribu ya de indómitos salvajes,
Y a darles libre tránsito se allana.
Una trípode de oro, como gajes,
Ofrece el Capitán de buena gana.
Apolo, en el primero de los viajes
Que hizo a explorar su voluntad arcana,
Dos iguales le dió de amor en prenda,
Y le ordenó que de una se desprendía.

CXXIII

Tierra que a aquella trípode da abrigo
Jamás —el Hado así lo determina—
Las plantas hollarán del enemigo.
Promesa tan brillante la fascina;
Acoge al extranjero como amigo,
Y el don precioso la ciudad Helina
En foso profundísimo sepulta
Y a las miradas del profano oculta.

CXXIV

Hospitalaria a Esónides recibe
La gran Ciudad. Su fundador ilustre,
Hilo, el hijo de Alcides, ya no vive.
Su madre fué la Náyade palustre
Melita. En el mar Jonio se percibe
Isla pequeña. Baco le dió lustre.
Fué su nutriz, y se llamó Macrida.
Melita allí fué de Hércules querida.

CXXV

Cuando, llevado de ímpetus voraces,
Mató a su prole, del atroz delito
Pidió la absolución a los Feaces.
Partió, cumplido el expiatorio rito;
Pero no quiso el hijo hacer las paces
Con el que lo amparó, fiero Nausito,
Y un reino se buscó en la mar Saturnia,
Como exigía su divina alcurnia.

CXXVI

Con un puñado de Feacia gente,
Que lo siguió de amor en testimonio,
A establecer colonia armipotente
Se aventuró en las islas del mar Cronio.
Nausito mismo le ayudó prudente;
Pero al llegar del litoral Ausonio
Sus bueyes a robarle los Mentores,
Murió luchando en tiempos posteriores.

CXXVII

Y ahora, ¡oh Musas, célicas Deidades!,
Venid, cantemos cómo el *Argo* vino
A abrirse por las islas Estecades
Y la Ausonia península camino;
Qué viento lo empujó; qué tempestades
Le hizo arrostrar la fuerza del Destino;
Por qué, al tocar al término su empresa,
Se aleja y nuevos mares atraviesa.

CXXVIII

Conmueve hasta los cielos la inaudita
Traición que a Absirto dió muerte cruenta,
Y al Rey de las Deidades tanto irrita,
Que exterminarlos Júpiter intenta.
Mas su bondad lo mueve a que permita
A la hechicera Circe la sangrienta
Mancha purificar, con sus divinos
Ritos, de los feroces asesinos.

CXXIX

Nada a los héroes Júpiter revela,
Ni con la previsión de los azares
Que van a padecer los desconsuela
Antes de regresar a sus hogares.
Mas por instinto abandonar anhela
Jasón aquellos peligrosos mares,
Y lejos de las islas que la flota
Colquia ocupó seguir otra derrota.

CXXX

Del territorio Hileo se retira
El *Argo*. Deja atrás las Disceladas;
Las Liburnenses desde lejos mira;
'A Issa y a Piteya, islas sagradas,
'Apenas ve; lo mismo que a Corcira
Le dió su nombre, ninfa de doradas
Trenzas, hija de Asopo, a quien ardiente
Amó el señor del fúlgido tridente.

CXXXI

Encanta de sus selvas la espesura,
Y al verla desde el mar el navegante
Apellidó a Corcira la *Isla obscura*.
Brisa gallarda llévalos delante
De Mélite, y el nauta se figura
Ver de Ceroso el pico culminante.
Por último, la vista de Ninfea,
Donde reina Calipso, los recrea.

CXXXII

Ya la Ceraunia sierra en lontananza
Divisar imagínase el piloto,
Cuando recuerda Juno la matanza,
La indignación de Júpiter y el voto;
Contra la prora de la nave lanza
Fiera procela, y el adverso Noto
La hace tornar al punto de partida,
Llevándola hasta Electra a toda brida.

CXXXIII

De súbito en el fondo de la nave
De voz humana el varonil acento
Se escucha, tan armónico y süave,
Que calla el ponto y enmudece el viento.
Es de Dodona la encantada trabe,
A quien Minerva dió vida y aliento,
Y la que tronco fué de añosa encina
En la quilla del *Argo* vaticina:

CXXXIV

“Dura navegación, larga y molesta,
La indignación de Jove les prepara.
Mucho que errar y que sufrir les resta.
Ni volverán a ver la patria cara
Si antes no lavan la traición funesta
Que a Absirto derribó —la voz declara—.
Para expiarla a Circe hay que acogerse,
Hija del Sol y de la augusta Perse.

CXXXV

"Por tanto, los períncritos gemelos
Cástor y Pólux súplica ferviente
Dirijan a los Reyes de los cielos
Para que de su mar y continente
Nos abra los caminos sin recelos
Ausonia, a sus mandatos obediente."
La voz del *Argo* y negros vaticinios
El corazón oprimen de los Minios.

CXXXVI

Sólo los dos Tindárides hermanos,
Sin abrigar temor de adversidades,
Alzando al cielo suplicantes manos,
Piden para el bajel prosperidades.
Con viento ya de popa, van livianos
Saliendo de las recias tempestades
Y entran en el Erídano de frente
Sin que la tradición los amedrente.

CXXXVII

Narran allí verídicas leyendas
Que cuando Faetonte del paterno
Carro del Sol arrebató las riendas,
Sin fuerzas para guiar su brazo tierno,
Abandonó las conocidas sendas,
Dejando a los caballos sin gobierno;
Y tanto se acercó a la tierra fría,
Que ya una parte con su fuego ardía.

CXXXVIII

Para evitar la destrucción del mundo,
Jove sus rayos disparó al mancebo,
Cayendo en el Eridano profundo,
Casi abrasado, el vástago de Febo.
Yace el cadáver entre el limo inmundo
En un remanso, donde siempre nuevo
Fuego lo quema, y en espesa nube
Del inflamado pecho el humo sube.

CXXXIX

Jamás aquellas aguas a ave alguna
Fué dado atravesar. Súbita llama
Sale del fondo y cae a la laguna.
De Heliades la turba, aun muerto, lo ama,
Y encerrada en un álamo cada una,
De ámbar, a gotas, lágrimas derrama.
Pero la Celta tradición sostiene
Que de ámbar el raudal de Apolo viene.

CXL

Esculapio nació de su connubio
Con Coronis; cruel le reconvino
Su genitor, y el Numen boquirrubio
A las regiones Hiperbóreas vino.
En las fuentes del Rhin y del Danubio
Tanto lloró a su vástago divino,
Que sus lágrimas de ámbar la corriente
Del Erídano arrastra hasta el presente.

CXXI

Esto narran los Celtas. Pero el hecho
Es que, al entrar los nautas en el río,
La fetidez del humeante lecho
De Faetonte causa tal hastío,
Que, sin probar bocado, con el pecho
Lleno de angustia y agotado el brío,
Todo el día remaron. Anochece,
Y más triste espectáculo aparece.

CXXII

Descúbreanse las sombras colosales
De álamos gigantescos en hilera.
De Apolo son las hijas, que a raudales,
De su hermano la muerte lastimera
Lloran entre lamentos funerales
Que ensordecen la lóbrega ribera,
Y como aceite, encima de las ondas,
Deslízanse sus lágrimas redondas.

CXLIII

A sus oídos el rugir horrendo
Llega después como de cien torrentes.
Del Ródano y Eridano el estruendo
Es, al unir entrambos sus corrientes.
Inmenso territorio recorriendo
Del Norte viene aquél. Allí sus fuentes.
Brotan en tierras negras y desiertas,
Del reino de la noche entre las puertas.

CXLIV

Al Océano abriéndose camino,
Sale a su inmensidad por anchas bocas.
Al piélago de Jonia y al Euxino
Llega a través de montes y de rocas.
Sus ondas bebe el golfo Saturnino
Lagos cruzando con revueltas locas.
Al fin, por siete fauces se despeña
En los azules mares de Cerdeña.

CXLV

A la merced del Ródano se entrega
Por las regiones Célticas el *Argo*;
Fácil entre sus márgenes navega
Sin encontrar obstáculo ni embargo;
Pero en diversos brazos se despliega,
Formando lagos en su curso largo
Que con ignoto mar lo comunican
Y del bajel los riesgos multiplican.

CXLVI

Por uno de ellos a la mar de Atlante
Lo empuja ya terrífica procela.
Jasón, de aquellos vientos ignorante,
Peligro de naufragio no recela.
Juno lo observa; párase delante;
Manda virar y recoger la vela.
Tal grito lanza en el peñón Hercinio,
Que turba el éter y acobarda al Minio.

CXLVII

Pone a los héroes en segura vía,
Y desde entonces la benigna Diosa
Con más empeño su derrota guía.
Envuélvelos en niebla tenebrosa,
Que de Celtas y Lígures de día
Los oculta a la turba peligrosa,
Hasta que salvos los acoge el seno
Del tanto suspirado mar Tirreno.

CXLVIII

De Júpiter merced a las bondades
Para con sus Gemelos favoritos,
Arriban a las islas Estecades.
Allí los honran con perpetuos ritos.
Desde entonces a todas las edades
Se extienden los favores infinitos
De Cástor y de Pólux, hoy patrones
De las naves de todas las naciones.

CXLIX

De Etalia van a la isla encantadora
En breve tiempo, y anclan en seguro
Puerto, que el nombre de *Argo* lleva ahora.
Con piedrecillas de color obscura
Seca el sudor la gente remadora,
Que sus cuerpos empapa y desfigura.
Las piedras hoy semejan piel humana
Y armas arroja el mar cada mañana.

CL

Vuelven al mar, y al litoral Tirreno
Se acercan del Ausonio continente.
La matutina luz brilla de lleno
En la ínsula del Haya de Occidente,
Que brinda para anclar cómodo seno;
Y al fondear, a Circe ven enfrente,
Que, de rodillas, a lavarse empieza
Con la salobre linfa la cabeza.

CLI

De la noche anterior aún parece
Con los fatales sueños aterrada.
La sangre, de su alcázar enrojece
Tapias, paredes, cámaras y entrada.
Arden las hierbas mágicas que ofrece
A cuantos hombres van a su morada,
Y con puñados de la sangre tibia
La llama apaga y su terror alivia.

CLII

Por tanto, cuando el alba apenas raya
Sale a lavar su rubia cabellera,
Sus rojas manos y manchada saya.
Extraños animales en hilera
La siguen a su alcázar y a la playa.
Sus cuerpos son ni de hombre ni de fiera;
Miembros de toda clase y catadura
Componen su estrambótica estructura.

CLIII

Nacieron las informes alimañas
Cuando la madre Tierra, húmeda y fría,
Aun no consolidaba sus entrañas,
Ni el Sol la calentaba, ni llovía.
El tiempo sólo pudo a esas extrañas
Figuras desbistar con valentía
Y darles disciplina y movimiento
Como a ejército en paz o manso armento.

CLIV

Esos rebaños de tranquilas fieras,
Que en nada se asemejan a leones,
A tigres o a carnívoras panteras,
Asombran a los griegos campeones.
De Circe las exóticas maneras,
Traje oriental y cólquicas facciones
Mira con atención la caravana,
Y reconoce de Etas a la hermana.

CLV

De su nocturno pánico repuesta,
Sobre sus pasos a volver se atreve.
Halla formada a la legión apuesta;
A romper filas la convida aleve
Y a penetrar en su mansión funesta.
Por orden de Jasón nadie se mueve,
Y él solo avanza a paso acelerado
Con la virgen de Cólquide a su lado.

CLVI

Sin que de su visita el fin columbre,
Taburetes de honor Circe presenta.
Ellos se acercan juntos a la lumbre;
Mas ni uno ni otro ante el hogar se sienta,
Como es de penitentes la costumbre.
Con ambas manos ocultar intenta
Medea el rostro, mientras él clavada
Deja en el suelo la homicida espada.

CLVII

Al ver que permanecen largo rato
Los ojos sin alzar, Circe comprende
Que absolución de algún asesinato
Han venido a impetrar. De Jove atiende,
Patrón de suplicantes, al mandato,
Y el expiatorio rito luego emprende.
Su Numen justiciero culpa y vida
Perdona, si se humilla, al homicida.

CLVIII

Pone un lechón, que de nacer acaba,
Sobre sus dos cabezas; lo degüella,
Y con la sangre que derrama lava
Las manos de Jasón y la doncella.
A Júpiter, en tanto, humilde alaba,
Que borra de los crímenes la huella,
Acompañando nuevas oraciones
Las purificadoras libaciones.

CLIX

Mientras las ninfas Náyades, sus damas,
Sacan al basurero el desperdicio,
Las vísceras arroja ella a las llamas
Y pide que se acepte el sacrificio,
Las Furias aplacándose y sus tramas,
Y mirándolos Júpiter propicio,
Ya la vertida sangre ajena sea
O de las propias tribus y ralea.

CLX

Cumplido al fin cuanto prescribe el rito,
Levanta a la pareja penitente.
Ricas sillas le da; con su exquisito
Tacto, ella misma se coloca enfrente.
Su historia les pregunta, su inaudito
Viaje, cuál es su origen y su gente.
Grande interés en la doncella toma
Y quiere que hable en su nativo idioma.

CLXI

De la noche anterior la pesadilla
La abruma aún, y averiguar le importa
Cuál es de su cliente la mancilla.
Los ojos la ve alzar, y queda absorta
Con el fulgor que en su pupila brilla.
Ese círculo de oro que recorta
Del globo azul celeste el fuego vivo
De los hijos del Sol es distintivo.

CLXII

Es su sobrina; le habla su dialecto;
Dice que si ha entregado el Vellochino
Por Calciopa débelo al afecto.
Narra las peripecias del camino.
Temió de la ira de Etas el efecto,
Y huyó con el caudillo peregrino.
No omite con los toros la batalla;
Sólo el aleve fratricidio calla.

CLXIII

Pero la hija del Sol comprende todo,
Y aunque la compadece, a su parienta
Dirige la palabra de este modo:
“¡Desventurada! Tu villana afrenta
A tu stirpe y tu Rey cubre de lodo.
Tu locura escapar en vano intenta
De tu irritado padre a la venganza;
Verás como hasta Grecia audaz se lanza.

CLXIV

”Pero eres mi sobrina, y a mi puerta
Llamaste en actitud de suplicante;
Que en tu perseguidora me convierta
No esperes, ni en amiga, en adelante.
A ese galán de procedencia incierta
Sigue a despecho de tu padre amante.
Aléjate al momento de mis ojos;
No ruegues más ante mi hogar de hinojos.”

CLXV

Medea queda inmóvil en la sala;
Los párpados se cubre con el manto,
Avergonzada y mustia. Al fin exhala
Amargos ayes y prorrumpe en llanto.
De la mansión do vino enhoramala,
Después de tanto errar y sufrir tanto,
La saca el héroe; de la mano asida,
Ella marcha con él, casi sin vida.

CLXVI

No escapan a los ojos de la esposa
De Jove augusto, que por ellos vela.
Su embarque, por encargo de la Diosa,
Acecha, vigilante centinela,
Desde las nubes, Iris luminosa.
A dar aviso a su señora vuela,
Y así le dice Juno, sorprendida:
“Escucha, por favor, Iris querida:

CLXVII

"Si alguna vez mis ruegos celestiales
Gentil oíste, más que nunca ahora
Quiero que en el servicio te señales
De mi deidad, que tu socorro implora.
Con raudas alas baja a los cristales
Del transparente mar, do Tetis mora,
Y dile: "Ven, te necesita Juno;
"Sal de tu linfa sin reparo alguno."

CLXVIII

"Después a las orillas del Sicano
Irás, donde el sonoro martilleo
Te indicará las fraguas de Vulcano.
Expresarás al Numen mi deseo
De que sofoque su potente mano
Las llamas del Vesubio y el Etneo,
Y a trabajar en Lípari se niegue
Mientras el *Argo* en ese mar navegue.

CLXIX

"Tras Eolo, monarca de los vientos,
Hijos del éter, volarás aprisa,
Y de pacificar los elementos
Le darás de mi parte orden precisa.
Haga que el Noto calme sus alientos,
Y el Aquilón y la nocturna brisa.
Deje soplar no más Céfiro leve
Que a los Feacios a la nave lleve."

CLXX

Iris, desde el olímpico bosque
Salta veloz. Con rápido aleteo
Hiende los aires; tras etéreo viaje,
Sumérgese en las aguas del Egeo,
Donde halla a Tetis y le da el mensaje
En el paterno alcázar de Nereo,
Y fácil la persuade a que se apreste
A ver a Juno en su mansión celeste.

CLXXI

Habla a Vulcano, y cesa desde luego
El golpe del martillo y el soplado
Del fuelle enorme que alimenta el fuego.
A Eolo se dirige; y, comedido,
Las órdenes de Juno acata ciego.
Iris refresca el cuerpo entumecido;
Tetis padre y hermanas abandona,
Y con Juno en Olimpo se apersona.

CLXXII

La augusta Diosa a la Deidad marina
Sienta a su lado, cariñosa besa
Y dice: "Sabes bien, Tetis divina,
Cuánto de Esón el hijo me interesa,
Que, al mando de su nave peregrina,
Tus líquidos dominios atraviesa.
¿Me negarás la gracia que te pido
Por socorrer a un héroe tan querido?

CLXXIII

"No ignoras que cruzaron hace poco
Las terribles Simplégades errantes,
De tempestades y desastres foco.
Pasar en medio de esas rocas antes
Que mis amigos, fuera intento loco;
Mas yo sobre las ondas espumantes
Llevé la nave con seguro pulso,
Y al Euxino salió bajo mi impulso.

CLXXIV

"De Escila por la roca formidable
Y por el espantoso remolino
De Caribdis la lleva inevitable
La voluntad de Jove y del Destino.
Del gran cariño déjame que te hable
Que a unirme a ti desde la infancia vino,
Mayor que a cuantos Númenes y ninfas
Moran del mar en las salobres linfas.

CLXXV

"Prendado de tu cándida hermosura.
Mi esposo infiel te requirió de amores.
Tú conservaste tu inocencia pura,
Librándome de amargos sinsabores;
Y aunque por ti su admiración perdura,
De Júpiter desechas los favores
Y dejas, en los mares escondida,
Deslizarse pacífica mi vida.

CLXXVI

"Aunque prestó solemne juramento
De nunca darte a un dios en matrimonio
No desistió del atrevido intento
Hasta que Temis, al augusto Cronio,
De su infidelidad para escarmiento,
De este oráculo dió fiel testimonio:
*El hombre de quien Tetis fuere madre
Será mayor en todo que su padre.*

CLXXVII

"No sin razón el hijo de Saturno
Temió que de los cielos el gobierno
Le arrancara tu vástago a su turno,
Siendo, como ellos, inmortal y eterno.
Yo marido te di de alto coturno,
Aunque mortal, inmejorable y tierno,
A quien amar pudieras sin reparo
Y su linaje perpetuar preclaro.

CLXXVIII

"A tu mesa paréceme que veo
Sentarse, de los Númenes al coro,
El día de tus bodas con Peleo.
Ni en la fiesta nupcial tuve a desdoro
El sostener la antorcha de Himeneo
Yo misma, para darte honra y decoro.
Mi reconocimiento galardona
Así tu reverencia a mi persona.

CLXXIX

"Como no dudo que a tu afán concierna,
Escucha esta vetusta profecía:
Del centauro Quirón en la caverna
De Náyades la turba a tu hijo cría,
Tan pequeñuelo aún, que la materna
Leche, llorando, pide todavía.
En la Elisia llanura esplendorosa
Una nieta del Sol será su esposa.

CLXXX

"Medea la nombraron. Del monarca
De Cólquide es la hija, cuya mente
Todos los ramos del saber abarca,
Y a bordo viene con la griega gente.
Dirige el curso de la Minia barca;
'A tu marido en ayudar consiente;
Con las demás Nereidas ve ligera:
Salvando al *Argo* salvas a tu nuera.

CLXXXI

"Vulcano el fuego apagará de cierto;
Eolo sólo al Céfiro süave
Dejará libre por el mar abierto.
A ti te toca conducir la nave
De los Feaces al seguro puerto.
El salvamento tu pericia acabe.
Manda a las rocas respetar la quilla
Y a las olas, que son mi pesadilla.

CLXXXII

"No dejes que Caribdis espumosa
En su negra vorágine los trague,
Ni que para estrellarlos, engañosa,
Hacia su roca Escila los halague.
¡Escila, hija de Forcio tenebrosa!
¿Cuándo será que tu furor se apague?
Hécate, la nocturna vagabunda,
Que a luz te dió, de horrores te circunda.

CLXXXIII

"En pos de tu marido y tus hermanas
Corre, y a las reyertas conyugales
Den treguas mis caricias soberanas.
¡Yerran hasta los Dioses inmortales!
Nunca serán mis esperanzas vanas
Si, uniendo vuestras fuerzas desiguales,
Dais a la nave el ímpetu oportuno."
Aquí da fin a sus mandatos Juno.

CLXXXIV

Tetis responde: "¡Oh Diosa! Si de veras
Del rayo ardiente cesan los desmanes;
Si no suscita tempestades fieras
El soplo de violentos huracanes;
Si Céfiro tan sólo sus ligeras
Alas agita, calma tus afanes.
Aunque la mar contraria se alborote,
Sacar prometo tu bajel a flote.

CLXXXV

"Dame tu venia de partir, que largo
Es mi camino. A mis hermanas debo
Por toda la extensión del ponto amargo
Ir recogiendo y regresar de nuevo
Adonde está ancorada la nave *Argo*
Antes que torne a iluminarla Febo."
Dice, y a la vorágine más alta
Del hondo mar desde el Olimpo salta.

CLXXXVI

Corre de mar en mar, de seno en seno ;
A sus hermanas las Nereidas junta,
Y a dar de Juno cumplimiento pleno
A los mandatos, a la Ausonia punta
Despacha a todas. Ella del Tirreno
Nadando a la isla al continente adjunta
Vuela como relámpago fugace
O cual rayo de luz del Sol que nace.

CLXXXVII

La ninfa, que en su intento no desmaya,
La lumbre del crepúsculo aprovecha,
Y encuentra a los marinos en el Haya
Jugando al disco, o con inocua flecha
Tirando al blanco. A la arenosa playa
Salta y hacia su esposo va derecha;
Y a todos invisible, no a sus ojos,
Le ase la mano y dice sin enojos:

CLXXXVIII

“¿Cuándo dejáis vuestra actitud innoble?
Aquí la nave tímida reposa,
Atada a tierra con amarra doble,
Mientras de ninfas turba numerosa,
Que su carena de Dodóneo robe
Sobre sus hombros llevará gozosa
Por obsequiar a Juno, ya la aguarda.
¿En levantar el áncora qué tarda?

CLXXXIX

"Las vagabundas ínsulas errantes,
Después del que habéis hecho gran rodeo,
No podréis evitar; pero arrogantes
Os sacarán las hijas de Nereo.
Si entre ellas me conoces, no te espantes
Ni a los héroes lo digas ¡oh Peleo!
Si no quieres sufrir peor castigo
Que el primer día en que reñí contigo."

CXC

Así diciendo, torna al mar no vista,
Y recordando los antiguos males
De su marido, el ánimo contrista.
Desque rompió los lazos conyugales
Es la primera y única entrevista.
Estaba el tierno Aquiles en pañales
Y a su madre causaba eterno susto
Pensar que era mortal su fruto augusto..

CXCI

Sacábalo en la noche de la cama,
Y para consumir todo lo humano
Lo circundaba de celeste llama.
Raspaba luego con amante mano
De cada cicatriz la fina escama,
Y al despuntar la aurora, muy temprano,
Su cuerpecito entero sumergía
En un baño de olímpica ambrosía.

CXCII

Así esperaba la vejez odiosa
Alejar para siempre de su pecho
Y la inmortalidad esplendorosa
Legarle, de los Hados a despecho.
Peleo la maniobra peligrosa
Una noche observó. Saltó del lecho
Y lanzó tan terrífico alarido,
Que ella soltó a su vástago querido.

CXCIII

Ni una palabra proferir se digna,
Y hasta el fondo del mar, Tetis, adonde
No la puede seguir, salta maligna
Y en su profundidad siempre se esconde.
Peleo a la misión que hora le asigna,
No obstante sus rencores, corresponde
Transmitiendo las órdenes de Juno
De arrojarse en los brazos de Neptuno.

CXCIV

Discos y flechas guarda cada nauta;
Se tienden en los rústicos jergones
En que acostumbran, tras de cena lauta,
En tierra reposar los campeones;
Raya la aurora; con maniobra cauta
Sueltan amarras, llevan provisiones,
Se refrigeran con frugal almuerzo
Y áncoras leván sin ningún esfuerzo.

CXCv

Izan las lonas, alzan las entenas;
Céfiro lanza su apacible brisa;
Marcha la nave con las velas plenas:
Isla florida presto se divisa.
Moran allí las pérfidas Sirenas
Cuyas canciones y falaz sonrisa
Llaman al nauta a sus abiertos brazos.
¡Ay si lo enredan sus traidores lazos!

CXCvI

Nacieron del enlace misterioso
De Aquelóo y Terpsícóre divina,
La Musa, cuyo baile prodigioso
A las demás Píerides fascina.
El coro de sus hijas armonioso
Supo encantar también a Proserpina,
Virgen aún, ajena a los placeres,
Digna progeñe de la Diosa Ceres.

CXCVII

Hoy en cola de pez su cuerpo estriba;
De vírgenes la cándida belleza
Ostentan de cintura para arriba,
Y de oro es el color de su cabeza.
Dos alas, de que, al fin, Jove las priva,
De pájaros les daban ligereza
En otro tiempo. Siempre en atalaya,
Al marinero acechan en la playa.

CXCVIII

No escapan a sus ansias de conquista
Los héroes de Jasón; y empieza el canto
Apenas el bajel está a la vista.
De la celeste voz al dulce encanto
No hay entre los remeros quien resista,
Y Tetis y sus ninfas, con espanto,
Ven que parece desdeñar su ayuda
El *Argo* y a la costa va, sin duda.

CIC

¡Vanos temores! El cantor de Tracia,
Orfeo, temple su Bistonía lira
Y empieza a modular con tanta gracia,
Que apagarse su voz sienten con ira
Las hembras, y presienten su desgracia.
El desviado bajel de nuevo vira,
Y ya sin vacilar sigue adelante
Riesgos mayores a afrontar constante.

CC

No a todos asustó la muerte lenta
De consunción fatal con que acostumbra
Su amor funesto, la pasión violenta
Pagar de aquel que su beldad deslumbra.
Aunque apagado el canto, a Butes tienta;
Horas de dicha en su ilusión columbra.
Del banco de remero, alucinado,
Al ponto salta y lo atraviesa a nado.

CCI

La isla de perdición ya casi toca
Cuando lo mira Venus Ericina;
A compasión su suerte la provoca
Y lo arrebató a la onda cristalina.
De Lilibeo la saliente roca,
Donde ella reina, encuéntrase vecina,
Y, salvo de la muerte y los placeres,
Casa y hogar allí le da Citeres.

CCII

Llega el fatal momento. La de Escila
Roca piramidal se alza iracunda;
Caribdis, a sus pies, nunca tranquila,
Acecha en su vorágine profunda
Y los dientes terríficos afila.
Los errantes islotes en que abunda
El mar Sicano vagan sin cimientos,
Del fuelle de Vulcano con los vientos.

CCIII

Es cierto que ha apagado ya sus hornos
Y ni forja de Júpiter los rayos
Ni al cinturón de Venus pone adornos
De fino esmalte con colores gayos;
Mas tal impulso imprime en los contornos
De Lípari a las islas y a los cayos
El incesante soplo de sus fraguas,
Que no se calman fáciles las aguas.

CCIV

Las ninfas, a la entrada del Estrecho,
Ya en el fondo del mar o ya a la orilla,
Circundan el bajel, desnudo el pecho,
La falda remangada a la rodilla.
Unas el borde izquierdo o el derecho,
Otras aferran la pesada quilla;
Del gobernalle Tetis se apodera
Y su curso dirige desde fuera.

CCV

Semejan a la turba juguetona
De delfines que siguen un navío;
Ya saltan a la altura de la lona,
Ya se sumergen en el ponto frío,
Ya forman en redor ancha corona
Y ya parece que, perdiendo el brío,
Atrás se quedan, cuando nuevo salto
Los sube que los mástiles más alto.

CCVI

Así a los nautas las Nereidas bellas
Valor infunden, gozo y esperanza,
De oculto escollo al descubrir las huellas
Levantán el bajel con gran pujanza;
Relucen entre el humo como estrellas
Que del extinto fuego les alcanza,
Y envuelve a los islotes en su sombra
Que ínsulas *Plauctas* el Heleno nombra.

CCVII

¿Visteis jamás un coro de Espartanas,
Formadas en contrarias divisiones,
En la palestra divertirse ufanas
Con esferas volantes o balones?
De mano a mano arrójanse con ganas
De superar a atléticos varones
El proyectil redondo, que, en su vuelo,
No toca ni una vez el duro suelo,

CCVIII

Las Nereidas así, fuertes y esbeltas,
Si ven que el *Argo* entre los cayos flota,
Del piélago sacándole resueltas,
Arrójanse a guisa de pelota
Unas a otras, por la espuma envueltas,
Sin sacarlo jamás de su derrota.
Un día largo del ardiente estío
Duró la lucha con el mar bravío.

CCIX

Vulcano, en roca altísima, apoyado
Al largo mango del martillo, observa
La gran maniobra que ejecuta a nado
De las Nereidas la gentil caterva.
La ve desde su alcázar estrellado
Juno, abrazada al cuello de Minerva;
A cada peña u ola que se mueve
Tiembala, y apenas a mirar se atreve.

CCX

Al fin, del archipiélago flotante,
De escollos y vorágines ilesa,
Sale la nave airosa y arrogante.
Céfiro blando de soplar no cesa
Y a los héroes empuja hacia adelante.
Admiran en Trinacria la dehesa
Donde la hierba más lozana crece
Y el ganado del Sol pace y florece.

CCXI

Cumplida la misión que, salvadora,
Les dió de Jove la consorte augusta,
Después de trabajar desde la aurora,
Dejan alegres la Magnesia fusta,
Y como de gaviotas voladora
Bandada a quien el piélago no asusta.
Del mar Sicano saltan a las linfas
Y se sumergen las Nereidas ninfas.

CCXII

Ya de la tempestad sin el rüido,
Empiezan a escuchar en la ribera
De bueyes y de vacas el mugido,
De ovejas el balar en la pradera.
Con báculo de argento retorcido,
Faetusa, del Sol hija postrera,
Acostúmbra a ovejas y carneros
A los prados llevar y abrevaderos.

CCXIII

Del ganado mayor era pastora
Lampecia, con cayado reluciente,
Aunque de bronce vil. Desde la prora
Lo ven pacer los nautas claramente.
No hay una vaca oscura ni incolora.
Son blancas como leche, y en la frente,
Simétricos, ostenta cada toro
Resplandeciente par de cuernos de oro.

CCXIV

Con su pálida luz el vespertino
Crepúsculo alumbraba estas escenas.
La negra noche a interrumpir no vino
Ni viaje, ni zozobras, ni faenas.
La nueva aurora aceleró el camino;
Y, al fin, se ven las márgenes amenas
De una isla, lejos del confín Ausonio,
En el Cecraunio mar, cerca del Jonio.

CCXV

Musas, que acostumbráis en el Parnaso
De los Dioses cantar las maravillas,
Contra mi voluntad detengo el paso
Y ante vosotras caigo de rodillas.
Perdón imploro, si os ofendo acaso
Del vulgo repitiendo las hablillas;
Pero no puedo antiguas tradiciones
Callar en mis verídicas canciones.

CCXVI

Conserva la Isla una reliquia extraña,
Que da lugar a dúplice leyenda;
Tiene figura de hoz o de guadaña
La que veneran codiciada prenda.
Cuentan que ardiendo en parricida saña
Saturno en la sacrílega contienda
Contra su genitor, al dios Urano
Con su hoja curva mutiló inhumano.

CCXVII

Pero atribuyen otros pareceres
Su origen, no a domésticos desmanes,
Sino a favores de la diosa Ceres.
Del Orco, do reinaba, sus afanes
Por Macride y sus rústicos placeres,
Sacáronlo a enseñar a los Titanes
Los secretos de aquella agricultura
Que a la Isla da riqueza y hermosura.

CCXVIII

Desde entonces el nombre de *Drepana*
O *Tierra de la Falce* los Feaces
Confirieron a su Insula lozana.
Madre y nutriz aclámanla veraces
Y hasta Urano remontan su lejana
Estirpe, ya verídicos, ya audaces.
Allí a los nautas a buscar abrigo
Empuja de Trinacria viento amigo.

CCXIX

Con religiosos ritos y agasajos
Recíbenlos el Rey y el pueblo todo.
Con fraternal afecto altos y bajos
Los tratan de su estancia en el período.
Olvidando los héroes sus trabajos,
Al pueblo corresponden de igual modo.
Pronto de paz el cántico bendito
Verán de guerra convertirse en grito.

CCXX

Los Colquios, que salieron del Euxino
Por el estrecho que cerraban antes
Las Simplégades rocas, y el Destino
Abrió al pasar los Minios navegantes,
Y anduvieron buscándolos sin tino,
La anclada nave miran vigilantes,
Y exigiendo la entrega de Medea,
Su numerosa escuadra la rodea.

CCXXI

Terribles son sus bárbaros insultos:
Aunque vencidos sus bajeles rueden,
Etas, su rey, no sufrirá que inultos
Los defensores de su casa queden.
¿No miran ésos próceres estultos
Que en número y en armas les exceden?
Armanse de Jasón los adalides
Y se preparan a las duras lides.

CCXXII

Pero el rey Alcimóo los obliga
A envainar de ambos lados el acero:
“La tierra que pisáis es tierra amiga
Y luchas en mis reinos yo no quiero:
Que cada parte su alegato diga
Y un árbitro decida justiciero.”
Tal es su voluntad; y aunque le escuece,
De Cólquide el ejército obedece.

CCXXIII

La hueste de Jasón, pidiendo amparo,
Medea sin cesar recorre inquieta;
Abraza las rodillas sin reparo
De la esposa del Rey, la dulce Areta.
“¡Oh Reina! si, a pesar de tu preclaro
Linaje, a errar también estás sujeta,
Sabrás compadecer a una infelice
Que por temor erró —tierna le dice—.

CCXXIV

”No entregues a los Colquios mi persona
Ni de Etas a la cólera inaudita.
El Sol, que nos alumbra y galardona;
Hécate, que de noche nos visita,
Testigos son que mi virgínea zona
Sin mancha ni lunar, cual mi bendita
Madre me la ciñó, mi pecho guarda,
Ni mi fuga causó pasión bastarda.

CCXXV

"Tras mi primer error, de aturdimiento
Culpa venial, tal pánico me asalta,
Que me arrebató la razón el viento
Y agravo huyendo mi ligera falta;
Pero tranquila en tu poder me siento.
Haz que del Rey la majestad tan alta,
Cediendo de tus gracias al conjuro,
Un asilo me dé firme y seguro."

CCXXVI

Así a la Reina habló. Para los Griegos
Es su lenguaje cáustico y amargo,
Mezclando vituperios a los ruegos:
"¿Del Vellochino quién alzó el embargo?
¿Quién de los toros apagó los fuegos?
¿Quién del Dragón ocasionó el letargo?
¡Y a la mujer por quien tornáis a Grecia
Vuestro egoísmo ingrato menosprecia!

CCXXVII

"Abandoné mi alcázar, mis parientes,
Mis padres, mi corona de princesa,
Y, despreciando hablillas insolentes,
Doquier os sigo, en vuestra nave presa.
Antes a mí humillabais vuestras frentes;
Hoy que mi auxilio ya no os interesa,
Porque el Vellón tenéis, que yo os he dado,
Cual cortesana vil, me hacéis a un lado.

CCXXVIII

"Cual semidioses, de virtud ejemplo,
Desde que os vi, ganasteis mi confianza.
Hoy que desanimados os contemplo,
Cifro aún en vosotros mi esperanza.
Seguro asilo encontraré en el templo.
Si huyo a la ciudadela, ¿quién me alcanza?
De vuestros brazos el potente muro
Siempre será mi asilo más seguro.

CCXXIX

"¡Ay si me abandonáis a los furores
De Etas, mi padre, y, por vengar su afrenta,
Me manda a las regiones inferiores!
Será vuestra expiación dura y sangrienta.
Del Infierno saldrán con sus horrores
Las negras Furias a pedir os cuenta
De tantos juramentos hechos trizas
Y pactos reducidos a cenizas.

CCXXX

"Cuando de apoderaros del dorado
Vellochino buscábais una traza,
Al ejército entero congregado
Del Haya desafiasteis en la plaza.
Hoy que apenas de Colquios un puñado
Ha llegado hasta aquí dándonos caza,
La batalla esquiváis y tenéis miedo.
¿Adónde fué el helénico denuedo?

CCXXXI

"También la compasión huyó del alma
De quien ante una Reina forastera
Me ve postrar con impasible calma.
Temed que, al fin, arrebatáros quiera
De la victoria la anhelada palma
De las Deidades la venganza fiera,
Cuando el adverso Numen que me hostiga
Trueque en favor su cólera enemiga."

CCXXXII

Así termina, y con acento blando
De cada prócer protección implora
Y a cada cual la mano va estrechando.
Salvar a toda costa a su señora
Jura entusiasta el argonauta bando,
Esgrimiendo la espada protectora,
Vibrando el asta y con el hierro agudo
Sonoro hiriendo el ponderoso escudo.

CCXXXIII

Llega la noche, en tanto, que a los males
Alivio trae, tregua a las labores,
Descanso y refrigerio a los mortales;
Pero hay un corazón cuyos dolores,
Girando siempre en círculos iguales,
De la mañana encuentran los albores.
Son como el huso de hacendosa viuda
A quien la suerte hirió con mano ruda.

CCXXXIV

El grupo de sus hijos la rodea;
Lámpara triste en su mesita oscila;
El lecho conyugal, solo, blanquea;
Gira incesante el huso con que hila,
Y, semejante a la infeliz Medea,
Pasa la noche en vela e intranquila,
Sin que a sus hijos a decir acierte
Que a su marido arrebató la muerte.

CCXXXV

Reina el silencio en el palacio y Corte
Del piadoso Alcinóo, a quien recibe
En la cámara regia su consorte,
Que por su amante esposo se desvive.
Dama gentil de religioso porte,
Que derramando beneficios vive,
Es Areta dulcísima, y hoy piensa
Tan sólo de Medea en la defensa.

CCXXXVI

Huye también el sueño de sus lechos,
Y así la Reina, recostada, exclama:
“Sabe, ¡oh Rey y Señor!, que muy a pechos
Tomo las desventuras de esa dama.
Defiende, te lo ruego, sus derechos;
Ningún delito ni pasión la infama.
Error ligero trajo error más grave.
¿Culpa venial en qué mujer no cabe?

CCXXXVII

"Cólquide está muy lejos; ¿quién es Etas?
Nada sabemos de él, sino su nombre.
Desde Tesalia o Argos las saetas
Nos pueden alcanzar, sin que te asombre.
Mucho arriesgamos si a los Minios retas.
Jasón, su protector, de alto renombre,
Consta que con solemne juramento
Palabra le otorgó de casamiento.

CCXXXVIII

"Si entregas su persona al enemigo,
Perjurio horrible al Capitán impones.
Te alcanzará, cual cómplice, el castigo
Y el reino entero a la ruina expones.
De un padre airado —sé lo que te digo—
No esperes indulgencia ni perdones.
De ejemplos mil que nárranos la historia
Algunos hallarás en tu memoria.

CCXXXIX

"En la torre de bronce los tormentos
Y en el mar las angustias de Danae;
De Antíope la muerte y sufrimientos
Y el abandono a tu recuerdo trae;
Equeto con agudos instrumentos
Los bellos ojos a su prole extrae,
Y, ciega ya, la tiene con las manos
Y pies moliendo de metal los granos.

CCXL

"Si accedes de su padre a la demanda,
Que corra suerte igual no se te esconde."
El Rey, benigno, a quien su esposa ablanda,
'Así desde su lecho le responde:
"Si la hospitalidad salvarla manda,
Sus leyes acatar me corresponde;
Mas contrariar de Júpiter supremo,
Que aquí la trajo, los designios temo.

CCXLI

"Puedo arrojar de aquí su débil flota;
Pero a Etas provocar, ni quiero ni oso.
Es fuerte su nación, aunque remota,
Y otro monarca no hay más poderoso.
Si su paciencia nuestra audacia agota,
De ejército dispone numeroso
Con que la guerra declarar a Grecia.
Comete grave error quien lo desprecia.

CCXLII

"Prefiero pronunciar sentencia justa
Que a ambos partidos por igual contente.
Oiga mi plan tu majestad augusta:
Irá a su hogar si es virgen inocente;
Si no, romper el vínculo me asusta
Que en matrimonio la ate santamente.
No la daré, ni de su vientre el fruto
Irá a aumentar mi liberal tributo."

CCXLIII

No bien termina, lo acomete el sueño.
Sagaz la Reina, cuanto oyó pondera.
Salta del lecho, a su señor y dueño
Dejando adormecido, y sale fuera,
Al atrio, donde vela con empeño
La servidumbre, que órdenes espera.
A una doncella manda por un paje,
Y este le da solícito mensaje.

CCXLIV

Al puerto corra y al Caudillo diga
Que sus bodas al punto solemnice.
La dama sus gestiones no prosiga
Con el rey Alcínóo, quien predice
Que la enviará a su padre si es amiga,
Si esposa, con Jasón será felice.
A pie camine: la distancia es corta;
Viveza, rapidez, secreto importa.

CCXLV

Halla a los héroes, como siempre, en vela
Junto a la nave, y oyen el mandato,
Que sus perplejos ánimos consuela.
Alzan un ara, y sacrificio grato
De ovejas pingües arde; el humo vuela
A acariciar, en nubes, el olfato
De las deidades, y, como es de rito,
Liban con profusión vino exquisito.

CCXLVI

Para las bodas la sagrada estancia
Preparan en el antro milagroso
Do Macrida habitó, la que en su infancia
A Baco en su regazo cariñoso
Tierna acogió. Con miel fué su lactancia
Cuando Mercurio lo sacó piadoso
De la llama voraz, allá en Eubea,
Y sus labios bañó con miel Hiblea.

CCXLVII

Era hija de Aristeo, que el cultivo
De las abejas supo cual ninguno;
Que fué el primero que plantó el olivo
Y el jugo destiló del aceituno.
Cuando de Jove el vástago furtivo
En brazos de Macrida miró Juno,
La desterró de la mansión paterna
Y la trajo a vivir a esa caverna.

CCXLVIII

Allí vivió contenta, trabajando
Y enriqueciendo a la nación Feacia.
Erigen en ese antro venerando
Trono y altar. Cual pabellón lo agracia
De oro sutil el Vellochino blando.
No se atreve a tocarlo ni se sacia
De admirarlo de Ninfas la colonia
Que asiste a la sagrada ceremonia.

CCXLIX

Como celeste auréola fulgura
El oro que en sus frentes se refleja,
Aumentando su cándida hermosura.
Por obsequiar a la gentil pareja
Un coro de Melito la espesura,
Otro las linfas del Egeo deja,
O de las claras fuentes y los mares,
De donde son deidades tutelares.

CCL

Las invitó de Jove la consorte,
Que los nupciales vínculos anuda.
En dos hileras, con gallardo porte,
Rindiendo honores y prestando ayuda,
Formada está la náutica cohorte
Con la espada flamígera desnuda.
Si el Colquio quiere perturbar la fiesta
Para el combate la hallará dispuesta.

CCLI

Celeste olor de flores se respira,
Don de las ninfas. El laurel corona
Todas las frentes. La Bistonía lira
Orfeo pulsa, y dulce coro entona
El cántico nupcial, que Amor inspira.
Los viene a confortar Juno en persona,
Y el antro que consagra Citerea
Llámase aún la gruta de Medea.

CCLII

¡Ay! No esperaba la isla del Feace
Solemnizar tamaña ceremonia.
Estaba reservado el noble enlace
Para alegrar a la nativa Hemonia.
Pero a los Dioses aguardar no place,
Y, sin llegar al piélago de Jonia
A interponerse, como suele, vino
La inexorable fuerza del Destino.

CCLIII

La senda del placer con pie seguro
No fué dado seguir a los mortales.
A nuestro lado va Numen impuro
Tendiendo lazos y sembrando males.
Hoy viene a perturbar rumor obscuro
Los que lo arrullan cánticos nupciales.
El rey que hora los juzga con clemencia,
¿Confirmará mañana su sentencia?

CCLIV

Llega la aurora, y con su luz celeste
La noche se disipa a toda prisa.
En la playa, en la Villa, en el agreste
Campo sembrado, brilla una sonrisa.
Se agita el pueblo; muévase la hueste
De Colquios que a lo lejos se divisa.
El Rey también levántase del lecho
Su fallo a pronunciar según derecho.

CCLV

Al puerto marcha, donde está la armada,
A cumplir a los Colquios la promesa
De responder él mismo a su embajada
Y la suerte fijar de la princesa.
Hoy que su fallo y voluntad sagrada
Más como juez que como rey expresa,
Aureo bastón de administrar justicia,
No cetro, entre sus manos acaricia.

CCLVI

Lucida escolta de ínclitos guerreros,
De alto penacho y fúlgida coraza,
Sigue a su Rey, desnudos los aceros,
Sostén de la justicia y amenaza
De quien se atreva a disputar sus fueros.
Al mismo tiempo salen de la plaza
Innúmeras mujeres, do fondea
El *Argo*, a ver las bodas de Medea.

CCLVII

También las sigue turba de varones
De alta prosapia y en ganados rica.
Quién trae para sacras libaciones
Vino; quién sus ovejas sacrifica;
Quién, de sus dilatadas posesiones,
El becerro más pingüe le dedica.
La misma Juno difundió la nueva
Que a la orilla del mar a todos lleva.

CCLVIII

De las víctimas dura la fragancia
De la noche anterior, y de las finas
Anforas el licor aún se escancia.
Preciosas joyas de oro y argentinas
Y túnicas de artística elegancia,
Tejidas por sus manos femeninas,
Para que sirvan de nupciales donas
Presentan niñas, viudas y matronas.

CCLIX

La gracia varonil y el porte regio
De los próceres deja estupefacto
Al pueblo todo. El citarista egregio,
De su marfil armónico al contacto,
Saca a su lira celestial, arpegio
Y, en derredor de Orfeo, con exacto
Compás, hiriendo el suelo con su planta
Festivo el resto de los héroes, canta.

CCLX

Cuando a Himeneo la Cohorte invoca,
Coro de Ninfas con su coro alterna.
Cuando callar a los varones toca,
Solas modulan, y su nota tierna
La admiración universal provoca.
Danzan en torno con ligera pierna,
Y a los mortales su beldad conmueve.
¡Oh Juno! Todo a tu favor se debe.

CCLXI

Tu celestial inspiración, de Areta
Llenó primero la índole piadosa.
Y por su influjo, a tu querer sujeta
Quedó la de Alcinóo, augusta Diosa.
Al tirano de Cólquide no reta,
Ni teme ya. Tranquilidad rebosa
Cuando su fallo intrépido pronuncia
Y de los Colquios a la escuadra anuncia.

CCLXII

No cabe duda. Pleno testimonio,
Cielos y tierra, Dioses y mortales,
Nos dan del celebrado matrimonio.
Firmes están los lazos conyugales.
Si no les place el fallo, ancho es el Jonio.
Del puerto y de sus límites navales
Salgan sin dilación; mas la princesa,
Nunca será del enemigo presa.

CCLXIII

De la sentencia tal es el resumen.
Ellos, al ver que días y semanas
En inútiles súplicas consumen,
A formidar empiezan, que, inhumanas,
Del propio Rey las iras los abrumen
Por su fracaso y sus pesquisas vanas,
Y piden al Feacio rey insigne,
Que admitirlos, cual súbditos, se digne.

CCLXIV

Allí moraron, hasta que de Efra
Llegó de Baco la ínclita ralea,
Y a isla que enfrente, rumbo al Sur se mira,
Tuvieron que emigrar; a la de Eubea
Más tarde una colonia se retira,
Otra al Orico, y otra del Nестeo
A la comarca. Nuevos horizontes
La última busca en los Ceraunios Montes.

.

CCLXV

Para tanto emigrar, años sin cuento
Debieron transcurrir; pero perenne
Vive el recuerdo del glorioso evento.
De Apolo el templo, en su recinto tiene
Las que erigió Medea aras de argento;
Y cuando el fausto aniversario viene,
Se ofrecen a los númenes propicios
De las Parcas y Ninfas, sacrificios.

CCLXVI

Los Reyes, al partir, hospitalarios,
Regalos acumulan en la nave:
Armas, licores, víveres, vestuarios,
Cuanto del *Argo* en las bodegas cabe.
Areta, por su cuenta, entre otros varios
Dones, para Medea escoger sabe,
De su séquito fiel, doce doncellas,
Todas a cual más útiles y bellas.

CCLXVII

El puerto inolvidable de Drepana,
El *Argo* el día séptimo abandona.
El Céfito, que manda en la mañana
Júpiter a llenar su hinchada lona
Indica que su diestra soberana
Sus yerros apiadada le perdona;
Pero, implacable el Hado, aún prohíbe
Que sin nuevo sufrir a Acaya arribe.

CCLXVIII

Por el golfo que Ambrácico se nombra,
A toda vela pasan a travieso.
De las Islas Equínadas ni sombra
Perciben ya en su rápido progreso.
Creta dejan atrás, y les asombra
El ver que tocan ya el Peloponeso,
Cuando de Bóreas huracán furente
A Libia los empuja de repente.

CCLXIX

¡Qué tempestad, qué viento, qué procela!
Durante nueve noches con sus días
Flota al azar la Minia carabela
En las ondas del Líbico bravías.
Sin remos ni timón, ni árbol ni vela,
Víctima de zozobras y averías,
Encuéntrese por fin desmantelada
En las sirtes del Africa varada.

CCLXX

Fórmanlas bajos de fangosa arena,
Que, desde el fondo, red de alga marina
Sútil, por todos lados encadena.
Cúbrellos con espuma blanquecina,
El agua cuyo flujo ya los llena,
Ya en su reflujo hacia la mar declina.
Nave que allí la tempestad arrastre,
No escapara; seguro es el desastre.

CCLXXI

Largo arenal, que llega al horizonte,
Monótono se extiende. Ni una loma
Que lo alegre se ve, ni árbol ni monte,
Ni fiero halcón, ni tímida paloma,
Ni liebre o colosal rinoceronte
En su infecunda soledad asoma ;
Sin rocas que resistan a su empuje,
El mismo mar, o calla, o sordo ruge.

CCLXXII

El continuo moverse de las ondas
Del varado bajel dejó la quilla
Parte del agua en las algosas frondas,
La otra mitad, sobre la seca orilla.
Sin amarras, sin áncoras ni sondas
A los marinos su impotencia humilla.
Saltan de bordo ; y una vez en tierra,
El lúgubre silencio los aterra.

CCLXXIII

Buscan en vano un manantial o fuente
En que apagar la sed. Ni un arroyuelo,
Ni una choza se ve, ni un ser viviente.
Por un lado la mar, arriba el cielo,
Del otro lado el arenal ardiente,
Presa del más amargo desconsuelo
Se preguntan al fin: "¿Qué tierra es ésta?
¿Dó nos echó la tempestad funesta?"

CCLXXIV

"¿Por qué, sin escuchar vanas patrañas,
No nos abrimos otra vez camino
A través de las móviles montañas?
¿Por qué no desafiamos el Destino
Y consumamos ínclitas hazañas,
Cayendo en ellas, si era nuestro sino,
Pero cayendo con gloriosa muerte,
No con la que hoy depáranos la suerte?"

CCLXXV

Así, más de uno, con pasión murmura,
Y a confirmar el timonel Anceo
Sus coléricas quejas se apresura:
"Sembrado el litoral de escollos veo;
Por entre ellos salir fuera locura.
Sólo de mar un golpe giganteo
Alzando su nivel no pocos codos
Salvó la nave y a nosotros todos.

CCLXXVI

"Pero encallada está; y aunque de tierra
Sople gallarda favorable brisa,
La multitud de sirtes nos encierra.
¡Tremenda suerte el Hado nos aguisa
Y que naufrague en mi poder me aterra!
Es mi sustitución cosa precisa.
Quizás un modo de salvaros halle
El que de mí reciba el gobernalle."

CCLXXVII

Así habla, y una lágrima furtiva
Los grandes ojos del piloto empaña.
La parte de la triste comitiva
A los asuntos de la mar no extraña,
Comprende las razones en que estriba
Su decisión de abandonar la caña
A alguno de sus fuertes compañeros
Que exhalan hoy gemidos lastimeros.

CCLXXVIII

Cuando se ven venir calamidades
En la villa, en el campo o en la sierra,
Terremotos, granizo, tempestades,
Inundaciones, epidemia o guerra ;
Cuando a los simulacros de deidades
Que sudan sangre, el labrador se aferra
Al ver morir sus cabras y sus bueyes,
Y vacilar los tronos de los reyes,

CCLXXIX

Labriegos, campesinos, ciudadanos,
Cual espectros giróvagos nocturnos,
Circularan restregándose las manos,
Asustados mirando y taciturnos,
Ya de un cometa los cabellos vanos,
Ya el Sol, que apaga sus fulgores diurnos,
Así los Argonautas todo el día
Midiendo van la playa en su agonía.

CCLXXX

Llega la noche, y su penar acrece.
De eterna despedida tierno abrazo
Tristes se dan. El día que fenece
Juzgan que rompe de su vida el lazo.
De inanición el cuerpo languidece.
Sin una gota de agua, ni un pedazo
De pan, tendidos buscan en la arena
Que el sueño venga a disipar su pena.

CCLXXXI

Aquí y allí los halla la mañana,
Cubierta la cabeza con el manto.
Medea, de los próceres lejana,
Pasó la noche, presa de hondo espanto.
El coro de doncellas, que se afana
De su señora por secar el llanto,
Vela su sueño, lánguidos los cuellos,
Manchados con el polvo sus cabellos.

CCLXXXII

Como pían los tiernos pajarillos
En derredor de extraña golondrina,
O escucha entre sus juncos amarillos
Del Pactolo la linfa cristalina,
De los cisnes los cánticos sencillos,
Así, ya gime, ya doliente trina,
'Ante su nueva soberana, el coro
De las doncellas de cabellos de oro.

CCLXXXIII

El nuevo sol el mismo desamparo
Les trae irremediable y absoluto.
¡Qué muerte les reserva el Hado avaro,
De sus hazañas sin coger el fruto,
Dejando al mundo de su suerte ignaro,
Sin gloria, sin honor, ni amor ni luto;
Y sepultando en el profundo olvido
Ese escuadrón para triunfar nacido!

CCLXXXIV

Pero la adversidad que les aflige
Al coro de las Ninfas semideas
Que los destinos de la Libia rige
Mueve a piedad; y rústicas libreas
Ostentando a la playa se dirige.
Es el que de Minerva las preneas
Con que armada nació, guardó un instante
Al dejar la cabeza del Tonante.

CCLXXXV

Las mismas ellas son, que la fortuna
De bañarla tuvieron aquel día
En la Tritonia Líbica laguna.
Terrible está el calor; es mediodía.
Yace en tierra Jasón. Acércase una
Que al Jefe sin demora hablar ansía,
Y al desgarrado manto, que defiende
Su cabeza del Sol, la mano extiende.

CCLXXXVI

Temor a la deidad alzar los ojos
Le impide; ni vigor el infelice
Tiene para postrársele de hinojos.
“¿Por qué tanto abatirse?—ella le dice—
Conoce todo el mundo tus arrojos,
¡Desdichado mortal! y te bendice.
Sabemos que ganaste el Vellochino
Y cuanto has padecido en el camino.

CCLXXXVII

"Hijas de Libia y ninfas tuelares
Somos, y de este suelo semidiosas.
¡Y tú que desafiaste tantos mares
Los ojos levantar apenas osas!
¡Arriba! que os aguardan vuestros lares,
Vuestras madres y vástagos y esposas.
¿Pensáis a Acaya retornar sin lucha?
Convoca a tu legión, y antes escucha:

CCLXXXVIII

"Cuando del dios Neptuno los bridones
Veáis que ya Anfitrite desguarnece
A la madre volved los corazones,
Que, aunque vacía, vuestra cuna mece.
Los que ella os prodigó, preciosos dones
Que en igual modo la paguéis merece,
Cargando con esfuerzos y con mañas
A la que os ha abrigado en sus entrañas."

CCLXXXIX

Dice, y desaparece; y todo el coro
Se disipa fugaz de sus hermanas.
“Deidades venerandas, yo os adoro
—Lanzando en derredor miradas vanas,
Respóndele Jasón—; pero deploro
Que vuestro augusto oráculo a profanas
Mentes es poco claro y descifrable.
Lo acataré cuando a mis vates hable.”

CCXC

Convoca a la legión; y aunque rugido
Más que de humana voz parece acento,
Es su grito marcial tan conocido,
Que todos se congregan al momento.
Así de su pastor el alarido
Oye y atiende el dispersado armento,
Así al león acude la leona
Cuando el peligro su rugir pregoná.

CCXCI

No lejos de la nave y sus enseres
A sentarse a los próceres invita,
Entre ellos admitiendo a las mujeres.
“Amigos, escuchadme: la visita
Divina que me honró, los pareceres
—Dice—de todos a pedir me excita.
Tendido reposaba, medio muerto
Y con mi manto militar cubierto.

CCXCII

”Mano gentil sentí que, de repente,
Me alzaba de los hombros el embozo,
Y a tres Deidades me encontré de frente.
De vírgenes sus rostros, sin rebozo,
Brillaban; mas del cuello vi pendiente
Peplo de pieles de cabrito mozo,
Cubriéndoles gracioso las espaldas
Y delante cayendo como faldas.

CCXCIII

"Me mandaron alzar; y como bueno
De vosotros luchar en compañía,
Y de la madre que os llevó en el seno
Pagar los beneficios a porfía
A la hora que Anfitrite en el Tirreno
El carro de Neptuno desuncía.
No temo confesarlo, francamente,
No comprende este oráculo mi mente.

CCXCIV

Dijeron ser las ninfas semideas
Que sobre Libia colocó el destino.
Conocen las hazañas gigantes
Que nos dieron el áureo Vellochino,
El paso por las Rocas Cíaneas
De Escila el dominado remolino...
Al fin las ocultó —tiempo no tuve
De verlo— negra niebla o blanca nube."

CCXCV

Del auditorio el estupor exalta
Ver en el mar fenomenal portento:
Corcel enorme, cuyo cuello esmalta
Dorada crin, del húmedo elemento
Sale, sacude el agua, a tierra salta,
Y echa a correr más rápido que el viento.
Llenó de gozo su veloz carrera
A Peleo, que habló de esta manera:

CCXCVI

“Desenganchado el carro de Neptuno
Ha sido ya por mano de Anfitrite.
Es el que veis de sus corceles uno
Que su excursión de mar a mar repite.
Sendero no hallará más oportuno
La nave a flote quien sacar medite.
Ella, cual madre, nos llevó en su vientre,
Hoy, en sus hijos, salvación encuentre.

CCXCVII

"La nave cargaremos en los hombros,
Así interpreto del Destino el fallo.
Si no queremos reducirla a escombros
Otra manera de salvarla no hallo.
Que a nadie cause nuestra empresa asombros.
Hijos de dioses somos. Del caballo
En el desierto nos guiarán las huellas,
Y desde el alto cielo las estrellas."

CCXCVIII

¡Oh Musas, mis eternas protectoras!
Lo que voy a narrar es vuestro cuento.
Con su relato, en mis primeras horas
Ya me arrullaba el maternal acento.
Vuestro ministro soy, sois mis señoras,
Es tradición veraz, no vano invento.
¡Oh ninfas de Pieria sacrosanta!
Lo que me sugerís mi lira canta.

CCXCIX

¡Hijos de Reyes! Gracias a la augusta
Sangre de dioses que arde en vuestras venas.
La espalda vuestra soportó robusta
La nave con sus mástiles y entenas
Y cargamento. Referir me asusta
Vuestro viaje a través de las arenas
Del desierto de Libia. ¡Doce días,
Doce noches de angustias y agonías!

CCC

¡Cuánta distancia con la nave a cuestras,
Andando sin cesar siempre adelante
Sin reposar en las ardientes siestas,
Sin descansar de noche ni un instante!
La inextinguible sed y las molestas
Hambres exigen sobrehumano aguante.
Y en el Tritonio Lago, ¡qué finura
Requiere la segunda botadura!

CCCI

A flote está la nave. Cual jauría
De galgos, que al arroyo jadeante
Lleva la sed tras larga cacería
La Cohorte de próceres, errante
Busca algún manantial. Sus pasos guía
Propicio Numen al jardín de Atlante,
Donde ayer mismo, de matar acaba
Hércules al dragón que la guardaba.

CCCII

Aún la cola mueve la serpiente,
Que yace cabe un tronco de manzano.
Emponzoñada flecha hirió su frente
En que de Alcides destiló la mano
Hiel de la Hidra de Lerna pestilente,
Tal fuerza tiene su veneno insano
Que, con el simple olor, entre las roscas
Del difunto dragón mueren las moscas.

CCCHII

Es el vergel de las manzanas de oro
De la esposa de Júpiter divino
Dote, y de las Hespérides tesoro
Que el semidiós a arrebatarnos vino,
De sus pupilas el amargo lloro
Enjugan con el brazo alabastrino
Y cuando de hombres la presencia advierten
Las tres en polvo y tierra se convierten.

CCCIV

Tal ímpetu a los próceres consterna,
Menos a Orfeo, vástago de Eagro,
Que de su mente con la luz interna
Penetra lo profundo del milagro.
Con los demás, devoto, se prosterna
A su nombre exclamando: "Yo os consagro
Mi admiración. De este vergel delicias,
Quienquiera que seáis, sednos propicias.

CCCV

"Ya en el cielo imperéis; ya de los mares
Deidades os aclamen, o del suelo
En que vagamos, ninfas tutelares:
Dejadnos veros sin terrestre velo,
Y entre vuestros dorados manzanares
Haced brotar un manantial de hielo,
O en las cercanas rocas una fuente
En que apaguemos nuestra sed ardiente.

CCCVI

"Si nos llevan los Númenes supremos
De nuestra Acaya a las riberas caras,
Libaciones sin cuento ofreceremos
Dones y sacrificios en las aras,
De las que de la Libia en los extremos
Hijas del grande Océano preclaras
Mostráronse, salvándonos la vida
Por el hambre y la sed casi perdida."

CCCVII

Las mueve a compasión la flébil nota,
Tienden alfombra de menuda grama,
Súrculo triple de la tierra brota,
Sale de cada cual hojosa rama,
Tórnase tronco; la corteza rota
Brazos frondosos por doquier derrama,
Ereteida en olmo, Héspera en fuerte
Alamo y Egla en sauce se convierte.

CCCVIII

Aun no ha llegado el fin de los portentos,
A cada tronco asoma rediviva,
Con su estatura propia y lineamentos
La forma de su ninfa respectiva.
A nombre de las tres, dulces acentos
Presta a sus labios Egla compasiva
Diciéndoles: "El cielo que os protege,
Hoy no temáis que de ampararos deje.

CCCIX

"Ayer llegó un gigante a nuestro huerto
De torvos ojos y mirar sañudo.
De monstruoso león iba cubierto
Desde los hombros, con el cuero crudo.
A pie en su viaje atravesó el desierto
Llevando a cuestas, de acebuche rudo
Que esgrimía feroz, enorme clava
Y de emplumadas flechas tosca aljaba.

CCCX

"De matar al dragón tras la fatiga,
Que lo ha de confortar en vano piensa
Con una ánfora de agua mano amiga
Después de tanto robo y tanta ofensa.
Sale a apagar el fuego que lo hostiga
Y algún Numen, quizás en recompensa
De otros hechos, propicio lo coloca
Junto al Tritonio lago, en una roca.

CCCXI

"Con la punta del pie la roca hiende
Y brota un manantial con fuerza tanta,
Que, a guisa de cuadrúpedo, se tiende
Y bebe hasta que el agua lo atraganta."
Al grato aviso la legión atiende.
Siguen las huellas de la hercúlea planta
Y a plenas fauces beben del venero
Como hormigas en torno al hormiguero.

CCCXII

Escurriéndole el agua de la boca,
Uno, el mayor de sus amigos viejos,
Así el recuerdo de Hércules evoca:
"Ved cómo nos ayuda desde lejos,
Desagraviarle a cuantos le aman toca
Y pedirle su ayuda y sus consejos.
Ayer salió: por rápido que avance
No nos será difícil darle alcance."

CCCXIII

Destácanse a explorar los más capaces.
De Bóreas los períncritos Gemelos
Sus raudas alas desplegando audaces
Emprenden por el aire osados vuelos.
Siguen por tierra a los hermanos Traces,
Linceo, cuya vista hasta los cielos
Llega y el Orco lóbrego conoce,
Y Eufemo el andarín de pie veloce.

CCCXIV

Se les añade un quinto: el pobre Cantho.
Lo empuja el Hado, más que su coraje
O que su fraternal cariño santo
Por Polifemo, al desastroso viaje.
Pensó la historia averiguar de cuanto
Aconteció al perdido personaje.
Una Ciudad fundó éste para el *Miso*
Y por tierra alcanzar al *Argo* quiso.

CCCXV

No lo pudo lograr. En mortuario
Túmulo yace a orillas del Euxino
Del Cálibe en el duro territorio.
Linceo pronto a confirmarle vino.
Desde su improvisado observatorio
De Júpiter al Vástago divino
Lejos miró sin compañía alguna
Confuso, cual se ve la nueva luna.

CCCXVI

Numen adverso lo ocultó a su vista
Eufemo, y los dos héroes voladores
Seguir no pueden a Hércules la pista.
¡Oh, Cantho! En ti la Parca los rigores
Funesta descargó. Verte contrista
Morir sin gloria a manos de pastores.
Aguda piedra hiere al Argonauta
Que de una oveja sin valor se incauta.

CCCXVII

No era de humilde ni de imbele raza
 Cafauro el matador. Nieto de Febo
 Hasta Minos también su origen traza,
 Y es de dos Ninfas, Líbico renuevo...
 Los irritados Minios le dan caza.
 Tendido queda el montaraz mancebo,
 Y el que ceder no quiso ni una oveja
 Todo el rebaño al enemigo deja.

CCCXVIII

A Cantho dan honrosa sepultura ;
 Pero antes que aquel sol llegue a su ocaso
 Hierne a los Minios nueva desventura :
 A lejana excursión en campo raso
 El adivino Mopso se aventura.
 Serpiente colosal halla a su paso
 Que, evitando el calor de mediodía,
 A la sombra pacífica dormía.

CCCNIX

No es animal de instintos agresivos
Que sin que la provoquen acometa
Ni a viajeros, de suyo inofensivos
Si se echan a correr, persiga inquieta;
Mas cuando de sus dientes incisivos
Sus venenos letíferos espeta,
Quien a excitar su cólera se atreve,
Halla el camino del Infierno breve.

CCCXX

De aquella lengua el más ligero roce
Causa mortal herida. Peán mismo
—Médico de los dioses—no conoce
Antídoto que libre del abismo
La testa de Medusa, que veloce
Por los aires condujo el heroísmo
De Perseo, dejó de sangre tibia
Caer algunas gotas sobre Libia.

CCCXXI

Fué germen de mortíferas serpientes
Aquella sangre. El Vástago de Ampico
En la que está a sus pies no para mientes
Y le pisa la espina. Abre el hocico
El monstruo; se retuerce, y con los dientes
Le abre en el calcañar un tajo oblico,
Y el virus en la herida le inocula,
Que por las venas rápido circula.

CCCXXII

Huyen Medea y la gentil caterva
La sangre que le brota de hilo en hilo,
Mas sin dolor, el moribundo observa,
Y que se acerca el fin mira tranquilo
La atroz ponzoña su vigor enerva,
Se aguza más de su nariz el filo
El cuerpo todo lánguido resbala
Y el último suspiro pronto exhala.

CCCXXIII

¡ Adivino infeliz ! ¿ De qué su ciencia
Le ha venido a servir ? ¿ De qué, su tino ?
Salió de Grecia ya con la evidencia
De que en Libia morir era su sino.
Quien de las aves conoció la ciencia,
¿ Cómo no escapa de un reptil dañino ?
Cuando la muerte su guadaña vibra,
Ni arte, ni fuerza, ni valor nos libra.

CCCXXIV

El veneno y el sol, la sepultura
Obligan a cavarle sin tardanza
Porque el cadáver ya se desfigura.
Ponen encima el túmulo de usanza,
Y en derredor, luciendo la armadura,
Tres veces dan la vuelta de ordenanza.
En tanto las mujeres, plañideras,
Se mesan las doradas cabelleras.

CCCXXV

Es hora ya de aparejar la nave,
A izar la vela el Céfiro convida;
¿Pero la puerta del canal quién sabe
Que del lago a la mar presta salida?
De los demás por la estrechez no cabe
Y va de un lado al otro distraída,
A diestra y a siniestra, como loca
Buscando salvación de boca en boca.

CCCXXVI

A víbora semeja, que en la sierra
De los rayos del sol buscando abrigo
Silba, se arrastra, se enfurece y yerra
Hasta que encuentra natural postigo
En la montaña que árida la encierra.
Por donde sale a su rincón amigo
Chispas de fuego lanza de los ojos
Y el Sol esmalta sus matices rojos.

CCCXXVII

Así vacila el *Argo*, hasta que Orfeo
Manda sacar la trípode preciosa
De Apolo, y ofrecerla cual trofeo
A los Dioses de Libia la arenosa.
Al buen Tritón aplaca el dón Febeo
Que de doncel bajo la forma hermosa
Se les presenta, y un terrón arranca
Diciéndoles con voz sonora y franca:

CCCXXVIII

“Tomadlo: este es mi dón hospitalario,
Prenda de paz y de amistad sincera
Al que viene a mi reino solitario;
Mas si salir quisieréis mar afuera,
Yo os mostraré de hacerlo el modo vario.
El dios Neptuno, que en el mar impera,
Mi padre fué, y Eurípilo es mi nombre,
Si soy perito en mares no os asombre.

CCCXXIX

Avanza, y el terrón recibe Eufemo,
Y así le dice: "De la mar de Minos
Y la tierra de Pélope, el supremo
Hado nos trajo, y la tormenta. Dinos
Si podremos sacar a vela o remo
La nave, hasta los mares convecinos.
En hombros, a través del continente,
La trajimos, sin luz que nos oriente."

CCCXXX

Respóndele Tritón: "¿ Entre la bruma
Dos escolleras veis en lontananza
Que hace brillar la blanquecina espuma?
Es la boca del lago. Desconfianza
No os cause su estrechez, porque suma
Profundidad y gran calado alcanza.
Ya fuera, el ancho mar os dará acceso
A Creta y al feraz Peloponeso.

CCCXXXI

"Viraréis a estribor, la marejada
Que os empuja a alta mar aprovechando
Y seguiréis la costa, si orientada
La notáis hacia el Norte; pero cuando
Por otros rumbos la miréis desviada,
Dejadla, y evitado un cabo pando
Muy peligroso; pero siempre adelante
Y siempre a la derecha, id adelante.

CCCXXXII

"Vuestros trabajos aceptad con gozo,
Que donde hay juventud, hay alegría.
Adiós." Termina así el gallardo mozo,
Y la legión, que ya zarpar ansía,
Torna a embarcar henchida de alborozo.
Tritón penetra en tanto en la bahía
Armado con la trípode de Febo,
Y se le ve desaparecer de nuevo.

CCCXXXIII

Contenta a la legión su vista deja,
Conoce que aquel dón lo hará propicio
Y a Esónides unánime aconseja
Que, en gratitud por tanto beneficio,
Inmole al Numen la mejor oveja
Rogándole que acepte el sacrificio.
La víctima el Caudillo sacrifica,
Y con esta oración la santifica:

CCCXXXIV

“Escúchanos, oh Dios, quienquier que seas,
Ya te llamen Tritón, del mar portento,
Del piélago las bellas semideas,
Ya Forcis o Nereo; tú que aliento
Nos diste entre las Líbicas mareas
En donde tienes tu imperial asiento
Concede que la patria al fin salude
A esta legión que a tu socorro acude.”

CCCXXXV

Diciendo así, la víctima expiatoria
Esónides degüella, y en el seno
La sepulta del mar, propiciatoria.
De sus profundidades, sin ajeno
Disfraz, Tritón augusto, de su gloria
En todo el esplendor, surge sereno.
Su cuerpo, de cintura para arriba,
Representa de un dios la imagen viva ;

CCCXXXVI

El resto es de un enorme ballenato,
Claro el color, elástica la espina ;
De la naciente luna fiel retrato,
La cauda en semicírculo termina
De la palmera el movimiento grato
A sus aletas da, cuando camina :
De proa a popa lanza una mirada,
Y al lado de estribor airoso nada.

CCCXXXVII

Cual domador, que el potro predilecto
En el circo ejercita a la carrera
Marcha a su lado, en ademán perfecto,
Y ya se le adelanta, ya lo espera,
Lo azota, o lo acaricia con afecto
Y por la crin lo aferra, de manera
Que sin sentir la mano que lo rige
La pista y paso que conviene, elige.

CCCXXXVIII

Así Tritón, asido de la quilla
Con la siniestra mano lleva el *Argo*.
Ya, previsor, la aleja de la orilla;
Ya de la costa empújala a lo largo
Mientras en alta mar el sol no brilla
Cumple de guiarla su glorioso cargo
Pero, no bien de la laguna emerge
El Dios inadvertido, se sumerge.

CCCXXXIX

Detiénense los nautas en un puerto
Que nombran *Argo*; y rústicos altares
A Tritón y Neptuno de concierto
Erigen por sus gracias singulares.
Siguen de pronto el litoral desierto,
Mas cuando empiezan a rizar los mares
Las gratas brisas del ansiado Noto,
Rumbo al Norte bogar manda el piloto.

CCCXL

El viento infla la vela todo el día;
Pero al atardecer desaparece,
Los obliga a remar la noche fría,
Y con el nuevo sol la calma crece.
En tierra al labrador la hora tardía
Le brinda con el sueño que merece,
Para los héroes no hay reposo blando,
Y otra noche, y aun más, siguen remando.

CCCXLI

En Cárpatos, por fin, el *Argo* toca,
Isla del peregrino poco amante
Que a la puerta de Creta la coloca.
Sigue su ruta. Obsérvala el gigante
Talo feroz desde elevada roca
En que suele acechar al navegante,
Y arrojando al bajel piedra tras piedra
A la infeliz tripulación arredra.

CCCXLII

Ultimo semidiós superviviente
Es Talo de la raza primitiva
Que de fresno y de bronce juntamente
Produjo de la tierra la inventiva.
Cuando a Europa gentil del continente
Trajo de Jove la pasión tan viva,
Confió al gigante la misión odiosa
De custodiar a Creta y a su esposa.

CCCXLIII

Como de bronce, es todo invulnerable
Su cuerpo colosal, salvo una vena
Cabe el tendón del calcañar, que dable
A cualquiera es mirar, de sangre llena.
Afrontar a un jayán tan formidable
No es fácil, y resuélvense con pena
A alejarse, en ayunas y sedientos,
Cuando Medea les infunde alientos.

CCCXLIV

“Escuchadme: En vosotros es locura
—Les dice—; pero que es de mi resorte
Luchar con el jayán se me figura;
Aunque de semidiós sea su porte
Y de bronce o de hierro su estructura,
Dejadme obrar; pero antes la Cohorte
Ponga la nave fuera del alcance
De las piedras o flechas que nos lance.”

CCCXLV

Fuera de tiro, y en lugar seguro
Contra toda agresión puesta la quilla,
Con gran curiosidad ven el conjuro.
Apoyada en Jasón, por la escotilla
Se presenta Medea: El peplo oscuro,
De púrpura encendida es su mantilla.
De banco en banco va con lento salto
Y sube de la popa a lo más alto.

CCCXLVI

Con aire misterioso, hacia la peña
En donde está el jayán la mano extiende.
Al terno de las Parcas, que domeña
El éter, y a poblar el Orco atiende
En irritar con cánticos se empeña
Tres veces, y otras tres los brazos tiende
En oración, mirada centellante
Lanzando como rayo hacia el gigante.

CCCXLVII

¡Oh, Júpiter; oh, Padre omnipotente!
Tu fuerza irresistible me anonada.
No has menester de morbo pestilente
Ni de flecha veloz ni aguda espada
Para domar al que retarte intente.
Así de la hechicera la mirada
Los ojos del terrígena fascina
Derrite el bronce, y el vigor fulmina.

CCCXLVIII

Mientras para cegar el ancho puerto
Peñasco enorme en arrancar se goza,
'Aquel tendón de suave piel cubierto
Una punta al caer ligera roza,
Y aunque orificio breve deja abierto,
La única arteria que es vital destroza,
El desangrado calcañar flaquea:
Más bien que sangre es plomo el que gotea.

CCCXLIX

No alcanza a veces a tronchar el pino.
Por la raíz el leñador cansado,
Y lo sostiene, aunque sutil y fino,
El pie del tronco a medias cercenado.
Pero a la media noche, el torbellino
Lo hace balancear de lado a lado
Tendiéndolo por fin en la floresta
Desde la base a la copuda cresta.

CCCL

Así el jayán, vencido de la maga
Por las imprecaciones y conjuros,
Sutil veneno sin saberlo traga.
Su cuerpo de metal, los mal seguros
Pies no sostienen ya: la luz se apaga
De sus ojos, y cae ante los muros
De aquella Creta que guardar no sabe.
Frente al cadáver áncoró la nave.

CCCLI

Los héroes desembarcan. Sin demora
Empiezan a erigir templo votivo
A Minerva, a quien dan cual protectora
De Minoide el glorioso apelativo
En la fuente su sed devoradora
Apagan; y soplando viento vivo
Quieren aprovecharlo. Está ya lista
La nave, de agua y víveres provista.

CCCLII

Levan el ancla. Noche de amargura
En los Créticos mares les aguarda.
A esconderse la luna se apresura,
La estrella matinal su luz retarda;
Es tan impenetrable la espesura
De la niebla, que al práctico acobarda
Que del Infierno brota le parece,
Y que en la Estigia su bajel se mece.

CCCLIII

Noche de perdición. Así la historia
Esas horas de angustias apellida
En que, valor, aspiraciones, gloria,
Patria y amor el Argonauta olvida.
La fuerza del timón juzga ilusoria,
La milagrosa quilla ve perdida :
Sólo Jasón, aunque su faz inunda
El llanto, en Febo su esperanza funda.

CCCLIV

Tienden los brazos, y solemne voto
Ofrece a su deidad de ir en persona
Y enriquecer sin límites ni coto
Los santuarios de Amicla y de Pitona
Y el que en Delos alzó, pueblo devoto.
Lo oye en el cielo el Hijo de Latona,
Baja, y estampa sus divinas plantas
En uno de los picos de Melantas.

CCCLV

El alto Numen yérguese sublime
Del alto monte en la elevada cumbre
Y el arco de oro que su diestra esgrime
Derrama en derredor tan viva lumbré
Que rompe el velo que la mar oprime,
E isla desconocida su vislumbre
Revela de Jasón a las miradas
Del grupo de las Islas Esporadas.

CCCLVI

De nueva aurora el retardado brillo
Al *Argo* ve de la Insula desierta
Anclada en el pequeño puertecillo.
Le dan el nombre de *Isla descubierta*,
Y a Apolo al dedicar templo sencillo,
Rústico altar e improvisada huerta,
De *Apolo irradiador* el nombre nuevo
Dan al que los salvó, radiante Febo.

CCCLVII

Con víctimas raquílicas, con ara
Pobre y con los escasos elementos
Que una playa desierta les depara
A Apolo propiciar son sus intentos.
Con extrañeza ven fiesta tan rara
Las doncellas, que allá en los opulentos
Alcázares y templos de sus Reyes
Vieron siempre inmolar hermosos bueyes.

CCCLVIII

Cuando con libaciones de agua pura
Ve que se apagan los rituales fuegos,
Pierde el cortejo toda su apostura.
A su risa sardónica, los Griegos
Contestan con irónica finura
Y se establecèn literarios juegos
Que duran hasta la época presente
Al celebrar al Numen refulgente.

CCCLIX

Amaina el temporal. Amarras corta
El *Argo*, y va a zarpar, cuando alza el remo
Y sobre el banco, a la legión absorta,
Narra este sueño el andarín Eufemo:
Al dios Mercurio venerar le importa,
Mensajero de Júpiter Supremo
Y mantenerse en la *Isla descubierta*
Para cumplir sus órdenes alerta.

CCCLX

Sonó que del terrón, que en la laguna
Tritonia ha poco tiempo recibía,
Manaba leche dulce, que en la cuna
A vástagos innúmeros nutría:
Después, aunque pequeño, la Fortuna
En virgen colosal lo convertía.
El andarín, al verla tan hermosa,
Sin vacilar la declaró su esposa.

CCCLXI

“Tuya no puedo ser —ella le dice—.
Tritón y Libia son mis genitores,
De tus hijos nací para nutrice.
De Apolo esplendoroso a los fulgores
Descubrirás una insula felice.
Con las Nereidas, cuando en ella mores,
Echame al mar; que surgiré flotante
Y nutriré a tus pósteros amante.”

CCCLXII

Estos recuerdos a Jasón sujeta.
Esónides, que atento los escucha,
Con espíritu clama de profeta:
“Amigo: alaba a Júpiter. Es mucha
La gloria que el Destino te decreta
Y grande el galardón de tanta lucha.
Pronto verás de tierra ese puñado
En isla por los Dioses transformado.

CCCLXIII

“Ella será la patria y grato centro
De la progenie que de sí descienda.
Cuando bogaba nuestra nave dentro
De la palude, bajo humana venda
Tritón, no otra deidad, salió a tu encuentro
Y te donó la hospitalaria prenda,
Que volverán los Númenes con creces
Si arrojándola al mar los obedeces.”

CCCLXIV

Jasón así de Febo los arcanos
Llamando a su memoria, vaticina
Responde, y no con cumplimientos vanos
Eufemo: a los oráculos se inclina
Y el sagrado terrón con ambas manos
Sumerge en la fecunda onda marina.
De su seno brotó la que hoy existe
Con el nombre de *Thera*, isla *Caliste*.

CCCLXV

Cumplióse la Apolínea profecía
Muchos años después. Lacedemonia
A los nietos de Eufemo recibía
Cuando el Tirreno que llegó de Ausonia
En Lemnos vencedor se establecía.
Thero llevó de Esparta otra colonia
A Caliste gentil; su propio nombre
Dándole y población y alto renombre.

CCCLXVI

Ya nada les detiene. Con violencia
A toda vela llegan hasta Egina.
Anclar los hace de agua la carencia;
Los convida a zarpar la ventolina
Y entran en provechosa competencia
Ganando quien más linfa cristalina
Lleve a todo correr hasta la nave
Y quien más pronto su faena acabe.

CCCLXVII

Este el origen fué de los anuales
Juegos de Mirmidones Eginetas,
En que, desde los claros manantiales
De la arenosa playa hasta las metas
Van a todo correr, de aguas lustrales
Llevando en hombros ánforas repletas.
Aunque primero llegue, si una gota
Derrama alguno, cierta es su derrota.

CCCLXVIII

Y aquí, oh Falange de héroes escogida,
Raza de dioses, vástagos del cielo,
Dejad que de vosotros me despida.
Por doquier os siguió mi osado vuelo,
Y al regresar al punto de partida
Que este mi canto, de año en año, anhele
Suene más dulce, y el glorioso viaje
Eternice, a la par que mi homenaje,

CCCLXIX

Trabajos, aventuras, tempestades,
Ya no os aguardan al salir de Egina,
Y gracias al favor de las Deidades
Vais costeando el Atica vecina.
Dejáis atrás las ínclitas ciudades
De Eubea y de Locris Opuntina:
Abre sus brazos la natal Pagasa.
¡Héroes, adiós! Ya estáis en vuestra casa.

FIN DEL CUARTO Y ÚLTIMO LIBRO

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

	PÁGS.
Introducción al tomo II.....	5
Clave alfabética.....	15

LIBRO TERCERO

Sumario del libro III.....	21
Invocación a Erato.....	23
Juno y Minerva.....	25
Visita a Venus.....	27
Las tres Diosas.....	29
Venus y Cupido.....	37
Vuelo de Cupido.....	41
Discurso de Jasón.....	43
Cementerio de Circe.....	47
Palacio de Etas.....	49
Medea.....	51
Etas.....	53
Flecha de Cupido.....	55
En el palacio de Etas.....	57
Narración de Argos.....	59
Réplica del Rey.....	65
Respuesta de Jasón.....	67

	PÁGS.
Condiciones de Etas.....	69
Acepta Jasón.....	71
Impresiones de Medea.....	73
Respuesta de Argos.....	75
Regreso a la nave.....	77
Ofrecimiento de Peleo.....	79
Arenga de Argos.....	81
Portento y vaticinio.....	83
Furores de Idas.....	85
Amenazas del Rey.....	87
Sueño de Medea.....	91
Soliloquio de Medea.....	93
Penas de Medea.....	95
Las dos hermanas.....	97
Medea y Calciopa.....	99
Calciopa y Medea.....	101
Remordimientos.....	103
Vacilaciones.....	105
Desesperación.....	107
Recuerdos.....	109
Tocador de Medea.....	111
Ungüento de Prometeo.....	113
Camino del Templo.....	115
En el Templo de Hécate.....	119
Ave agorera.....	121
Medea en el Templo.....	123
Jasón y Medea.....	125
Separación.....	143
Celos de Idas.....	145
Dientes del Dragón.....	147
Sacrificio a Hécate.....	149
Etas armado.....	151

	PÁGS.
Armas encantadas.....	153
El combate.....	155
Los toros de bronce.....	157
Arando.....	159
Siembra.....	161
Terrigenas.....	163
Matanza de Terrígenas.....	165

LIBRO CUARTO

Sumario del libro IV.....	171
Invocación a la Musa.....	173
Despedida de Medea.....	175
Partida de Medea.....	177
Soliloquio de la Luna.....	179
Medea dolorida.....	181
Juramento de Jasón.....	183
Embarca Medea.....	185
El Vellochino de Oro.....	187
Pánico.....	189
El dragón adormecido.....	191
Robo del Vellochino.....	193
El Vellochino a bordo.....	195
Fuga del Argo.....	197
Persecución.....	199
Navegación del Argo.....	201
Nuevo derrotero.....	203
Conquistas de Sesostris.....	205
Datos geográficos.....	207
Bocas del Danubio.....	209
En el Adriático.....	211
Tratado de paz.....	213

	PÁGS.
Quejas de Medea.....	215
Imprecaciones.....	217
Asechanzas.....	217
Pérfidos regalos.....	221
Traiciones de amor.....	223
Mutuas traiciones.....	225
Asesinato de Absirto.....	227
Matanza de Colquios.....	229
Retirada.....	231
Bocas del Po.....	233
Colonia Feacia.....	235
Por las Islas.....	237
Habla la quilla.....	239
Muerte de Faetonte.....	241
Llanto de las Heliades.....	243
El Ródano y el Rhin.....	245
Isla de Circe.....	247
Circe.....	249
Absolución de Circe.....	251
Confesión.....	253
Expulsión de Medea.....	255
Embajada de Iris.....	257
Juno y Tetis.....	259
Bodas de Tetis.....	261
Vuelo de Tetis.....	265
Tetis y Peleo.....	267
Zarpa el Argo.....	269
Las Sirenas.....	271
Escila y Caribdis.....	273
Las Nereidas.....	275
Salvamento.....	277
Ganado del Sol.....	279

	PÁGS.
La Isla Drepana.....	281
Colquios y Griegos.....	283
Medea y la Reina.....	285
Medea y los Griegos.....	287
Noche insomne.....	289
La Reina.....	291
El Rey Alcinoó.....	293
Preparativos de bodas.....	295
Ninfas y Nautas.....	297
Solemnes bodas.....	299
Regalos de bodas.....	301
Sentencia del Rey.....	303
Partida y regalos.....	305
En las Sirtes de Libia.....	307
Desolación.....	309
Renuncia de Anceo.....	311
Noche amarga.....	313
Las Ninfas de Libia.....	315
Ninfas y Vates.....	317
Oráculo y Visión.....	319
La Nave a cuestas.....	321
Plegaria de Orfeo.....	325
Fuente milagrosa.....	327
En busca de Hércules.....	329
Muerte de Cautho y Mopso.....	331
Agonía de Mopso.....	333
Buscando salida.....	335
Regalo de Tritón.....	337
Sacrificio a Tritón.....	339
Tritón lleva el Argo.....	341
El gigante Talo.....	343
Medea contra Talo.....	345

	PÁGS.
Muerte del Gigante.....	347
Aparición de Febo.....	349
Sacrificio rústico.....	351
Sueño de Eufemo.....	353
Certamen de Egina.....	355
Fin de la Expedición.....	357

FIN DEL ÍNDICE

FE DE ERRATAS

LIBRO TERCERO

Léase:

Octava 33, verso 4.º:

Cauda de luz siguiendo va su huella.

Octava 87, verso 6.º:

Y con el tono fácil y facundo

Octava 274, verso 6.º:

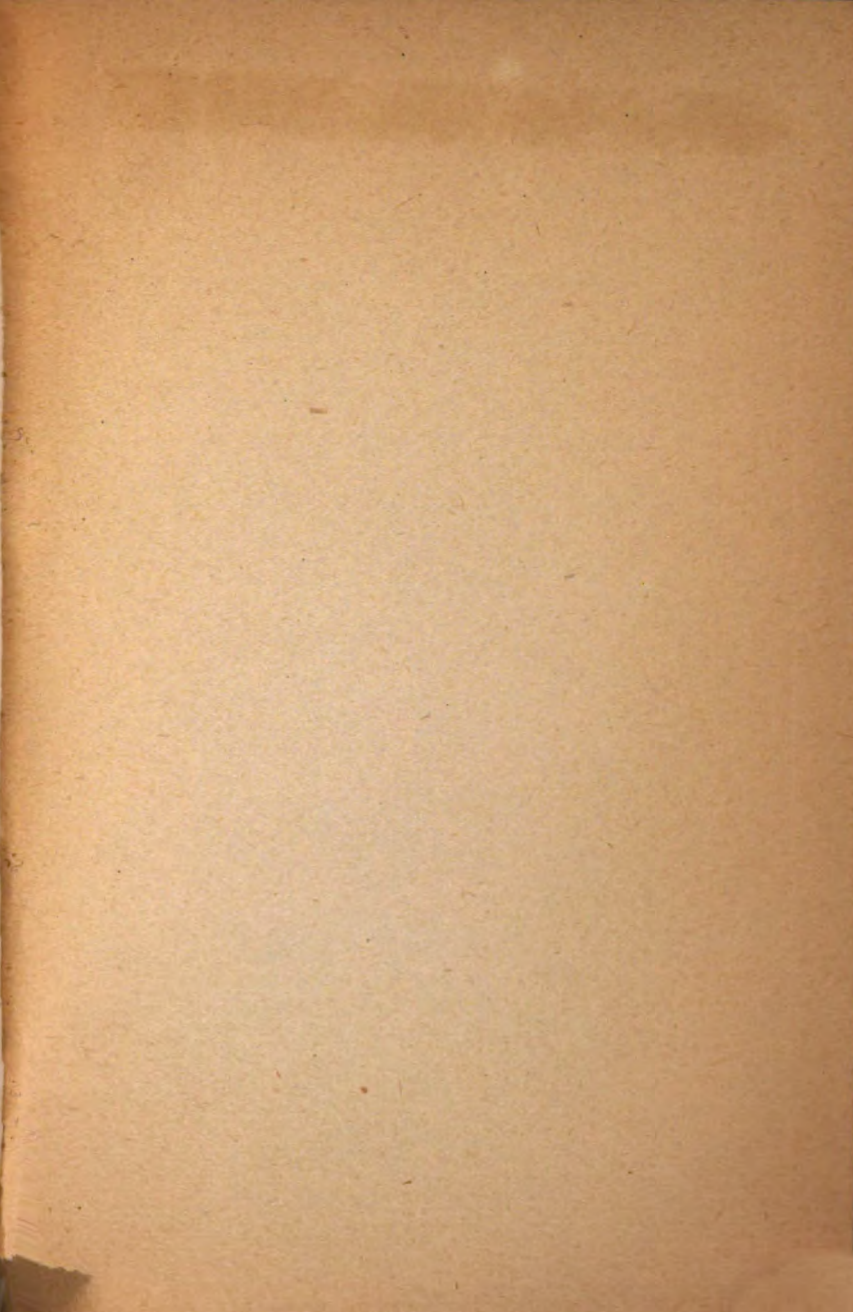
Cual huracán que entre las velas zumba.

Octava 289, verso 7.º:

Desbordan de la sangre los raudales

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE TOMO
EN LA TIPOGRAFÍA DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS,
BIBLIOTECAS Y MUSEOS"
EL DÍA 27 DE MARZO
DE MCMXX





**RETURN TO the circulation desk of any
University of California Library
or to the**

**NORTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Bldg. 400, Richmond Field Station
University of California
Richmond, CA 94804-4698**

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS
2-month loans may be renewed by calling
(415) 642-6233

1-year loans may be recharged by bringing books
to NRLF

Renewals and recharges may be made 4 days
prior to due date

DUE AS STAMPED BELOW

1985

YB 406311

U. C. BERKELEY LIBRARIES



C046193618

591813

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

